3 1761 05503032 4

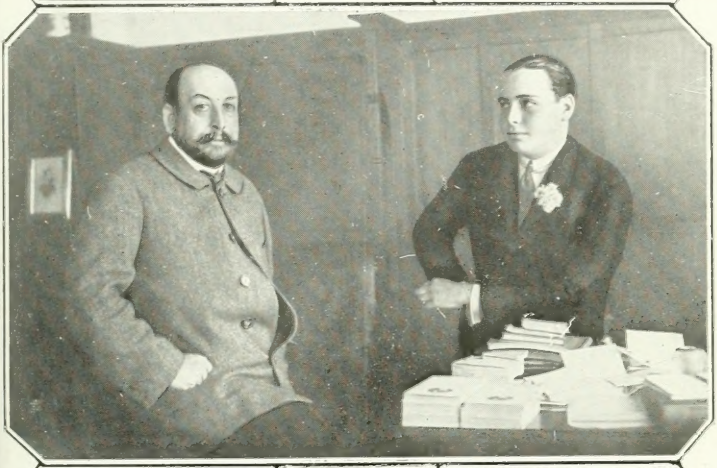
Digitized by the Internet Archive
in 2010 with funding from
University of Toronto

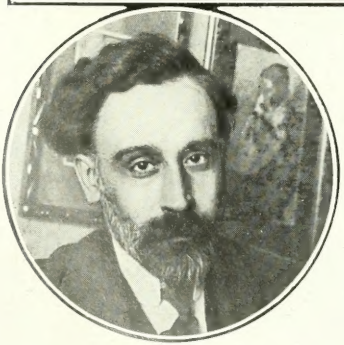
http://www.archive.org/details/loquespormicon05carr

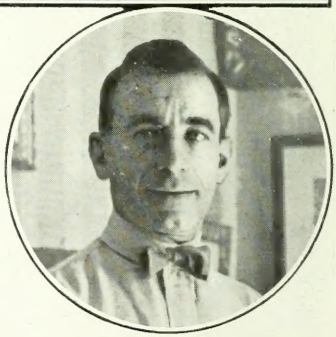
LO QUE SE POR MI

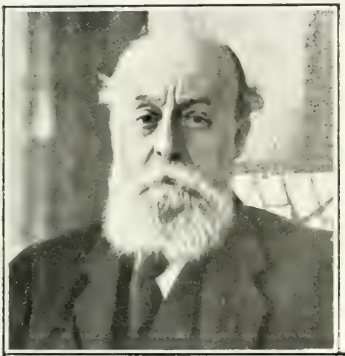
SERIE QUINTA

CONTIENE CONVERSACIONES DEL CABALLERO AUDAZ CON PASTORA LA APASIONADA, LINARES RIVAS, MARÍA GÁMEZ, JOSÉ FRANCÉS, LOS CURAS POBRES, EDUARDO MARQUINA, LOS REMEROS VASCOS, ERNESTO VILCHES, EL MAESTRO MORERA, EL DEMONIO EN MONTSERRAT, EDUARDO ZAMACOIS, LA GUERRA VISTA POR NUESTROS ESTRATEGAS (UN GENERAL INCÓGNITO), POMPEYO GENER, PETIT SOU, EL CONDE DE GÜELL, LA ARTISTA DE LA MACARENA, EL MAESTRO SERRANO, EL CABALLERO DEL SOMBRERO DE PAJA, LA ESCUELA DEL HOGAR, IGNACIO IGLESIAS, VICENTE PASTOR.









LO QUE SÉ POR MÍ

S
3150

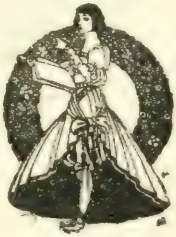
EL CABALLERO AUDAZ

[José María Carretero]

LO QUE SÉ POR MÍ

(Confesiones del siglo)

Serie quinta.



179368.
7.4.23

EDITORIAL MUNDO LATINO
MADRID

ES PROPIEDAD

COPYRIGHT, 1922,
BY JOSÉ MARÍA CARRETERO

Tip. Yagües.—Doctor Fourquet, 4.—Madrid.—Teléfono 30-78 M.

PARA MI ENTRAÑABLE AMIGO

FERNANDO MELGAREJO,

EL CABALLERO AUDAZ.

PASTORA LA APASIONADA

—Sentémonos, Pastora, sentémonos aquí.

Pastora fué a dar la luz eléctrica. Por un momento lució la lámpara, de colgantes de cristal, y fuimos escandalosamente inundados de luz rojiza, que molestaba a los ojos y quitaba libertad a la expresión y los movimientos.

—Aun me parece que hay suficiente luz del día—indiqué yo.

—Ah, ¿sí?—exclamó la artista, y automáticamente volvió a apagar la lámpara eléctrica.

Moria la tarde; pero por el mirador, que cae sobre la calle de Alberto Aguilera, entraba todavía una luz dulce, un poco boreada y como tamizada por un *stor* anaranjado. Con la ayuda de ella se podía aún leer perfectamente, y hasta un pintor hubiese recogido con su paleta

el tono verde de los bellos y extraños ojos de la gentil artista gitana.

—Mejor así—afirmé yo complacido—. Esta media luz tiene un encanto insustituíble... Es la media luz del pecado, pero también lo es de las grandes sinceridades... Con ella las almas se sienten más expansivas, con más libertad, porque se creen solas..., sin el estorbo y las miserias de los cuerpos.

—Lleva usted mucha razón—asintió Pastora—; se ve que usted también siente el arte.

Y la «estrella» se expresaba con un delicioso acento andaluz que, cual una música escuchada allá, traía a nuestra imaginación los patios sevillanos y las *mositas* de Triana. Cerrando los ojos y oyéndola hablar, me sentía dentro del hotel que en la Alameda de Hércules tienen los *Gallos*, y donde el cronista tuvo el gusto de pasar una feria.

No exagero nada, lector, al decirte que la charla de Pastora Imperio *suena* a guitarra y *huele* a jazmines, claveles y manzanilla.

Y nos dejamos caer sobre un mullido diván turco cubierto con una magnífica piel y rociado de ricos almohadones bordados que había en un ángulo del gabinete. Al lado, el piano; sobre él, figulinas y retratos: María Kousnezoff, Leopoldo Mazas, Peñalver y Pastora.

Frente a nosotros, en el corredor—elegante en su sencillez—, conversaban entre risas y alegrías la familia de Pastora—las bellísimas María y Gabriela, cuñada y prima de la artista, y su hermano Víctor—con sus buenos amigos el novelista de moda Antonio de Hoyos, el conde de las Mazas y Pepe Campúa.

Sobre la mesa del comedor había chatos de jerez, polvorones de Sevilla, claveles reventones. Y un detalle curioso: de la pared pendía un hermoso cartel anunciando la feria sevillana. La pintura representaba a Joselito *el Gallo* en el momento de ejecutar un magnífico pase.

Pastora estaba un poquito inquieta. ¿Qué iría yo a decir de ella? Y la pobrecita me miraba lealmente, con esa expresión suya un poco dolorosa de mujer apasionada y buena, cuyo corazón se quedó hechizado para siempre de un amor quimérico.

—Bien, Pastora; yo no pretendo arrancarle a usted juicios mortificantes sobre la compañera Fulana. Usted es una artista tan grande y tan interesante, que no es preciso, para que una información de usted sea leída, descender a los sumideros del chismorreo. Vamos a hablar de su vida. Usted me va a contar...

Pastora me interrumpió:

—Yo, lo que usted quiera.

—¿En dónde nació usted, en Sevilla?

—En el mismito barrio de la Alfalfa y en la mismita casa del *Espartero*.

—¿Su padre?...

—¡Uy!... Mi padre era un sastre muy conocido que hacía ropa a los toreros. *Cúchares* no vistió más trajes que los que le hizo mi padre. También Reverte y *Bienvenida*. ¡Qué sé yo cuántos! Pues no me acuerdo bien, porque yo era entonces muy chiquitilla.

—Y Rafael, ¿se hacía allí también ropa?

Pastora se estremeció, entornó los ojos y suspiró leve, imperceptiblemente:

—Sí, también; de pequeñito, recuerdo haberlo visto.

Hizo una pausa muy corta. Después, ella prosiguió:

—Mi madre era *La Mejorana*, la mejor artista de baile flamenco que pisó los *tablaos*, la que ha movido los brazos con más salero en el mundo. De ella nació todo el baile flamenco. Ella ha sido el tronco, y de él nació este tronquillo, que, bueno o malo, está muy conforme, porque con ser hija de ella ya tengo bastante.

Y la artista se expresaba en un andaluz muy pintoresco y muy cerrado, que mi pluma no sabe recoger:

—Estábamos allí muy requetebién; pero nos

tuvimos que venir a los Madriles, porque mi papá se puso enfermo. Y aquí, amigo mío, empezamos bien; pero qué sé yo lo que pasó después, y comenzamos a pasar privaciones y fatigas.

—¿Qué edad tenía usted entonces?

—Once años tenía yo, y vivíamos en la calle de la Aduana, encima de la academia de baile de Isabel Santos. ¡Y ahí empezó el queso! Yo, desde que me di cuenta de que arriba se movían los *pinreles* y se tocaban los *palillos*, no vivía ni dejaba tranquilo a nadie. Si estaba fregando la escalera y oía bailar, dejaba la rodilla y me ponía a dar saltos sobre un escalón. Un día se me prendieron fuego las ropas, porque iba por el pasillo de mi casa con el quinqué de petróleo entre las manos y, al escuchar arriba un *bolero*, me puse a dar saltos con el quinqué y todo, y, claro, me quemé. En fin: una fiebre, una locura.

—Y sus padres de usted, ¿qué decían de estas aficiones?

—Pues mi padre decía que me iba a romper una pierna para que no saltara tanto.

Reímos.

—¿Pero a usted no la inquietaba esta amenaza?

—¡Quiá! ¡Si yo estaba loquita! Verá usted: un

día, fregando la escalera, llegó un señor y me preguntó por la academia de baile, y como se conoce que le chocaron mis maneras y este dejillo andaluz, se paró a hablar conmigo. Me dijo que era don José Fernández, amo de un teatro que se llamaba Japonés, y donde las mocitas bailaban mucho. Yo aproveché la ocasión y, con el achaque de acompañar al caballero, me colé en la academia. ¡Ay mi madre de mi alma! Aquel día nació en mi imaginación la idea de ser artista. Me volví loca del todo. Un día, al poco tiempo de esto, hubo un bautizo en la casa, y se acordaron de la pobre *chiquilla del sastre*. Ya en la fiesta, no sé quién me instó para que bailara. Yo, ni corta ni perezosa, bailé unas sevillanas, y dejé tonta a la maestra. «Pero, chiquilla, ¿cómo haces eso?», recuerdo que me preguntaba. Y yo no sabía responder, pues jamás nadie me había enseñado a dar un paso de baile, y lo hacía sin método, por intuición. En mi casa seguíamos pasando las *ducas*, y entonces un día yo me planté y le dije a mi pobre madre: «Ea, aquí se acabaron las privaciones; desde hoy yo me encargo de sostener mi casa.» Tuvimos que convencer a mi padre; le habló la maestra de baile, y al fin me uní a una muchacha que se llamaba María, y formamos una pareja de bai-

le que Saint-Aubin bautizó con el nombre de *Las hermanas Imperio*, y debutamos en el Japonés.

—¿Qué sueldo le daban a usted?

—Cincuenta realitos diarios.

—No estaba mal—comenté.

—Sí; pero duró muy poco, porque al segundo día, Liniers, que era entonces gobernador de Madrid, nos suspendió por no contar yo más que catorce años, y me tuvo que estar pasando por espacio de algún tiempo treinta reales diarios. Hasta que al fin se le ablandó el corazón, y en vista de que yo, con mi trabajo, no hacía mal a nadie, sino al contrario, mantenía mi casa, me autorizaron para trabajar. En el Japonés estuve unos meses, hasta que me marché a Actualidades porque me ofrecieron tres duros. Lo demás ya lo sabe todo el mundo; pero esto que yo acabo de contarle es la pura verdad.

—¿Entonces, usted, desde bien pequeñita supo ganarse el dinero?

—Como que no le debo a nadie ni un par de botas.

—Pastora—me permití yo objetar—, se olvida usted del tiempo que estuvo casada.

—No me dió tiempo para romper las que llevaba puestas—me contestó rápida.

Y se quedó un poco triste.

—Y después, ¿cuál ha sido el mayor sueldo que ha cobrado usted?

—Mil doscientas pesetas por noche.

—¿Aquí?

—No; en América.

Hizo un silencio, y después, con deleite, prosiguió:

—Yo soy la artista que más dinero ha ganado.

—¿Cuánto?

—¡Qué sé yo! Mucho dinero. Gasto enormemente, porque tengo cuatro casas que sostener. Yo soy modesta; pero lo que más me gusta en la vida es tener un coche que me lleve de aquí para allá, no andar con las *patitas*, que ya trabajan bastante las pobres.

—¿Cuánto dinero tiene usted ahorrado?

—Unas seiscientas mil pesetas en papel del Estado. A mí me gusta muy poco ahorrar, porque parece que ya está una anciana. Estas seiscientas mil pesetas pienso gastármelas dentro de unos días para que los pobres no se olviden de esta artista con tanta suerte y de esta mujer tan desgraciada.

—¿En qué?

—Es un proyecto que estoy llevando a cabo. Verá usted: Me regalan unos terrenos en Cha-

martín de la Rosa, y yo mando edificar por mi cuenta un refugio que lleve mi nombre, para recoger en él a los pobres viejos. Son los que me inspiran más pena. Y antes de morirme de lástima quiero hacer algo para remediar estas miserias. Me da mucha tristeza ir en estas noches de hielo dentro de mi automóvil y ver a esos infelices rociados por los portales y *abrigados* con papeles.

—Pero, Pastora, ¿entonces se va usted a quedar sin un céntimo?

—¿Y qué importa? Mientras el público vaya a verme ganaré veinte mil duros al año, y cuando esté viejecilla sentaré plaza de hermana de la caridad en mi refugio.

Y como me viera reír, exclamó suspirando:

—¡Si viera usted, *Caballero Audaz*, que otras cosas habrá más imposibles que el que yo ingrese en un convento! Le juro que a mí no me importaba nada dejarle mañana a mi familia cuartos bastantes para vivir, y pasar del escenario al claustro y de allí no volver a salir jamás. Después de todo, lo mismo me da andar por el mundo que no. Estoy como si fuese de mármol y con máquina. Trabajo para olvidar.

—¿Y lo consigue usted?

—¡Qué sé yo!

Y los bellos ojos de Pastora comenzaron a brillar intensamente.

—¡Pobre Pastora!—murmuré yo—. Sigue usted enamorada. Usted no es una mujer: es la huella de un pasado.

La artista quiso disimular, y exclamó:

—Lo que es yo enamorada, después de los despueses... ¡Vamos, usted está peor!

—¡Ah! Luego entonces, ¿ya no se acuerda usted para nada de Rafael?

—Todo lo que se acuerda él de mí, me acuerdo yo de él. Aquello pasó como una borrasca. Todo en esta vida pasa. Ya ve usted: se muere la madre de uno y se puede vivir después. Rafael y yo estamos así más tranquilos; yo sólo le pido al Cristo del Gran Poder que jamás le pase nada y que le viva mucho tiempo su madre para tranquilidad suya. Y como yo tengo mucha influencia en el cielo, a fuerza de hablar todas las noches con los santos, segura estoy de que su madre le durará tanto como dure la mía.

Las últimas palabras de Pastora fueron dichas con una intención que yo no pude comprender. Ahí quedan.

—Y dígame, Pastora: Usted, ¿está segura de que Rafael y usted no volverán a unirse jamás?

—Segurísima. Es muy triste, muy triste, pen-

sarlo; pero él morirá lejos de mí o yo moriré lejos de él. Juntos, jamás.

Y la apasionada artista rompió a llorar en silencio. Con su pañuelo de encajes, perfumado con ámbar, recogía las lágrimas y acallaba los sollozos para que no se enterase su hermano Víctor.

—¿Algún hombre le habló a usted de amor en estos cinco años que lleva usted rodando por el mundo?

—Nunca. Parece mentira; pero se lo juro a usted. Ochenta amigos tengo alrededor mío; pues jamás ninguno de ellos me habló de amor. De eso sí que no puedo presumir. Se conoce que «huelo a honrada» desde lejos. Y hacen bien, porque nosotros, los gitanos, no amamos más que una vez. Entregarse a una persona es un acto de iglesia; si uno se equivoca, como me he equivocado yo, no queda más camino que secarse de pena.

—Vamos a ver, Pastora: ¿Y si yo, algún día, le trajese a usted a Rafael?

Rió amargamente.

—Puede que le matáramos a usted entre los dos. Se armaba una que ni la guerra europea. Mire usted: veintisiete años tengo; si ciento me quedaran de vida, los viviría sin cruzar la palabra con ese hombre, por el cual me escapé de

mi casa, que es lo más grande que puede hacer una mujer buena.

En el comedor reían. Los muebles iban perdiendo el detalle de sus perfiles en las tinieblas.

Yo le pregunté:

—Y de esas infelices artistas que la combaten, ¿qué me dice usted?

—¿Qué le he de decir? ¡Que lo que ellas quieran! Yo, a todas estas cosas que tan poca importancia tienen para mi vida, contesto con este cantar:

Yo soy de otro pueblo;
no conozco a nadie;
la persona que me haga algo bueno,
que Dios se lo pague.

Y la genial, la adorada, la romántica artista, seguía llorando.

¡¡Pobre Pastora!!

LINARES RIVAS

El insigne dramaturgo no se había dado cuenta de nuestra presencia en su despacho, y continuaba muy ensimismado en el diálogo de una nueva obra. Antes de escribir, redondeaba la oración en alta voz... Al fin alzó los ojos, y al vernos de pie ante la mesa, tuvo un momento de confusión.

—¡Señores!... No me había dado cuenta—exclamó, al mismo tiempo que afablemente nos tendía su mano.

Después tomó asiento en una silla al lado nuestro, y con la mano derecha puesta en el oído en disposición de recoger nuestra conversación, y con los ojos fijos en nuestros labios para no perder ningún movimiento de ellos, nos dijo con voz casi queda:

—Tengan la bondad de hablarme alto, porque tengo lo desgracia de ser sordo...

Y esto lo dijo el insigne escritor con tal amargura, que nos transió de pena.

—¿Desde hace mucho tiempo?—inquirimos, alzando con potencia la voz.

—¡Oh, sí! Nací con esta enfermedad; he tenido épocas de oír algo, pero muy poco.

—Y claro: esa torpeza del oído le amargará a usted la vida...

—Sí, claro; me crea mil sinsabores; no me hace desgraciado del todo, porque he decidido no serlo; pero sí me contraría enormemente... Aunque algunas de las cosas que consigo oír más parecen elogio de la sordera que pésame por tal defecto...

Hizo un silencio; después, más triste y menos irónico, prosiguió en tono pesimista:

—Esto ha entorpecido mi vida, la ha cambiado por completo... Me ha hecho tirar por la ventana un bufete, una carrera y no sé cuántas cosas más.

—¿Es usted abogado?

—Sí, señor. Pero, ¿quién puede ejercer la carrera de esta forma, mi amigo? Yo me obstiné en ello, y la triste realidad me ha convencido que para rodar lo primero que se necesita son ruedas. Cuando voy al teatro, son dos comedias las que veo: una la que es y otra la que yo voy construyendo o forjándome con los perso-

najes y las escenas que voy viendo... Salvo en algunas ocasiones, que los autores tienen conmigo la preferencia de darme un ejemplar para seguir el curso de la obra.

—¿Cómo nacieron en usted las aficiones literarias?...

—No son precisamente literarias; son teatrales... No recuerdo. Toda la vida tuve afición. De muchacho representaba comedias... De mayor, las hago..., y no todas para el teatro...

—¿Qué fué lo primero que escribió usted?...

—Para el teatro, lo primero que escribí fué, hace más de veinte años, una comedia que me estrenó la Tubau en el teatro de la Princesa, que la titulaba *El camino de la gloria*. Fué aquello una intentona romántica, y después volví la atención a mi carrera, que por ser *mi carrera* era la que más necesitaba de mis desvelos y de mis energías... Más tarde, y a la fuerza, tuve que volver a la labor de las cuartillas..., sobre las cuales se puede trabajar en soledad y en silencio, y a ratos sirven también para enjugar nuestra amargura. Había tenido un fracaso en la política y otro en la abogacía por mi falta de oído, y no quise seguir por tales derroteros.

—Lo que no comprendo, don Manuel—alegamos nosotros—, es cómo sin haber vivido la

vida tan intensamente como el que la siente y la oye bien, sin que se le escape a usted una palpitación de ella, puede usted escribir obras tan llenas de realidad como son las suyas. Esos diálogos tan admirables, que no hay quien los haga igual.

—Eso dicen muchos... Yo, para descargo de mis aptitudes, lo único que puedo alegar es que *me parece* que así es la vida... Desde muy joven he tenido mucha libertad y bastante dinero; de esta forma, he alternado con toda clase de gentes y he sido de todo. Sí, sí; yo he toreado en corridas cuyas revistas fueron hechas por *Sentimientos* y *Sobaquillo*... No creo que haya muchos ejemplos de individuos que hayan sido juez de Madrid y torero al mismo tiempo.

—¿Y cómo eso?...

—Pues nada, que, cuando toreaba, era juez... Esto no tiene nada de particular, pues ni con el traje corto de torero despachaba el juzgado, ni con la toga y el birrete iba a la plaza a *despachar* a los toros, que era lo que hubiese tenido algo de particular...

Encendimos un cigarro. Llegó el hijo mayor de Linares: un muchachito de diez y siete años, tan correcto en la expresión como en el vestir.

—¿Cuántos años tiene usted, don Manuel?

Linares, después de hacer un gesto muy cómico de terror, repuso:

—Tengo cuarenta y ocho. *Puede usted decir que bien llevados*... Me servirá para provincias el reclamo...

Reímos, y después...

—¿Es usted gallego?...

—Sí, señor; no crean ustedes que lo digo por darme tono...

—¿Nacido en...?

—Campanela... No se lo digan a nadie.

—¡Hombre! En el lugar donde se desarrolla *La garra*...

—Sí, en efecto. Escogí ese ambiente para mi obra como podía haber escogido Toledo, León u otra población religiosa y austera; porque, claro, en San Sebastián, o en Barcelona, o en la Puerta del Sol, no hubiese podido ocurrir lo que allí ocurre.

—A propósito, ya que hablamos de *La garra*, que, dicho sea de paso, es la obra teatral más humana y más hermosa del teatro contemporáneo, ¿hacía mucho tiempo que la tenía usted escrita?

—Sí, señor... Pero no me atrevía a darla.

—¿Qué se propuso usted al escribir esta obra?...

—Llamar la atención de la Iglesia y del Estado sobre los infinitos casos en que resulta cruel su abandono y su indiferencia... No pretendí teorizar, ni mucho menos dogmatizar, sino sencillamente exponer. Y me considero muy dichoso con haberlo conseguido; sé que mi labor no es más que un grano de arena...; pero es y me basta para estar bien pagado.

—Y díganos, don Manuel—preguntamos, ya interesados—: ¿Es cierto, según se ha dicho, que en *La garra* pensaba usted resolver el problema de otra forma y que por cierto temor al abono de la Princesa?...

—No...; esas son fantasías. *La garra* nunca tuvo más forma que la actual. Si los marqueses de Montrove se decidieran a libertarse de los consejos de los que les rodean, la *garra* dejaría de ser *garra*. Además, si el conflicto lo resolviera yo, en cualquier sentido que fuere, sería parcial, y no he querido serlo. Mi labor no ha sido más que de exposición. La de un caminante por la senda de la Vida que se detiene y grita: «¡Eh, Iglesia, Estado!: Fijáos en esto, y ya es hora de que lo evitéis. Como este caso hay muchos.»

—¿Por qué retiró usted *La garra* de la Princesa?...

—La retiré por figurarme que perjudicaba

los intereses de sus propietarios, los excelentísimos señores marqueses de Fontanar y de Balazote.

—Pues qué, ¿la obra no estaba dando dinero?

—Sí, señor... Pero era un dinero que no se cogía con gusto... ¡No satisfacía!...

—Se dijo después que iba a estrenarse en el Español. ¿Es cierto?...

—Que se iba a estrenar, no sé... Que en cuanto la retiré de la Princesa me la pidieron con gran urgencia para ponerla en seguida en el Español, sí..., es cierto... La obra fué acogida efusivamente por los empresarios; después, por razones que conoce indudablemente el señor Oliver, pasó mes y medio y no se estrenó. Yo ignoro hasta ahora los motivos: ni al señor Oliver le corrió prisa el notificármelos... ni a mí el preguntárselos. Confío, sin embargo, en que algún día los sabré.

—Y entonces, ¿la dió usted a Eslava?...

—Sí; en vista de que el Español me hacía el flaco servicio de tenérmela allí olvidada, la di a Eslava y estoy satisfechísimo.

—¿Y cómo siendo usted conservador de abolengo escribe usted obras tan francamente liberales como *La garra?*

—¡Ah! ¡Caramba!... ¿Y es que en las demás

obras mías no advertían ustedes lo mismo que han dado en llamar paradoja con mis principios políticos, y que yo lo creo de una perfecta armonía?...

—¿Cuántas obras teatrales tiene usted escritas?

—Unas cuarenta.

—¿Y cuál de ellas es la que más le gusta?...

Para pensar mejor la respuesta, repitió lentamente nuestra pregunta. Y replicó:

—Mire usted... Estoy satisfecho de todas mis obras, aunque de todas tengo la seguridad de que podrían mejorar muchísimo; pero no es razón que haya premios mayores, para no estar contento con los pequeños... y con las participaciones... Véase *La viuda alegre*, de Lehar, de otros y mía.

—¿Cuál es el éxito mayor que ha tenido usted? *¿La garra?*

—Quizá. En ninguna me alabaron tanto ni me insultaron tanto, y ninguna sirve tanto a mi familia para echarme piropos cuando están a buenas, ni para sacar el ejemplo de mi torpeza cuando están a malas. Pero estoy satisfecho... Sí.

—¿Le produce a usted mucho el teatro?

—Infinitamente más de lo que nunca pude ambicionar por ese camino.

—¿Escribe usted con facilidad?

—Sí, señor; con demasiada facilidad; y eso perjudica mucho al interés de las obras, pues van poco meditadas... Verdad que las que medito salen después escandalizadas... y escandalizando. Ahora preparo *Los olvidados*, dos actos, para Lara, y *Fantasmas*, tres actos, para Eslava.

—Una pregunta difícil: ¿Cuál literato español contemporáneo le gusta a usted más?

—¡Caracoles!—clamó—. ¿Sí? Pues a una pregunta difícil, una contestación fácil: Todos los literatos españoles me gustan mucho, sobre todo cuando les entiendo...

—Y de actores, ¿cuál le gusta más?

—Todos los actores me parecen bien, aunque no todos es en el teatro donde me parecen bien...

Detúvose un momento; después continuó:

—Respecto a las actrices, todas las actrices me gustan, y... muchas que no son actrices, digan lo que quieran los carteles...

MARIA GÁMEZ

El sereno nos abrió la puerta de la calle, y, auxiliados por la oscilante luz del cerillo, avanzamos por la estrecha y desvencijada escalera de peldaños carcomidos y de olor a pringue de cocina, Felipe Sassone y yo. María nos aguardaba en el umbral del piso entresuelo.

—Si tardan ustedes un poquito más, no les recibo—exclamó al vernos aparecer.

—¿Por qué, María?—preguntó Sassone.

—Porque en este momento me iba a acostar, *Sassufo*... ¡Vaya una puntualidad!...

Consultamos el reloj. Eran las once y media. La cita era a las diez. No se podía negar que la amiga artista llevaba razón. Felipe se excusó contando, con pintoresca gracia, las incidencias que habían tenido la culpa de nuestro maldito retraso. Yo, por toda disculpa, besé la

mano blanquísima, suave, gordezuela y cálida de la actriz.

Pasamos al comedor. Un comedorcito de muñecas, muy bajo de techo, con un aparador y un trinchero diminutos, todo muy mono y con deliciosa coquetería arreglado.

Mientras que Felipe curioseaba las porcelanas de Talavera, María y yo nos miramos un momento a los ojos. Los de María son grandes y color caoba. El lápiz negro, diestramente administrado, los agranda todavía más y les da interés.

—¿Se pinta usted los ojos, María?

—Las pestañas, sólo las pestañas y las cejas. El lápiz es *mi categoría*, como yo le llamo. Sin las cejas ni las pestañas pintadas no tengo categoría; son muy claras y parezco una pepona.

—¿Estaba usted durmiendo?—inquirí al advertir que esquivaba la luz.

—No.

Y como viera nuestro gesto de incredulidad, prosiguió:

—De verdad. Estaba leyendo la novela de don Benito *El amigo Manso*. En la adaptación que vamos a estrenar en el Odeón, de Acebal, he escogido yo el papel de carnicera, y quiero estudiar en la novela el carácter del personaje.

—Es un tipo muy pintoresco.

—¡Oh! Muy gracioso. Pasemos a esta otra habitación y estaremos más cómodos.

El cuartito era un *fumoir* delicioso, incomunicado con el comedor por medio de un *portier*. Nada; lo necesario para soñar un poco: un diván turco rociado de cojines, un piano, unas panzudas butaquitas, algunos paños egipcios y árabes adornando las paredes, y aroma de opio y jazmines.

—Qué bien se debe estar aquí... hundido en ese diván, fumando una pipa de opio, viéndola a usted y oyéndola tocar la *Patética*, de Beethoven, por ejemplo.

—¿Cree usted?...—preguntó ella con incitante monería.

—Estoy casi seguro, María. ¿Le gusta a usted la música?

—¡Oh! Muchísimo—murmuró muy despacio y con deleite—. Para mí constituye una necesidad.

—¿Más que su arte?

—No; eso, no. Mi arte, sobre todas las cosas.

—¿Le gustaría a usted haber sido una cantante de ópera?

—¿En vez de comedianta?

—Sí.

—No, no—rechazó rápida—. Estoy muy a

gusto con mi profesión. No la cambiaría por nada.

Felipe tecleaba indiferente en el piano. María se dejó caer en una de las butaquitas, y yo, a su lado, en el diván.

Dicen por ahí que María Gámez es una mujer peligrosa para los hombres; que los coge por el corazón y que los fascina con sus pupilas oscuras. No sé; tal vez sea verdad. A mí me parece una chiquilla engreída, vanidosa y dulcemente interesante; una belleza blanca y carnal, como la María Gracia de Rubens; una holandesita. Mi espíritu cree mucho más peligrosas las mujeres de Romero de Torres que las de Rubens.

María vestía una bata de crespón de seda color *burdeos;* de sus orejitas pendían unas piedras verdes que contrastaban admirablemente con el blanco azulado de su piel.

Sacamos nuestra pitillera y le ofrecimos un egipcio. Lo rechazó dulcemente.

—Gracias; no fumo. Soy tan cursi como todo eso.

—¿No es usted americana?

—No; quiá. Soy española. Nacida en Cádiz.

La voz de María es dulce, y la pronunciación finamente andaluza. Para su lengua no existen

la ce ni la zeda: todo lo adereza graciosamente con la ese. Continuó:

—Ya lo he contado infinitas veces. Mi madre era actriz cómica. Además, una actriz cómica estupenda: Micaela Calle. A los doce años debuté con Espantaleón aquí, en Madrid, en el teatro Alhambra, ese que después se llamó Moderno.

—¿En qué obra?

—En *El patio*. Hacía esa niña que se pelea tanto con el novio.

—¿Y gustó usted?

—No; ni gusté ni no gusté; como era muy pequeñita y muy sosita, nadie me hizo caso, y, en vista de eso, me fuí a Buenos Aires.

—¿Sola?

—No, hombre; con mi madre. Fuí contratada al teatro Victoria por seis meses.

—¿Y qué pasó?

—Pasó que los primeros tres, como seguía siendo flaquita y sosita, tampoco allí me hacía caso nadie. Recuerdo que el empresario, que era catalán, me decía con una compasión que jamás podré olvidar: «¡Oh, Mariquita! No es posible; una muchacha que no pesa más que cuarenta kilos no va a ninguna parte. Hay que engordar primero.»

—¿Y engordó usted?

—No, señor; triunfé delgada. Por aquellos días vino la *Neña*, de Oliver; acerté en la interpretación, y tomé categoría. Entonces tenía diez y seis años; me contrató Tallaví de damita joven, y a los diez y ocho era primera actriz de su compañía.

—¿Estaba usted soltera?

—No, señor. A los diez y siete años me casé.

—¿Y cómo tan joven?

—Se conoce que tenía prisa. Qué sé yo. El caso es que el día primero de enero conocía a mi marido y el día ocho me casaba con él.

—Entonces, no fué por amor.

—No, señor. Fué por libertarme.

—Puedes poner también—intervino Sassone, dirigiéndose a mí—que el mismo día que se casó le hizo el amor el padrino de boda.

Acogí lo dicho como una broma; pero al ver que María asintió, la miré sorprendido.

—¿De verdad?

—Sí, de verdad—afirmó sonriendo—; como lo oye usted. Mientras que mi marido firmaba en la sacristía, el padrino me enamoraba, diciéndome: «Pero, mujer, con qué porquería se ha casado usted. Ese mamarracho no va a ninguna parte. El hombre que la hará a usted feliz soy yo; yo, que estoy loco por usted.

—Y usted, ¿qué contestó a eso?

Figúrese. Ya le he dicho que apenas tenía diez y siete años. Al pronto, me asqueé un poco; pero luego aquel hombre, audaz y cínico, llegó a interesarme de tal manera, que después fué el amor de mi vida.

Callamos. María, para rememorar; yo, para meditar un momento sobre la complicada psicología de algunas mujeres.

—¿Y su marido?—le pregunté.

—No llegó a interesarme nada. No quiso, ni pudo, ni supo. A los cinco años de casada me separé de él. Nuestro matrimonio había resultado una lamentable equivocación.

—Claro—comentó Felipe—, por falta de ensayos.

—¿Qué ensayos? Si ni siquiera tuvimos tiempo para repartir papeles...

Reímos, y yo, al mismo tiempo, recordé algo que había leído u oído respecto al corazón de María, y...

—Dicen que es usted una mujer cruel.

—¡Oh!—protestó ella—. Eso lo dicen a propósito de que no me enamoro todos los días. Y los que dicen esto no saben que yo, como le confieso a usted, tuve una gran pasión que dejó mi alma estéril para otro amor, rendida de amar, inmune para otra pasión. Pero esto no lo diga usted.

—Descuide usted—prometí muy formal.

—Además, después de aquel hombre no encontré ninguno que se haya preocupado de hacerme olvidar. Y, claro, soy un muerto que camina...

—Dígame, María: ¿cuál es su obra preferida?

—Siendo comedia, cualquiera.

—Una, sobre todas.

—No sé. Dicen que en *La chocolaterita* estoy mejor.

—Y a usted, ¿le gusta?

—¡Oh! ¿No le digo? Me gusta la comedia del corte de *El adversario*.

—Usted, cuando se halla en escena, ¿está siempre en situación? Es decir, ¿ríe usted, llora y se apasiona sinceramente?

—Yo entro en situación si el público entra en la obra. Entonces paso por todas las emociones del papel. Yo entiendo que el artista debe ser así: sincero y honrado; no puedo soportar los cómicos de receta... a lo Amalita Isaura, por ejemplo.

—¿Cuál es la aspiración suprema que acaricia usted?

—Ser una gran actriz.

—Cuando yo vengo a visitarla es porque ya lo es usted. Otra aspiración.

Rió y agregó:

—Pues entonces, no dejar nunca de serlo.

—¿Tenemos dinero?

—No tenemos una peseta. Vivimos al segundo. Y muy contenta de no tenerle. ¡Oh, el dinero! ¿Para qué lo quiero? En cambio, tenemos salud y muy buen humor. ¿Qué hay de eso?

—Nada—respondí—. Que la felicito a usted. ¿Le gustan a usted los toros?

—No, señor; me repugnan. Tengo un corazón muy sensible y muy noble.

—¿Cuál es su mejor amigo?

—¡Oh! Vaya una pregunta. No tengo el mejor: tengo muchos. Yo, entre los hombres, me hallo muy bien. Soy un camarada más; el amigo primero, señora Gámez.

—Entonces, ¿lamentará usted haber nacido mujer?

--Nada de eso, puesto que no me cambiaría jamás por un hombre. No crean ustedes, que tiene muchos encantos el ser mujer.

—¿Cuál es la actriz que más le gusta?

—María Guerrero.

—¿Y actor?

Titubeó un momento. Yo la animé:

—Vamos, mujer, sea usted valiente.

—Pues ninguno.

—A Tallaví, ¿le quería usted mucho?

— ¡Muchísimo! — murmuró tristemente —.

Ayer estuve en el cementerio a dejarle unas flores, y pasé muy mal rato. Siempre, cuando empiezo una temporada o emprendo una *tournée*, tengo costumbre de ir a llevarle unas rosas. ¡Pobre Tallaví!

Los ojos de María se habían humedecido. Para desvanecer su tristeza, le pregunté:

—Vamos a ver, María: ¿Qué le gusta a usted más de su cara y de su cuerpo?

—Las manos me parece que es lo mejorcito que hay en casa.

—Pero no le sirven para nada—terció Sassone—; porque tú quisieras meterlas dentro del pecho de los hombres y estrujarles el corazón.

—No, hijo; nada de eso. Sirven para acariciar y para rezar. Ya es bastante.

—¿En qué teatro le gusta más trabajar?

—Pues mire usted, en el que estoy: en el Odeón, de Madrid.

JOSÉ FRANCÉS

Como un escandaloso grito de alegría entraba el sol maravilloso de aquella mañana de invierno, invadiendo todos los rincones del artístico despacho del escritor. También entraba el silencio apacible de la olvidada calle, contribuyendo a dar la sensación de una ansiada soledad campestre.

Francés me dejó un momento que, callado, contemplara el conjunto decorativo de su habitación de trabajo. Mientras que yo descorría mi mirada por los magníficos lienzos de Beltrán, Moisés, Mezquita, Domingo, Posada, Mir, *Echea,* él saboreaba mi impresión agradable con una íntima satisfacción. Después me fué haciendo el historial de cada cuadro: «Ese retrato me lo hizo Mezquita hace dos años; ese cuadro de Posada es un boceto del cuadro que

ganó el segundo premio. La tablita ésta, de *Echea*, fué premiada en Bellas Artes.»

Es el despacho una exposición pequeñita. El espíritu de una mujer artista vigila allí los menores detalles.

—Vive usted como un prócer, Pepe—le dije, al mismo tiempo que tomaba asiento en su sillón de trabajo, entre dos tizonas del siglo XVII.

—No—contestó él sonriendo—. Lo que pasa es que todo esto que usted ve es el íntimo deleite de mi vida. Amo como nadie mi casa y mis afectos. Soy un hombre de hogar. Gozo viendo mis muebles, mis cacharros, mis libros, mis cuadros, como usted no puede figurarse, y si por algo me inquieta la muerte es por el pensamiento de dónde irá después todo esto tan amado y que tanto trabajo me ha costado reunir en torno mío.

Y yo, al mismo tiempo que escuchaba atentamente al notable escritor, pensaba en la gran transformación física que ha sufrido en los doce años que nos conocemos... Cuando entonces nos estrechamos por primera vez las manos, era Francés un muchacho de esos que las tobilleras clasifican de soñadores e intereantes. Desnutrido, macilento, enfermizo. En sus ojos melancólicos, cercados por violáceas

ojeras, parecía llevar estereotipada la visión de la muerte. Su gran tupé sagastino era una greña de bohemio. Comienza entonces Francés a sembrar buena sementera literaria, y viéndole tan escuálido no había más remedio que pensar con pena: «¡Lástima de muchacho! No cogerá la cosecha de su talento.» Seguramente Francés un día se sintió feliz, arrojó de su espíritu los pesimismos y las visiones fúnebres, y comenzó a vivir. Hoy, el consagrado escritor, ya ídolo de los lectores, es un hombre excesivamente recio y sano, que no recuerda en nada al muchachuelo de hace doce años.

—¿Cuántos años tiene usted, Pepe?—le pregunté, como un resultado de mis meditaciones.

—Tengo ya treinta y tres, querido *Audaz*. Nací el 22 de julio de 1883, y en Madrid, aunque mucha gente me cree todavía valenciano porque en mis comienzos literarios tuve íntima amistad con Blasco Ibáñez. Hay también quien me cree asturiano por el cariño que tengo a esa región encantadora. Raro es el libro mío en que no aludo a Asturias o en que no hago intervenir tipos asturianos; incluso mis dos primeras novelas, *Abrazo mortal* y *Dos cegueras*, publicadas hace catorce años, y mi drama *Más allá del honor*, estrenado

en 1908, intentaron reflejar ambiente, paisaje y costumbres de Asturias.

—Desde pequeñín, ¿sintió usted decidida inclinación por la literatura?

—Siempre. Desde muy niño. Y alternaba la afición con el dibujo. No sabría decirle si el primer cuento lo escribí o lo dibujé en varias viñetas. Lo que sí supongo es que sería caballeresco o fantástico. Dumas, Fernández y González y Julio Verne fueron mis ídolos cuando niño. Además, tenía el ejemplo de mi padre. Mi padre ha sido escritor también. Fué redactor de *La Correspondencia de España*. Fundó en Puerto Rico el *Puerto Rico Ilustrado*, y tiene publicado un libro de cuentos y artículos descriptivos de costumbres filipinas, titulado *Galeradas*.

—¿Tuvo usted desalientos en sus balbuceos literarios?

—Nunca. Desde que publiqué *Dos cegueras* y *Abrazo mortal*, no he sentido el menor desaliento ni el más pequeño cansancio. Tengo una voluntad enorme. Más fuerte que los obstáculos ajenos y que los desfallecimientos propios. Y eso que, ¡ay, José María!, usted no sabe qué años más terribles los primeros y cómo he trabajado siempre. Llegué a enfermar. Yo era entonces un candidato a la muerte. Trabajaba

doce o catorce horas diarias; dormía cuatro o cinco nada más. Fué entonces cuando traducía en una semana libros de trescientas páginas, por los que me pagaban cien pesetas, y me hacía cuarenta o cincuenta cuentos para el editor Sopena, que me los pagaba *¡a duro!*

—¿Cuál era entonces su escritor preferido?

—Eduardo Zamacois.

—¿Por qué?

—Luego he supuesto por lo que sería. Los libros de Zamacois me empujaron hacia los verdaderos maestros de la novela contemporánea, los naturalistas franceses. Y esta última admiración no ha cambiado. Sigo creyendo en Zola, en Maupassant, en Flaubert, en los Goncourt.

—¿Y en la actualidad?

—Es un poco peligrosa la contestación. A los treinta años no se pueden hacer las afirmaciones de los veinte. Y tal vez fuesen menos sinceras.

—Sinceramente, Pepe, ¿ama usted la vida de literato, o preferiría haber tomado otra profesión?

Dudó un momento; al fin rompió su indecisión sinceramente:

—¡No! No amo la vida de literato. La soporto y procuro transformar todo su veneno en

un recurso vital. La Medicina nos da el ejemplo de este contrasentido. Si yo tuviera un hijo, le juro a usted que este hijo mío no sería escritor. Yo habría querido ser marino o caricaturista.

Y como sorprendiera mi risa, exclamó con vehemencia:

—No, no se ría usted. Marino, primero. Los viajes a Cuba, a Filipinas, a Puerto Rico, encantaron de aventura mi alma; los libros de Verne y de Mayne-Reid aumentaron después aquella sed de emociones exóticas o de los horizontes flotantes. Incluso se habló seriamente de comenzar los estudios; pero mi madre lloraba de angustia y de terror ante aquella posibilidad, y desistí. Lo de hacer caricaturas ya no era tan peligroso como seguir las rutas azules. Yo tenía muchos entusiasmos y bastantes condiciones—¡palabra de crítico de arte!—, e incluso he publicado historietas inocentonas, firmando con el pseudónimo *Córcholis*, en un semanario titulado *Monos*, y caricaturas políticas en *España Nueva*, firmando *Tik-Nay*. Por cierto que la primera vez que fuí a *Vida Galante* para intentar colaborar en aquella revista tan juvenil y tan simpática, no llevé cuartillas literarias, sino una gran cartera de dibujos humorísticos. Entré en la sala de es-

pera a las cuatro de la tarde y aguardé a Zamacois hasta las ocho de la noche. ¡Cuatro horas mortales, desesperantes, que no olvidaré jamás! Zamacois no se presentó aquella tarde por la redacción; pero desde mi rincón húmedo y oscuro—ni siquiera se molestaron en encender la luz—vi en una sala contigua reír y discutir y hablar de mujeres a cinco o seis individuos. Luego supe que eran Manolo Carretero, Pedro Barrantes, Joaquín Segura, Gascón y Navarrete. Cuando ya me decidí a marchar y llamé al portero para dejarle mi tarjeta, le pregunté quién era el que más chillaba de todos. «El señor Navarrete—me contestó—; el director artístico, vamos. Si lo que trae usted son *monos*, él es el encargado de admitirlos o no. ¿Quiere usted que le avise?» Protesté horrorizado. ¡Navarrete, juzgar a los caricaturistas jóvenes! ¡No! ¡No! ¿Usted no recuerda cómo dibujaba este señor, querido José María? Tal vez debido a esto, la segunda vez que volví a *Vida Galante* ya no llevaba dibujos, sino artículos.

—De todo lo que ha leído usted, ¿cuál es la obra que más emoción le ha causado?

—Qué sé yo. Es difícil una respuesta. Tendría que citar muchas. Porque soy un gran ecléctico. No comprendo las intransigencias

de escuela ni los partidismos. Me parece que es como si achicáramos nuestra sensibilidad, haciéndola incapaz de amarlo y comprenderlo todo.

—¿Qué cultiva usted con más gusto: el teatro o el libro?

—El libro. Indiscutiblemente. El teatro es un arte inferior. Los mejores dramaturgos, en el sentido que la gente concede a esta palabra, han sido y son siempre detestables escritores.

—De todos sus libros, ¿cuál es el preferido por el público?

—*El alma viajera*, que se publicó horrorosamente mutilado en *El Cuento Semanal*.

—Y usted, ¿a cuál quiere más?

—*La danza del corazón*. En esta novela, y en *El hijo de sí mismo*, están los momentos más emocionantes de mi vida y vibra la más fuerte e indeleble pasión que he sentido y sentiré.

—Luego, según eso, ¿usted vive los libros antes de escribirlos?

Francés afirmó rápidamente.

—¡Oh! Sí, sí. Mis novelas se nutren con mi realidad.

—De sus obras de teatro, ¿cuál es la que a usted más le gusta?

—*Cuando las hojas caen.* La estrenó, en el Teatro de Arte, la actriz que hoy es mi mujer.

—Vamos a ver, Pepe—le pregunté, llevado por la confianza fraternal—: ¿Es usted apasionado o sincero cuando hace crítica de arte?

Repuso rápido:

—Sincero, sincerísimo, archirrequetesincero. Llevo trece años, José Marí, haciendo crítica de arte, y todavía ni yo ni mi inseparable *Silvio Lago* han tenido que arrepentirse de una sola línea. Y no crea usted que no es amarga esta sinceridad de decir uno lo que siente. Me ha costado muchos disgustos, muchas amistades y muy pocas satisfacciones. Los artistas —salvo excepciones contadísimas—son muy vanidosos. Podrán no agradecer un elogio efusivo y entusiasta; pero no perdonan jamás una censura, por muy cortés y banal que sea.

Hubo una pausa. Yo proseguí:

—¿Qué vida hace usted?

—Una vida bien poco higiénica, amigo mío. Me levanto muy temprano: en invierno a las seis, en verano a las cinco y media, y me pongo a trabajar hasta las once. Escribo diariamente treinta o cuarenta cuartillas acerca de diversos asuntos, y a las nueve y media o las diez me acuesto. Esta necesidad imprescindi-

ble —para poder realizar toda la labor que me he impuesto o me han impuesto las circunstancias—de acostarme pronto y levantarme temprano me ha alejado de un modo definitivo del teatro.

—¿Cuánto le lleva a usted producido la pluma?

—No estoy muy seguro de la cifra; pero calculando doce años de un trabajo tan excesivo como el mío, habré llegado a ganar unos veinte o veintidós mil duros. Pero, ¡eso sí!, no tengo ni un céntimo. No sé quién dijo que nos pasamos la vida ganándola y que jamás disfrutamos el placer de haberla ganado. Esto, en lo que se refiere a mí, es muy exacto.

—¿Cree usted que en la actualidad se lee más y se escribe mejor que antes, o al contrario?

—¡Indiscutiblemente! Nunca, nunca se ha leído tanto ni se ha escrito mejor que ahora. En un período de transición, de evolución progresiva como es el que ahora atraviesa España, cada generación literaria supera a la anterior.

—Siento lo que dice usted por esos señores del 98, que se imaginan haber dicho ya la última palabra.

—¡Oh! Es mucho más interesante la gene-

ración literaria del 908 que la del 98. Entonces eran cuatro o seis señores los que escribían bien; ahora son cincuenta o sesenta. Compare usted, compare usted la cantidad de novelistas, de poetas, de críticos y de cronistas de nuestra generación con la del 98.

—Usted ¿qué prefiere hacer: crítica, cuento, novela o teatro?

—Siento la voluptuosidad de escribir el cuento y la novela.

—¿Qué vicio le domina a usted?

Pepe rió.

—Una cosa un poco vergonzosa: comer y dormir.

—¿Y lo que más le importa a usted de la vida?

—La muerte; porque me da pena dejar todo lo que yo he creado.

—Será tal vez porque abriga usted algún temor respecto al *más allá*.

—Eso, en absoluto; no temo encontrar nada desagradable.

—¿De qué enfermedad quisiera usted morir?...

—Lo he pensado muchas veces: de viejo y en la cama. Pero le advierto a usted que en todos los horóscopos y profecías que me han hecho coinciden en que moriré aplastado por un coche... Y esto tiene su explicación, por-

que yo siempre voy leyendo por la calle. Ahora, que no me placería esta muerte.

Calló Francés. Yo pensaba la última pregunta. Y...

—¿Cuál es la aspiración suprema que acaricia usted para el porvenir?...

—Verá usted. Hace tiempo, Eduardo Marquina publicó en *España Nueva* una semblanza mía en verso. Hablaba de mis juveniles impaciencias, de mis rebeldías moceriles, de aquella turbulencia, un poco lejana ya, con que entré en la vida literaria. La última estrofa era ésta:

Sabe: unos brazos, unos —los únicos— te aguardan;
no les tengas codicia, no imagines que tardan;
porque, cuando ellos ciñan tu garganta doncel;
cuando las rosas de hoy sean gotas de miel,
este mundo, tan viejo para ti, viejo en él,
será tan sólo un huerto donde crezca un laurel.

—Los brazos únicos ya han llegado, y cultivo mi huerto, esperando el día en que, a la sombra de ese laurel, pueda descansar.

—Esperar..., esperar...—murmuré yo—. Lo más bonito que hay bajo el cielo es esperar; porque siempre se espera acompañado de una ilusión.

LOS CURAS POBRES

Fué en una de estas pasadas tardes, entre dos luces y entre nieve y agua.

Yo me había detenido ante el escaparate de una tienda de juguetes—no hay contemplación que más me agrade—en plena calle de Alcalá. Mis pupilas saltaban del tigre enfurecido a la bobalicona sonrisa del bebé, cuando escuché a mi lado una voz angustiosa, que, vergonzantemente, imploraba:

—Caballero, una limosna para socorrer a este desgraciado ministro del Señor.

Volví la cabeza sorprendido y me encontré con ¡un sacerdote! Pequeño, enjuto, de tez sucia y tostada, y de hábitos pardos, raídos y llenos de barro.

Seguía con su mano apergaminada y sarmentosa extendida en actitud de implorar. Ante la insistencia de mi mirada, bajó la suya

avergonzado de la impresión desagradable que me estaba produciendo su pobreza.

—Pero, ¿es usted efectivamente un sacerdote?—le pregunté sorprendido.

—Sí, señor; lo soy—me respondió tristemente.

—Caramba, ¿y cómo es posible que se halle usted en ese estado?—inquirí lleno de extrañeza.

—Ya ve usted, caballero; soy muy desgraciado—se concretó a murmurar humildemente.

—¿Le han recogido a usted las licencias para decir misa?

—No, señor, no—rechazó rápido—; pero no tengo en donde decirla, y ¡llevo días sin comer! Ya, cuando doy este paso, es que no puedo más. Con mis licencias, y mis hábitos, y mi fe en Dios, y mi espíritu bondadoso, me siento morir de necesidad si las almas caritativas no me socorren.

Las palabras del sacerdote eran sinceras, y de sus ojillos pequeños manaban lágrimas.

—Usted no es de Madrid. ¿Cómo se encuentra usted aquí?

—He venido andando desde un pueblecillo de León.

—¿Y qué hacía usted allí, y a qué ha venido usted aquí?

—Allí me moría de hambre, pues solo reunía nueve duros mensuales para sostener mi casa, compuesta de mi madre, mi hermana y yo. Los convecinos se reían ya un poco de mí, porque iba suciamente vestido, con estos andrajos que usted ve, y porque mi madre y mi hermana tenían que asistir a las casas para lograr, lavando o fregando, un miserable jornal. Esto era muy triste; pero ¿qué íbamos a hacer? Yo hubiese querido vivir con el decoro correspondiente a mi ministerio, mas no tenía medios para ello. Creyendo que en Madrid hallaría algún hueco, me puse en camino y aquí me encuentro, desde hace meses, más desamparado, más desvalido y más hambriento que en el pueblecito de León. Ya ve usted, vivo de la caridad pública implorada con esta mano que debieran besar los fieles cristianos y que apartan a su paso.

—Pero ustedes los sacerdotes, ¿no tienen una Asociación o Asilo en donde refugiarse en estos casos?

—No, señor; sólo existe un hospital de curas: el Hospital general de San Pedro, para señores sacerdotes, situado allá en lo alto de la calle de San Bernardo. «Los Naturales», que le llaman. Es una fundación modelo, sí, señor; pero, claro, es requisito indispensable para in-

gresar en ella estar enfermo; yo todavía no lo estoy; no tardaré mucho en coger una pulmonía doble; pero hasta entonces tengo que implorar una limosna o caer muerto de hambre. ¿No le parece a usted?

El caso era verdaderamente extraordinario y llenaba de angustia el corazón más frío e indiferente. Un ministro del Señor que se moría de hambre. Un pregonero de la fe cristiana que tenía que implorar una limosna en la vía pública. Un sacerdote de la iglesia católica que no tenía hogar en donde guarecerse en un día de nieve. Y esto en un país como España, extraordinariamente religioso y en donde los templos del culto son suntuosos palacios y el tesoro de la Iglesia incalculable.

Le di una limosna al mendigo de hábitos talares.

—Tome usted—le dije—, y váyase esta noche a dormir a la escalinata del altar mayor de San José o de los Luises. Yo creo que no le echarán.

Y nos separamos. Pero en mi imaginación quedó fija la idea de visitar, al día siguiente, el Hospital general de San Pedro para señores sacerdotes, tan ponderado por el pobre cura...

.....

.....

—Aquí, al lado del radiador, estará usted más cómodo—me invitó.

Yo obedecí, dejándome caer en una mullida butacona. El sacerdote fué después a un armario y vino con una caja de cigarros. Aceptamos uno.

La habitación era amplia y muy alta de techo. Despacho o gabinete de recibir, comunicaba, por medio de una puertecita de escape, con la alcoba del cura, que era una celdita clara y limpia, sahumada de espliego.

—Padre, ¿usted es el director de este establecimiento?—comencé preguntándole.

—No, señor. En esta casa hay rector, vicerrector y secretario. El señor rector se encuentra algo enfermo y no recibe a nadie, por cuya razón, yo, que soy el vicerrector, tengo la fortuna de ponerme a sus órdenes para informarle de todo lo relativo a esta institución.

Y al mismo tiempo que decía ésto, se acomodaba en la otra butacona frente a mí.

Es este sacerdote pequeño, grueso y extraordinariamente simpático. Habla con llaneza y corrección, y, al mismo tiempo, con sus ojos menudos y muy vivos, fijos en los de su interlocutor, va buceando las impresiones que produce su conversacíón.

Empecé contándole el caso que me había ocurrido la tarde anterior. Él lo lamentaba con las manos cruzadas sobre el pecho en una actitud muy mística.

—Es muy sensible—murmuró discretamente—, muy sensible.

—¿Y de quién es la culpa de que haya sacerdotes pidiendo limosna?

—Yo le agradeceré a usted que me releve de hablar de eso. No soy quién para comentarlo por ser sacerdote y, por lo tanto, parte interesada. Además, nosotros tenemos también nuestra disciplina.

—Pero si se reformase el arancel de la Iglesia, que ofrece desproporciones tan grandes, seguramente se evitarían estos espectáculos.

—Seguramente—se concretó a afirmar.

Hubo un breve silencio. La habitación olía a incienso. Un crucifijo que se alzaba sobre la mesa del despacho parecía mirarnos piadosamente. Unos peces de colores coleaban infatigables dentro de una gran pecera que había sobre un velador. Desde el balcón se contemplaba un jardín esquelético y pajizo.

Volvimos a la conversación.

—¿En qué año fué instituído este hospital?

—La Congregación fué formada el año mil seiscientos diez y nueve por el presbítero ma-

drileño don Jerónimo de Quintana. Compadecido este insigne y caritativo sacerdote del misérrimo estado de algunos de sus hermanos en el santo ministerio, quienes para subvenir a las más perentorias necesidades de la vida se veían precisados a implorar la caridad pública o a ejercitarse en obras lícitas en sí y honrosas, pero indignas de su elevado carácter, lleno su magnánimo corazón de entrañable amor hacia los que por su avanzada edad y achaques consiguientes, solos y abandonados, carecían de recursos materiales, acarició la idea de fundar esta Congregación de sacerdotes seculares naturales de Madrid, poniéndola bajo la advocación del Príncipe de los Apóstoles, San Pedro, a cuya sombra logran descanso y consuelo los curas desvalidos. ¿Y sabe usted el hecho que impulsó a Quintana a la realización de su proyecto?

—No sé, padre.

—¡Ah!, pues es curioso. Algo parecido a lo que usted me acaba de contar que le ocurrió anoche con el sacerdote de León. Iba el padre Quintana por la calle, cuando quedó sorprendido por un espectáculo sumamente doloroso. En las parihuelas de los pobres pertenecientes a la parroquia de San Millán, era conducido un cadáver a su última morada; sobre la tapa

de la camilla se divisaba un bonete; interesado el padre Quintana, siguió al fúnebre cortejo, y al llegar al cementerio convencióse de que, en efecto, el cadáver era de un sacerdote tan pobre que ni mortaja pudo llevar. «Semejante espectáculo, dijo entonces el padre Quintana, no se ha de repetir jamás en Madrid.» Y no se repetirá si no es por desconocimiento o descuido de quienes hayan de intervenir en tan doloroso trance. Desde entonces acá, la Congregación acude al lugar de miseria en donde hay un sacerdote. Poco después se estableció este hospital, en donde se recoge y alimenta a los sacerdotes enfermos o impedidos pobres.

—¿Siempre estuvo en este edificio?

—Quiá, no, señor. Este edificio que, como verá usted, es muy capaz y suntuoso, fué construído a expensas de la Congregación en el año mil novecientos dos; hasta entonces el hospital estuvo situado en la calle Torrecilla del Leal.

—¿Luego esto no es asilo, sino sólo hospital?

—Sí, señor, es hospital; pero un hospital asilo. Aquí, al sacerdote pobre y enfermo que entra, casi nunca se le da el alta como no tengamos la seguridad de que fuera ha de estar bien.

—¿Es preciso para ingresar que el sacerdote sea madrileño?

—¡Oh!, no, señor. El benéfico influjo de esta casa se extiende por igual a todo sacerdote, sea o no madrileño, diocesano o extradiocesano, secular o regular. Quienes tienen que ser hijos de Madrid son los que compongan la Congregación.

—¿Y se necesitan muchos requisitos para ingresar?

—Ninguno. Ser sacerdote pobre y enfermo y solicitarlo con un certificado facultativo y documento de su prelado, o al menos del arcipreste, en el que conste que el solicitante es sacerdote.

—¿Se admiten toda clase de enfermos?

—No, señor. Hay enfermedades que aquí no pueden ser tratadas con éxito, como son las mentales agudizadas y alguna que otra contagiosa; pero, sin embargo, en este sentido abrimos la mano un poco; ¡es tan agradable hacer bien!

—Y a pesar de estar aquí los sacerdotes, ¿pueden decir misa?

—No, señor. El enfermo admitido en este hospital no puede celebrar la santa misa durante su estancia. El día de su ingreso o en los inmediatos, si se halla en disposición, recibirá

los Santos Sacramentos, y hará su disposición testamentaria, si antes no la hubiese otorgado.

—¿Pueden ser visitados?

—Ya lo creo. Por sus familias y conocimientos, los miércoles y domingos; los sacerdotes pueden visitarles todos los días.

—¿Cuántos enfermos hay en la actualidad?

—Trece. En su mayoría son enfermos incurables, pues están en las garras de la vejez y sus males son achaques de los años, que van en aumento. ¿Quiere usted visitarlos?

—Lo estaba deseando—acepté encantado.

El amable vicerrector se puso de pie.

—Cúbrase—me invitó—; por las galerías de esta casa hace mucho frío, porque la calefacción que tenemos es insuficiente.

—¿Usted habita aquí?

—Sí, señor. El señor rector y yo estamos obligados a ello; el secretario, no.

Abandonamos la habitación y salimos a una amplia galería muy austera que recordaba las de los claustros.

—¿Ve usted?—me dijo el sacerdote, mostrándome unas celosías de madera situadas en los muros y que daban a un templo—.En esa iglesia, que pertenece al edificio, está la parroquia de los Dolores. Desde aquí puede oírse misa.

Asomé la cabeza. Tres campanillazos secos llevaron mi vista al altar mayor, en donde se estaba celebrando la misa de once. Por las naves del templo había centenares de fieles.

Continuamos por la galería; al final penetramos en una espaciosa sala llena de luz y de alegría. A los lados, paralelamente, había colocadas un par de docenas de camitas de hierro, muy blancas y muy limpias, con sus mesitas de noche a las cabeceras, todo presidido por un altarcito y una imagen. Olía un poco a vejez humana.

—Esta es la enfermería—me dijo el vicerrector.

Desparramados por la habitación, unos leyendo, otros rezando, otros meditando bajo la caricia de un rayo de sol, había una docena de viejecitos sacerdotes, en su mayoría tan ancianos, que necesitaban el auxilio de las hermanas de la caridad, que, con sus hábitos blancos, parecían palomas que revoloteaban de un lado a otro.

Don Félix Gila, el practicante, un muchacho joven y entusiasta, metido dentro de su blusa blanca, vino a nuestro lado y me fué informando amablemente de todos los casos.

—Aquel viejecito es un santo; su enfermedad es la vejez. Tiene ochenta y cinco años. Nun-

ca habla; no hace más que rezar, y siempre lleva ese devocionario abierto por la misma página.

Me acerqué al viejecito indicado. Una dulce hermana de la caridad le daba una taza de caldo.

—¿Qué hay, padre?—le pregunté en voz alta.

Él hizo un gesto de mansedumbre cristiana. Después murmuró:

—Hijo mío, ya ves, esperar la voluntad de Dios.

—Dicen que es usted un santo...

—Me quieren mucho. Son muy buenos.

—¿Cómo se llama usted?

—Angel Bollos.

Y al apacible viejecito le temblaban las manos, y la voz, y los labios, como si en su cuerpo no quedase ya más que un suspiro de vida.

—¿Qué lee usted, padre?

Por toda contestación ofreció a mi vista su devocionario. Era *El espíritu de San Francisco de Sales*.

—No me he separado nunca de este libro. Quiero que se me entierre con él.

—Es un santito..., un santito—murmuró, para que yo solo me enterase, una de las hermanas.

Volví la cabeza porque me llamaba la atención el joven practicante.

—Este otro es un melancólico. Es el cura de San Millán que tanto tiempo anduvo por las calles y le llamaban los chicos *el cura loco*.

Al darse cuenta el aludido de que le observábamos, vino a nosotros exclamando:

—¡He sido muy malo! ¡Estoy enfermo! ¡He sido el mismo demonio! Tengo el alma devorada por los vicios. No merezco perdón ni misericordia. Espero a la muerte.

El infeliz enajenado decía esto a voces, y sus gestos desesperados producían calofríos.

—De los enfermos que hay ahora, ¿se curará alguno?—le pregunté al practicante.

Hizo un mohín pesimista y exclamó:

—¡Son tan viejos! Hay uno joven, aquél—y me llevó la vista hacia uno más joven, pero extremadamente demacrado y encogido—, que es tuberculoso en tercer grado.

—¡Pobre!—deploré.

Después, uno a uno, fuimos hablando con todos los enfermos. No hubo ninguno que no se mostrase extraordinariamente satisfecho del desvelo con que son cuidados en este benéfico establecimiento.

Dieron las once y el vicerrector me dijo:

—Es la hora de la comida. Con permiso de usted voy a bendecir la mesa.

—Yo tenía deseos inmensos de venir a Madrid para probar aquí mi suerte y ver si podía nadar en este mar de luchas, pasiones y triunfos. En Barcelona escribía crónicas en *La Publicidad* y ganaba al mes diez y seis duros...

Le interrumpí:

—¿Escribía usted en catalán?

—No, señor; siempre en castellano; yo apenas he sabido manejar con la pluma el catalán.

—Siga usted—le invité.

—Pues bien: tendría yo diez y nueve años, cuando, con el producto de mi primer libro, *Odas*, me planté en Madrid. No conocía a nadie a quien recurrir; pero aquí encontré a dos hombres que me ayudaron, dándome alientos: Bernardo Rodríguez Serra y don Juan Valera. Me fuí a vivir a una casita de huéspedes de la calle de la Montera, donde, por cierto, también

estaban Corominas, Delgado y otros camaradas, y allí recuerdo que se organizaban muy interesantes tertulias, adonde concurrían Baroja, Valle Inclán, Dicenta y otros buenos amigos. Ocho meses estuve en Madrid, pasados los cuales me volví a Barcelona.

—¿Fracasado?...

—No; con el propósito de hacer allí alguna obra de consistencia para volver con ella... Pero mi vida en Barcelona no era posible. Yo he sido siempre anticatalanista furibundo... No agradaban estas ideas mías a muchos paisanos, y entonces, un poco triste, abandoné por segunda vez Barcelona, con varias obras teatrales en mi cartera y muchas ilusiones en el alma. Y me encontré por segunda vez en la Puerta del Sol. Entonces conocí a Chapí... Usted sabe lo fraternal y lo simpático que era Chapí... A sus influencias, que eran enormes, me acogí para estrenar. «Don Ruperto—le dije un día—: yo tengo un drama; usted puede ayudarme. Si usted se lo recomienda a Berriatúa —que era el empresario del Español—, mi drama será estrenado...» A las pocas noches siguientes, yo, ante Chapí, Thuillier, Dicenta y Berriatúa, leía, en una mesa de Fornos, mi drama *El Pastor*. Tres o cuatro meses más tarde se estrenaba en el teatro Español.

—¿Gustó?—le pregunté.

Marquina hizo un signo de negación con la cabeza; después lo ratificó.

—Ni gustó, ni no gustó. Le pasó lo más espantoso que puede pasarle a una obra teatral: ni pena ni gloria. Aquello fué una tentativa y un libro que ha quedado ahí...

Marquina hizo un silencio... Estábamos en su despacho: una habitación amueblada con exquisito lujo, y que está más cerca del cielo que de la tierra... Por los ventanales se veía la terraza inundada del sol abrileño que sobre Madrid caía aquella mañana...

Desde esta magnífica terraza se domina toda la población, y da la sensación de ir volando dentro de la barquilla de un globo que pasa por la Carrera de San Jerónimo... Los automóviles y los trenes que constantemente llegan al Palace, que está al lado, desde aquellas alturas parecen de juguete. A Marquina y a mí nos separa una mesa castellana, sobre la cual el dramaturgo escribe sus obras... En nuestra indiscreta inspección, hemos descubierto cuartillas de su próxima comedia *Don Diego, de noche*... A mí, antes de tratar a Marquina, me era sumamente antipático... Lo creía todo fatuidad y soberbia... En mi visita he rectificado. Marquina es simpático, y su charla, muy ame-

na. Tiene algo de acento catalán, que le da más gracia y hace más insinuante su conversación... Cuando habla un poco declamando, se acompaña de los movimientos de sus manos, que ayudan a traer la visión de lo que expresa. Físicamente, es joven, sano y de una absoluta corrección de facciones...

Hemos encendido un cigarrillo, y tras sus primeras bocanadas de humo, hemos proseguido nuestro interrogatorio:

—¿En qué estado de espíritu quedó usted después del estreno de *El Pastor?*...

—Abatido, reventado. Y en vista de que lo que yo sentía no sabía hacerlo, varié de camino... Hice *Agua mansa*, una zarzuela muy mala, un melodrama de cartón, al estilo de entonces, y al cual puso música mi pariente el maestro Gay. La obra se estrenó en la Zarzuela, y fué un éxito; mi primer éxito... Yo, en vista de esto, me hinché, me deslumbré y me dije: «Uf... La vida es mía. ¿Cobrar yo seis mil pesetas al año? Pues a casarme...» Y, claro, vino la realidad serena, fría, convertida en un calvario de tropiezos. Aquello fué una llamarada, pasada la cual tuvieron que ayudarme a vivir mis suegros, tuve que refugiarme en casa de mis parientes en París... En fin... ¡qué sé yo!...

—¿No fué usted director de *España Nueva?*...

—Sí, señor; llegamos ahora a ese momento. Tenía yo la corresponsalía de *España Nueva* en París; enviaba crónicas casi a diario.

—Las recuerdo.

—Un día, Rodrigo Soriano me mandó llamar y me dijo que si quería yo encargarme de la redacción del periódico. Acepté, encantado. Y allí me estuve sosteniendo hasta que estrené *Las Hijas del Cid.*

—¿Le costó a usted mucho trabajo conseguir el estreno de esta obra?...

—Regular. Fernando, a quien yo había presentado muchas obras que me rechazó, mirábame ya con un poco de terror, ¿no?... Bien. Pues yo fuí a verle con *Las Hijas del Cid* en el bolsillo. «Usted—le dije con una audacia hija de mi misma timidez—tiene que terminar por estrenar algo mío; pues mientras antes, mejor. Vamos a leer ésta, a ver si es la obra que nos va a unir.» A regañadientes aceptó la lectura; logré interesarle con la obra, y desde aquel momento mi vida varió... Tras de ésta estrené *Doña María la Brava;* después, *En Flandes se ha puesto el Sol*, y todas las demás...

—¿Siempre ha estrenado usted en la Princesa?

—Fuera de allí sólo he estrenado *La Yedra.*

—¿Cuál de sus obras ha obtenido más éxito?..

—*En Flandes se ha puesto el Sol*... Es la que más dinero me ha dado.

—¿Por cuál tiene usted preferencia?

—Si le hablo a usted con sinceridad, por ninguna. *Doña María la Brava* fué la obra que yo he escrito con más ilusión; y le diré a usted el porqué en seguida. Yo, que había escrito *Las Hijas del Cid* sin gran detenimiento, y a pesar de esto resultó un éxito, supuse que al hacer una obra con más cariño sería mayor mi triunfo... Desgraciadamente, no fué así...

—¿Vive usted exclusivamente del teatro?

—No, señor. Yo he tenido que preocuparme para sacar adelante este vivir decoroso que llevo. Yo no tengo dinero... Entre los ingresos del teatro y de la librería cobro poco: unas doce mil pesetas al año... Y necesito para vivir casi el doble. ¿Cómo me las arreglo?... Pues trabajando enormemente. No he abandonado la colaboración de los periódicos y continúo haciendo traducciones. No crea usted, que laboro todos los días por lo menos seis horas. Me levanto a las cinco de la mañana, me coloco mi taza de café al lado y estoy escribiendo hasta las nueve; por la tarde, después de almorzar, otras dos o tres horas... Yo escribo siempre ayudado con el café.

—¿Y le cuesta a usted gran trabajo producir?

—No, señor. Escribo con mucha facilidad... Mire usted...

Y Marquina fué pasando ante mis ojos un puñado de cuartillas de su obra *Don Diego, de noche*. Apenas había tachaduras denunciadoras de premiosidad o indecisiones...

—¿Esa obra es para la Princesa?

—Para Lara; la estrenará en la actual temporada Emilio Thuillier. En la Princesa he leído *El Gran Capitán*... Una obra de amor caballeresco, que será el próximo estreno de allí.

—¿Y, por lo que veo, histórico?

—Sí. Yo quiero siempre recoger de la Historia las almas, aderezando con cierta libertad los asuntos, de manera que puedan interesar a los tiempos de hoy...

—¿Qué escribe usted con más facilidad, el verso o la prosa?...

—El teatro en verso. Lo he practicado tanto, que me son familiares sus secretos, y lo único que temo es que también le sean familiares al público. Por eso, naturalmente, procuro abrirme paso con la prosa, que me gusta más...

—¿Experimenta usted miedo en los estrenos?

—¡Enormemente!... ¡Cada vez más! El día

más angustioso para mí es el de mi último estreno... ¡Horrible! Me pasa una cosa curiosa. Cuando llego al estreno, sé perfectamente, o creo saberlo en aquel momento, todos los flacos de la obra. Ponga usted, además, que el público, sobre los que veo yo, ve ocho o diez más, y suponga usted cuál será mi tortura. La característica del miedo durante la representación es que las obras me parecen interminables... Y lo más terrible es cuando indaga uno y el actor que entra del escenario nos dice para tranquilizarnos: «Escuchan... Escuchan muy bien; como en misa...» Esta piadosa tranquilidad es una hiel: obra de la que se dice esto, obra que va al foso. ¡En cambio, cuando se escucha ese aplauso insustituíble e inimitable, que es como una pedrea!... Ese aplauso que sólo recibe Benavente al aparecer en el escenario y que yo he escuchado una sola vez *En Flandes*..., cuando aquella frase de: «¡España y yo somos así, señora!»

—¿Le interesa a usted el juicio de la crítica?...

—Sí, señor; hago mucho caso de ella y me impresiona hondamente.

—¿Dónde gustan más sus obras: en Madrid, en provincias o en América?...

—Hasta ahora, los éxitos de Madrid se han

reproducido con demasiada exactitud en provincias y en América. En Barcelona me parece que interesan poco, y, naturalmente, es para mí un dolor muy grande, porque yo he nacido allí...

—¿Cree usted que España atraviesa por un momento de esplendor teatral?...

—¡Con toda mi alma!—exclamó con vehemencia de actor francés—. Es más: yo creo que hoy día no hay ninguna nación de Europa con una plétora de autores como España. ¡Eso, ciegamente!

—¿Cuál es su autor contemporáneo preferido?...

—Jacinto, y muchos después; pero Jacinto Benavente antes y siempre. De los jóvenes hay una hornada interesantísima: Pinillos, Sassone, que será un autor enorme, Ardavín y otros... Adviértole a usted que yo voy muy poco al teatro, porque me acuesto muy temprano; es un defecto del cual pienso corregirme.

Callamos; yo me puse a contemplar los cuadros que había en la habitación, y al mismo tiempo le dije:

—¿Sabe usted, Eduardo, que me he equivocado al juzgarle?... Le creía un vanidoso, antipático, y no es así...

—No me sorprende—murmuró el poeta, lamentándose—. Ese juicio de usted es general, y yo tengo la culpa. Hubo un momento en mi vida en que yo me sentí un triunfador; tenía una fe ciega en mi talento, creía que los dioses me habían besado y que era un elegido...; entonces me ensoberbecí. Saludaba *protegiendo*, vivía encerrado en mi torre de marfil..., me creía con derecho a *despreciar*... ¡Sí, sí! La Vida me dió después la lección y ahora estoy avergonzado. Yo, en un momento determinado, he cometido el error de envanecerme, y ya toda mi vida de modestia no sé si será bastante a borrar este error...

Sus palabras eran sinceras.

LOS REMEROS VASCOS

Os confieso que el espectáculo me sorprendió.

Yo no podía ni sospechar que unas regatas de traineras despertasen tanta expectación, y que por presenciarlas se congregara todo San Sebastián a las orillas del mar. Y, sin embargo, Igueldo, la herradura de la Concha, el muelle y el Cerro de Santa Catalina, eran un hervidero de gente, una guirnalda de cabezas. La bahía estaba plagada de pequeñas embarcaciones—vaporcitos, canoas, lanchas, balandros—que se movían inquietas de un lado para otro esperando impacientes la salida de las dos traineras que habían de disputarse la bandera de honor: *Orio* y *San Sebastián*. Eran los dos equipos que, en las emocionantes eliminaciones del domingo anterior, quedaron triunfantes y ahora optaban al campeonato. Habían cambiado de campo; los remeros de Orio lu-

charían sobre la trainera de San Sebastián, y los de San Sebastián sobre la de Orio. Durante toda la semana última, las dos barcas habían estado custodiadas por vigilantes de ambos equipos, con el fin de que no se les introdujera ninguna reforma beneficiosa ni perjudicial. Los partidarios de *San Sebastián* tenían una gran fe en el triunfo de sus remeros, que eran los campeones del año anterior; sin embargo... ¡aquellos gigantes de Orio eran tan fuertes!... No en vano tienen fama de ser los más temibles bogadores del Cantábrico. Bullía entre el público, que en su mayoría deseaba el triunfo de *San Sebastián*, una honda inquietud que traslucíase en exclamaciones, gritos y acaloradas disputas.

—¿Pero es posible que Orio, un pueblo de mil quinientos vecinos, nos gane?... ¡Oh, sería una vergüenza!—exclamaba una gentil muchachuela de la aristocracia donastierra, al mismo tiempo que con sus prismáticos seguía los movimientos de las dos traineras.

Las apuestas habían rebasado los cálculos. Se jugaban más de cincuenta mil duros. Los partidarios de Orio apostaban doble contra sencillo.

—Si *Orio* pierde—se oía decir de vez en cuando—, el pueblo se arruinará, como le sucedió a Ondárroa.

Este temor de que un pueblecillo de pescadores se arruinase, hizo que mis simpatías se pusieran de parte de *Orio*. Después de todo, para el suntuoso San Sebastián no era más que un triunfo de amor propio; en cambio, para Orio, era la vida o la muerte.

La tarde estaba más bien desapacible y cenicienta. El cielo humoso y torvo amenazaba el temible *sirimiri*, y el mar, bastante movido, prometía galerna. Sin embargo, nada de esto arredró a los espectadores ni a los traineros, que a las cuatro en punto ya estaban colocados entre las dos barcazas que servían de meta. De allí saldrían a toque militar, y llegarían hasta una boya situada fuera de la bahía, alrededor de la cual virarían para volver al punto de partida...

Hubo un silencio solemne de extremo a extremo de la Concha. Sólo el mar, al romper ondulante contra los muros que le ceñían, rugía incesantemente.

El clarín dió el toque de atención; las dos traineras, con los remos en actitud de hundirse sobre las verdosas aguas, esperaban... ¡Tic!... gimió la corneta, y las dos barquillas rompieron marcha. Los remos entraban y salían en las aguas a compás, como si una máquina los moviera al mismo tiempo con ab-

soluta precisión. Al resbalar sobre el oleaje levantaban volcanes de espumarajos blanquecinos que desaparecían. Pronto *Orio* consiguió destacarse gentilmente de su adversaria: primero media barca, después toda, y cuando abandonaba la bahía, le llevaba de ventaja más de veinte metros. Esto produjo una decepción en los espectadores. «¡Esos gigantes remeros de Orio!»

Una legión de embarcaciones escoltaba a las dos frágiles traineras.

Pasaron cinco, diez, doce minutos, y al fin volvió a aparecer *Orio*, triunfante, que había conseguido dejar a *San Sebastián* muy detrás... Y llegó a la meta en medio de un silencio hostil; sólo se escuchó alguna que otra palmada tímida de algún pescador paisano que habría venido a presenciar las regatas... Las sirenas de los barcos, que el domingo anterior, cuando *San Sebastián* venció a sus adversarios menos fuertes, atronaron los ámbitos con sus plañideros gemidos, ahora, ante el triunfo de *Orio*, permanecían mudas. Pero no importaba; los remeros triunfadores saltaban y gritaban dentro de la trainera como acometidos de una alegría epiléptica. Yo quise sentir de cerca aquel júbilo infinito y .....

.....

Arturo Serrano, simpatiquísimo empresario de teatros, había preparado la excursión con telegramas, comidas y demás zarandajas. Yo no hice más que dejarme llevar por él en un magnífico automóvil que corría por la cuidadísima carretera de San Sebastián a Orio como una centella. El día, delicioso, y el panorama, indescriptible. A la entrada del pueblo nos detuvimos en un restaurante donde nos esperaban el alcalde, nuestro amigo el señor Pérez Agote, el pariente de Serrano señor Arín, y una veintena más que no recuerdo, pero en compañía de los cuales comimos muy bien y muy sólidamente. A mi derecha se colocó el patrón del equipo vencedor, que aquel día, allí, en el pueblo, era un caudillo venerado por todos. Nada tan simpático. Más bien viejo, pequeño y enjuto. En su rostro curtido y terroso, de boca hundida por la ausencia de dentadura, brillaban sus ojos azules llenos de infantil ingenuidad y de altiva nobleza; ojos que por vivir siempre pendientes del mar, parece que en ellos quedó estereotipado el color de sus aguas y que no vieron jamás las desdichas y perversiones de la tierra. El viejo marinero tenía el pelo blanco como la nieve.

—¿Cómo se llama usted?—le pregunté.

Él, antes de contestar, miró a todos un poco

amilanado; después, con la cortedad de un chiquelo, respondió:

—Manuel Olaizola.

Casi no se le entendía; estaba afónico de los gritos de mando que para animar a sus marineros tuvo que proferir el día anterior.

—¿Estará usted contento?—le insinué.

Se concretó a sonreír. El alcalde, otro marinero alto y recio, como un trinquete, respondió por él:

—Ya está acostumbrado a estos triunfos. Son cinco las banderas que ha ganado; cuando va de patrón él no hay quien venza a Orio.

—Y el año pasado, ¿cómo les derrotó San Sebastián?

—No quiso ir él; se disgustó. Este año tampoco quería. ¿Qué remedio tuvo, pues? Fuimos todo el pueblo a rogárselo; él se resistió; pero, como es bueno, al fin se convenció de que era el desquite o la ruina de Orio. Si nos derrotaban perdíamos más de ochenta mil pesetas. Figúrese usted esta cantidad para un pueblo de mil quinientos vecinos. ¡Es mucho dinero!

—Luego, ¿en estas regatas está interesado todo el pueblo?

—¡Todo el pueblo!... El que no tiene dinero lo busca, y si no apuesta su carnero, o su vaca, o su lancha, y hasta las redes y la cama.

—¿Contra quién?

—Según; nuestro adversario más enconado, el único capaz de competir con nosotros, es San Sebastián, y, como es natural, apostamos por el triunfo de nuestra trainera sobre la del contrario.

—¿Cuántos marineros componen la tripulación de la trainera?

—Trece y el patrón.

—¿Los entrenará usted muy bien?—le dije al viejo patrón.

—¡Y tan bien! ¡Vencernos si no San Sebastián! El remero en quien yo mando, anda más derecho que sus remos.

El alcalde continuó:

—Le respetan mucho los mozos..., mucho...

—¿Durante cuántos días se están entrenando para las regatas?

—Durante cincuenta. Es un poco penoso para los marineros el entrenamiento.

—A ver, ¿por qué?—inquirí.

—De entre todos los pescadores del pueblo se seleccionan los quince más recios y que reman mejor; para estos quince mozos, los cincuenta días de preparación son una tortura.

—¿Por qué?

—Porque no viven más que para el entrena-

miento y tienen sometida su voluntad a la de la Cofradía.

—¿Qué Cofradía?

—La de las regatas, que en este pueblo lleva el nombre de San Nicolás, su patrón. Pues bien: la Cofradía interviene su vida completamente durante los cincuenta días, con el fin de que no hagan nada que pueda perjudicarles o debilitarles.

—¿Y cómo?

—Colocándoles vigilantes que les acompañan a todas partes y no les dejan hacer nada prohibido: beber, fumar, trasnochar, hablar con la novia, etc...

—¡Ah! —exclamé sorprendido—. Luego entonces, ¿el que tiene novia?...

—Ha de hablar con ella delante del vigilante. Muchas protestan, patalean y lloran; pero al fin las pobres comprenden que esta abstinencia redunda en beneficio del pueblo. Otras toman sus precauciones, y antes de aceptar como novio a un mozo, le hacen jurar que no tomará parte en regatas...

—¿Y los que están casados?...

—Se les separa de sus mujeres durante ese tiempo.

—¿Y los aficionados al vino?

—Aquí es la sidra..., la sidra...; se mueren

por ella y es lo que cuesta más trabajo dominar; pero no tienen más remedio.

—¿Y trabajar?

—Se les rebaja del trabajo, que generalmente es la pesca, y la Cofradía les pasa diez reales diarios, y, además, en los últimos veinte días, una comida especial que les nutre y les fortalece mucho. Además, todo el tiempo tienen que meterse en la camita a las nueve en punto de la noche.

—¿Y cómo se comprueba esto?

—¡Ja! ¡Ja! El vigilante no se separa de ellos. A las seis de la mañana se les llama para hacer un ensayo sobre la trainera que dura hora y media, y a las seis de la tarde otro de una hora.

—¿Y en qué ha consistido el premio de ayer?

—En tres mil y pico de pesetas y la bandera de honor.

—Pero aquí se lucha por la bandera—terció el patrón, que seguía con entusiasmo nuestro diálogo—. Este año es muy maja; las tres mil pesetas se las reparten los remeros. ¡Ganadas bien las tienen!

Terminamos de comer y nos lanzamos a pasear por las calles del pueblo. Ardía en júbilo; todos los viejos balcones de madera aparecían con colgaduras y guapas y garridas mozas

asomadas a ellos. Delante de nosotros caminaban unos cuantos muchachos lanzando cohetes; detrás, la banda municipal, que armaba un ruido desagradable. También las campanas repiqueteaban escandalosamente.

—Todo esto es por el triunfo y en honor de ustedes—me dijo el alcalde.

—¿Quiere usted que demos un paseo por el mar en la trainera vencedora?—me propuso el patrón.

Acepté encantado. Cuando llegamos al embarcadero ya estaban los trece mozos colocados en la barca. Trece buenos ejemplares de soberbios marinos. Altos como encinas, anchos como muros, coloradotes por el mar y la salud. Nos recibieron con júbilo... Estaban alegres como castañuelas... Alguno, más de lo conveniente, porque de seguro se había desquitado durante la noche de la abstinencia de bebidas...

—¡Viva el patrón!... ¡Viva el señor que le acompaña!...—gritaron.

Saltamos dentro de la trainera. Yo me dirigí a uno de los que estaban más cerca de mí. Era tal vez el más recio de todos. Sus antebrazos eran dos tiburones.

—¿Cómo te llamas, muchacho?

—Me llaman *Chocolate*... ¡Bien por *Chocola-*

le!... Hemos vencido a nueve pueblos y somos el más pequeñito... ¡Viva el patrón!...

—Ese es el marinero más recio que echa redes en el Cantábrico—me dijo el patrón. Después, dirigiéndose a ellos con dura autoridad, gritó—: ¡Vamos!...

Callaron las bocas y comenzaron a hablar los remos.

El rostro del viejo marinero, en cuanto cogió el timón, se transfiguró. Era todo deleite y todo atención. Con sus ojos azules seguía el curso de las furiosas olas, que se partían contra nuestra frágil embarcación como con el filo de un hacha.

—Usted es un «lobo de mar»—le dije.

—Sobre él me han salido los dientes, y sobre él los voy perdiendo—me respondió, sonriente.

—¿Es usted pescador?...

—Pescador soy. Tengo dos vaporcitos y todos los días salgo con el alba a pescar sardinas...

—¿Hace usted mucho negocio?...

—No falta. Hay días que traigo ocho y diez mil pesetas de sardinas.

—Nuestro patrón tiene mucho dinero—exclamó *Chocolate*.

—Mira, mis trabajos y mis peligros me ha

costado... ¿Cuantas veces me habéis dicho al salir que me tragaría el mar?... Y ¿cuántas veces nos hemos saludado la muerte y yo?... ¡Que vive uno de milagro!... Esta *barra*, esta pícara *barra*, quita vida a Orio... Hay que jugarse la vida todos los días en ella... ¡Muchos he visto yo perecer! Hay veces que yo paso horas y horas esperando la gran ola sobre cuyos lomos han de atravesar mis barquillas. Si escribe usted algo de esto, no se olvide de decir que el sueño dorado de Orio es tener el puerto.

Pasábamos por debajo del puente que cruza la ría. El pueblo, aglomerado allí, nos aplaudía frenéticamente. La trainera se deslizaba con una velocidad fantástica. Cada palada de los remos era un envite que casi nos lanzaba fuera de la barca. El viejo patrón, avezado a la sinfonía del mar, por sus acordes adivinó el peligro que podíamos correr.

—La galerna está cerca; volvamos—ordenó.

—Y cuando no puede usted salir de pesca porque hay tempestad, ¿qué hace usted, Manuel?

—Ya puede ver, pues... Pasear por la orilla...

Callamos. Yo pensaba que para este viejo marinero el mar resulta un excelente camarada. Discurriendo por su orilla le parecerá ca-

minar del brazo de un amigo. De vez en vez se detendrá como para escuchar sonriente una frase, y contemplará con deleite la frágil barquilla que peligra sobre una montaña de agua o la furiosa ola que se estrella contra una piña de rocas.

Y los trece remeros que me llevaban, dentro de cuarenta años serán otros trece «lobos de mar» como el viejo Manuel.

ERNESTO VILCHES

... Y cuando se terminaron de hacer las fotografías, Ernesto y yo, huyendo de la nube de humo que por los techos del comedor y de la sala había dejado el magnesio, y que comenzaba lentamente a envolvernos, cual el fantasma gris de los gases asfixiantes, nos refugiamos en un gabinetito despacho, amplio y sencillo, con detalles de elegante vigilancia.

Allá afuera, en el comedor—de burgués—, quedaba la bella esposa, de pelo profundamente negro y ojos intensamente azules, rodeada de los cuatro diminutos hijitos, que danzaban a su alrededor como angelillos dorados. La acompañaban un excelso poeta y un notable escritor: Enrique López Alarcón y Mariano Alarcón...

Ernesto cogió un cigarrillo de los que había dispersos sobre la mesa-escritorio y me ofreció

uno. Mientras lo encendía le dije intencionadamente:

—Ya le vi a usted anoche...

—¿Anoche?... ¿Anoche?—me preguntó él con ingenuidad... Y agregó—: No sería anoche..., sería esta mañana.

—En efecto, *golfante*—asentí bromeando—. Ya casi era *mañana*.

Hizo un picaresco gesto de víctima; después deploró:

—¿Qué quiere usted?... ¡No lo puedo remediar!... Me gusta divertirme. Y para ello no dispongo de otro tiempo que el de la noche... ¡La noche!... ¡Qué bonita es la noche! ¡Qué misterioso encanto tiene!... A mí se me figura que durante las horas de la noche todos somos más sinceros... Parece como si nuestro espíritu fuese más a flor de piel; también parece que nos hallamos más propicios para la percepción de todas las emociones; algo así como si nuestra alma estuviese en carne viva... ¿No?...

—En efecto.

—Por eso yo soy tan amigo de la noche. Además, por la mañana, si alguna vez he salido de casa, no encontré más que cocineras y traperos, y éste no es precisamente mi elemento... Mis amigos están durmiendo y se levantan tarde... ¿Qué iba yo a hacer por las mañanas

en la calle?... Vagar por ahí un poco para que la gente dijese: ¡Vaya que es madrugador el señor Vilches!...

—¿Es cierto que se ha quedado usted con la Princesa?...

—Sí, señor; creo que Enrique ha ultimado ya eso. Haré allí, con mi compañía del Príncipe Alfonso, los meses de abril y mayo; el verano, en el Casino de San Sebastián, y después, el invierno, si no vinieran María y Fernando, me encantaría quedarme en la Princesa.

—¿Qué género piensa usted cultivar?

—El mío de siempre. La comedia con matices dramáticos... Por lo pronto, estrenaré una obra de Mariano Alarcón que nos parece muy buena: *La venda de sus manos*.

—¿Tiene usted mucha afición al teatro?

—¡Oh!, muchísima. Me caería el premio gordo de Navidad y continuaría trabajando. No crea usted que lo digo por decirlo.

—¿Su padre era también actor?

—No, señor, mi padre era periodista. Yo he nacido en Cataluña; pero en seguida vine aquí, donde me he criado.

—¿A qué edad comenzó su afición?

—Qué sé yo; toda mi vida. La primera vez que salí a un escenario fué en Cartagena, y vestido de dama...

—¿Cómo es eso? le pregunté sorprendido.

—¡Curiosísimo! Fué allí una compañía de la legua, y cuando tenían anunciado *Don Juan Tenorio*, se puso mala la característica. Entonces yo, que era un jovenzuelo, les dije: «No os apuréis; aquí estoy yo.» Todos me miraron asombrados; pero yo salí aquella noche al escenario y les hice la doña Brígida estupendamente. Y en el tercer acto me dió tanta rabia de que no me conocieran, que antes de hacer el mutis en los brazos de Don Juan, me levanté las faldas y mostré al público mis pantalonci-tos, muy bien puestos. Luego, ya en Madrid, estaba estudiando el primer año de Leyes y formé una compañía con Llano. En Cartagena, siendo yo soldado, porque sentó plaza para marcharme a Filipinas, también formé otra compañía; por cierto que Gantes, el revistero de toros de *La Tribuna*, figuraba en ella.

—¿Siempre género dramático?

—¡Ah!, sí, siempre. Al fin, aquí me contrató Miguel Muñoz, y después Balaguer Larra, y con ellos estuve en la Habana y Méjico. Me gustó aquello mucho y me quedé con la Fábregas.

—¿Pero usted no estuvo de soldado en Filipinas?

—Sí, señor. Todo esto fué al mismo tiempo.

Fuí soldado e ingresé en la escuela de Infantería. Ya le diré. Desde Méjico, sin esperar a mi beneficio, me fuí a Guatemala. Y en Guatemala adquirí muy buenos conocimientos y... allí me casé... por casualidad...

—¿Cómo por casualidad?...

—Verá usted. La que es hoy mi mujer pertenecía a una de las principales familias de Guatemala. Casi todas las noches iba a verme trabajar, y entre ella y yo sólo había una corriente de simpatía amorosa... Nos mirábamos, nos sonreíamos y nos tratábamos como amigos... En esta situación llegó el día de mi vuelta a España. Fuí a visitarla y me despedí de ella... Sus ojos azules me hicieron un extraño efecto; pero... ¡qué caramba! ¡A España! Cuando ya estaba preparado para embarcar se me acercó un cómico español y me pidió veinte duros, con los cuales completaba lo necesario para su pasaje. Entonces yo saqué mi cartera y, en vez de darle veinte duros, le di mi pasaje y regresé al hotel, y después fuí en busca de los ojos de la que es hoy mi mujer... Figúrese usted su sorpresa. «Pero Vilches, ¿usted aquí...» «Señorita—la dije—, me he quedado aquí para casarme.» «¿Con quién?», me preguntó muy extrañada. «Con usted», repuse tranquilamente. Y, en efecto, a los tres meses, contra viento y

marea, nos casábamos. Allí tuve que ingresar en una compañía de zarzuela, porque era necesario comer, y después marchamos a New-York. En New-York unos parientes de mi mujer querían meterme en el negocio de minas; pero yo no acepté: yo no podía ni vivir en New-York, ni soportar el carácter serio y seco de sus habitantes, ni complicar mi cerebro con números. ¡No podía, no podía! ¡Mi España! Regresé aquí. Y formé compañía para darme a conocer en La Granja. Causé muy buena impresión entre los veraneantes; la Infanta me protegió mucho y fuí contratado para la Comedia; anduvo la Guerrero tres años detrás de mí, hasta que me *pescó* y me contrató en su compañía... Lo demás está en la superficie; todo el mundo lo sabe.

—¿Cuál es la obra que ha hecho usted más a gusto?

Meditó un momento indeciso.

—Qué sé yo—exclamó después—. Todas... Yo he tenido poca suerte en las obras... Todavía no ha llegado *la mía*...

—Pues ¿y *El amigo Teddy*, no es una creación admirable de usted?...

—*El amigo Teddy*... *El amigo Teddy*... No... No es esa mi obra... Yo quiero algo más intenso; pero es preciso que los autores me lo trai-

gan... Yo tengo el alquila levantada esperando obras...

—¿Cuál es su actor predilecto?

—Me gusta sobre todos Morano; lo creo el más completo, el más viril.

—¿Y de ellas?

—Rosario Pino, y, como ingenua, la Bárcena; únicamente como ingenua; no creo que tiene condiciones para hacer lo que ahora quiere hacer.

—¿Tiene usted buena memoria?

—No, señor; fatal. Yo no me aprendo el papel para decirlo como un papagayo... Tengo primero que sentirlo... Si lo encomiendo sólo a mi memoria, estamos perdidos. Yo me estudio la obra entera, pues lo escrito no quiere decir nada... Es preciso saber la situación y la psicología de los personajes. Por ejemplo: un NO puede tener tantos matices como toda una numeración. A mí, mientras más hago los papeles, más me gustan, y cada día los reformo, encaminándolos en el grado máximo a la realidad.

—Su público de usted está compuesto, en su mayoría, por damitas de la buena sociedad.

—Sí, en efecto, son mis devotas clientes.

—Y recibirá usted muchas cartitas perfumadas y amorosas, ¿no?

Sonrió.

—Muchas, pero sin importancia. Sugestionadas por los personajes que represento. Luego me ven sin pintura y se desilusionan.

—¿Cuál es su vicio más acentuado?

Rió confuso.

—¡Qué se *yo*!... Me gusta flirtear, beber champaña y jugar al *pocker*. Me gusta todo lo sensual y fino. No me acuerdo nunca de acostarme ni de levantarme. Mis amores son: mi casa, primero; el teatro, después... Yo no ahorro una peseta, y lo único bueno que he realizado en esta vida es hacerle a mis hijos un seguro para el día que emprenda el viaje final.

Hizo una pausa; después murmuró:

—Amo la vida errante. Me gusta viajar confortablemente. Quisiera trabajar diez meses al año y dedicar dos a viajar... Ese sería mi ideal.

—¿No estuvo usted en operaciones cuando la guerra colonial?...

—Sí, señor; estuve en Noveletat. Recuerdo que allí entramos en fuego y mataron a un muchacho a mi lado. Un oficial me dijo: «¡Llévatelo!» «¡Pero si está muerto!»—le advertí—. «¡No importa, llévatelo!» Cargué con él. Después me marché a hablar con el general Blanco, ingresé en la Academia y salí cadete. Pero yo no había nacido para militar. Afortunada-

mente caí enfermo con calentura, y una hermanita de la caridad que simpatizó mucho conmigo me incluyó en la relación de inútiles y regresé a Barcelona... Y me dió tanta vergüenza de desembarcar como enfermo estando sano y fuerte como un roble, que me hice el cojo... Recuerdo que el público, al pasar yo haciendo piruetas, murmuraba compasivo: Mira... Pobrecito... Tan joven y ya inútil para toda su vida.

—Tiene gracia—comenté yo, riendo.

Y callamos... Y durante este silencio yo observaba detenidamente al artista. Su rostro pálido y enjuto parece el de un aristócrata calavera; sus ojos acerados no inspiran confianza; sus manos, largas y muy pulidas, serán envidiadas por muchas damiselas, y su boca, de labios finos, está siempre contraída por una mueca burlona.

Vestía elegantemente... Traje azul, botines grises, camisa de seda y una gruesa perla prendida en la corbata.

Una voz femenina nos llamó desde el comedor.

—¿No vienen ustedes a tomar café?

—¿Quiere usted?—me invitó Ernesto.

—Vamos allá—le contesté.

EL MAESTRO MORERA

La chiquilla aquella era un encanto por la gentileza de su cuerpo, por su cabecita dorada de paje medieval, por su carita angelical y picaresca, por su hablar gracioso...

—Si se deciden a esperarlo, papá no ha de tardar... Pasen ustedes...

Siguiéndola como a un ángel salvador llegamos hasta el estudio donde acostumbra a trabajar el maestro. Un perrito chiquitín nos hacía zalameos y fiestas como si fuésemos amigos de toda la vida. La preciosa nena se dispuso a hacernos menos pesada la espera dándonos conversación.

—¿Tú eres hija del maestro Morera?

—Sí, señor.

Hizo un silencio y después murmuró muy tristecita:

—Tenía un hermano, que murió hace poco tiempo de la peste.

—¡Caramba! ¡Qué desgracia!... Pobretina... ¿Y le echarás mucho de menos?

—Sí, porque jugábamos siempre juntos. Ahora tengo que jugar con mamá y con papá...

El acento catalán endurecía un poco el dulce hablar de la niña. Sonó un timbre...

—Ya está ahí papá—exclamó la néna, yendo a su encuentro.

Al momento apareció en el dintel el maestro Morera. Alto, seco, de facciones pronunciadas; cabellos largos, lacios y en desorden; ojos pequeños, pero vivos; bigotes de largas y finas guías. La presencia del maestro Morera es la de un artista simpático... En seguida nos explicó su tardanza...

—Perdóneme. La subdirección de la Escuela Municipal de Música me tiene preso siempre.

—¿Y le da a usted mucho trabajo?

—A mí, sí.

—¿Qué sueldo tiene usted?

—Cinco mil pesetas. Poco...

—Claro que, aparte de eso, tendrá usted los ingresos de lo que producen sus obras.

—Casi nada... Yo vivo exclusivamente de esto y de las lecciones que tengo aparte de la cátedra: unas mil pesetas mensuales en total...

Aquí, en Barcelona, la música no da nada; no es como en Madrid... Ya ve usted: yo cobro a cinco duros mensuales las lecciones; una cosa miserable; pues, sin embargo, cuando a muchos les pido los cinco duros, se asustan y no vuelven.

Calló el maestro y me ofreció un pequeño cigarro puro. La nena, sentada sobre las rodillas del padre, seguía en silencio nuestra conversación y nos observaba a hurtadillas.

—¿Cuándo trabaja usted?—le pregunté.

—Trabajo siempre de día; de noche, jamás.

—¿Y le cuesta a usted trabajo producir?...

—Según; si estoy en situación nerviosa, escribo con una facilidad grandísima; si no, tengo que dejarlo. Esto me ocurre muy pocas veces, porque como he escrito tantísimo, el oficio lo domino...

—¿Usted es catalán?...

—Sí, señor; nacido aquí, en Barcelona.

—¿Cómo empezaron en usted las aficiones por la música?...

—Mi padre era músico, pero músico pequeño, y, a fuerza de pescozones, me enseñó el violín y el piano.

—Entonces, ¿usted no tenía por la música una predilección decidida?

—Hombre, a los diez años no se tiene predi-

lección por nada que no sea jugar. El que diga lo contrario es un pedante. De la Argentina, donde estuve con mi padre, volví a España de catorce años. Un maestro cualquiera me siguió enseñando piano, violín y armonía. Hasta que una tarde fuí al Liceo a un concierto de Albéniz, y me gustó tanto, que al día siguiente me fuí a su casa para ser su discípulo... Entonces él me dijo: «Tú debes estudiar con Pedrell.» Yo ni creía ni creo en Pedrell; pero obedecí. Estuve tres años estudiando con él, y después me fuí a América. Y allí, amigo mío, me di cuenta de que Pedrell no me había enseñado nada. De América me trasladé a Bruselas para aprender el contrapunto. Allí me ganaba la vida con el violín, que lo dominaba en absoluto.

—¿Y cómo lo dejó usted?...

Morera rió al recuerdo de alguna travesura; después repuso:

—Una noche, en Bruselas, nos fuimos de *juerga* Francés y yo; nos hizo falta dinero y se lo vendí a un ciego de un café en una cantidad absurda. Le advierto a usted que era un violín magnífico, como no he tenido otro en mis manos. A mi regreso de Bruselas le enseñé armonía a Albéniz. ¡Ah!, porque las lecciones que yo doy no son de piano ni de vio-

lín; sólo enseño armonía, que es el nudo de todo. Aquí, generalmente, no saben armonía los pianistas.

—¿Cuál fué el primer éxito que tuvo usted?...

—El primer éxito fué mi primera obra... Una danza que gustó grandemente; pero para salir adelante tuve que sufrir muchísimo. Esto era un caos. A los jóvenes nos tiraban a degüello los viejos... En fin, un martirio... Al cabo conseguí estrenar en el Principal *Atlántida* y tuve un éxito enorme. Después hice *Emporium* con Marquina; también gustó aquí mucho.

—Esta obra, ¿no la estrenaron ustedes en el Lírico, de Madrid?

—No, señor; no se llegó a estrenar. A raíz de inaugurarse el Lírico, la teníamos allí anunciada y hasta ensayada; pero de pronto se hundió la empresa y todo se lo llevó la trampa.

—¿Para qué le gusta a usted más escribir?...

No me dejó terminar.

—Para el teatro...

—¿Cuántas obras tiene usted estrenadas?...

—Unos setenta actos... Entre ellos, siete óperas: *La devoción de la cruz*, *Emporium*, *Mumuselda*, *Titayna*, *La Fada*, *La Boja* y *Fassarba*.

—¿Y para estrenar?

—Dos óperas con Guimerá: *Jesús de Nazareno* y *La santa espina*.

—¿Cree usted que España atraviesa por un momento de decadencia musical?

—¡Ah!, no, señor —protestó rápido—; al contrario: hay un renacimiento. Ahora bien: en mi opinión, la zarzuelita y todo el género chico ha hecho y hace mucho daño a la música española; primero, porque los músicos serios se sienten atraídos por los momentáneos beneficios de este teatro y abandonan la música grande y seria, y segundo, porque los musiquillos sin consistencia se refugian en esta música populachera y desvían el gusto del público... Usted sabe que al público hay que educarlo para todas las cosas.

—¿Qué músico es su preferido?

—¡Oh!, a mí, ¿sabe usted?, me gustan muchos... Yo soy una mezcla de todo... Admiro por igual a Beethoven y a Wagner... No, no tengo una predilección decidida... Straus, a ratos, me gusta muchísimo...

—¿Y españoles?...

—Son compañeros todos y no quiero molestar a unos con el elogio que haga de otros... Además, no conozco bien la música de todos. Aquí tenemos un muchacho, que fué discípulo

mío, que vale muchísimo: Jaime Paissa; pero es un haragán.

—¿Qué opina usted sobre el porvenir de la ópera española?

Morera hizo un gesto de recuento; después exclamó:

—Que está todavía un poco verde. La ópera, en el sentido ópera, con toda su grandiosidad, hay muy pocos en España que la sientan... A veces, Bretón tiene chispazos musicales que deslumbran; pero, como he dicho antes, la zarzuela nos lo arrebata... Dicen algunos que la culpa la tiene el público. No lo creo. Si hubiese obras, al público se le cautivaría.

—¿Por qué no se va usted a trabajar a Madrid, maestro?...

—¿No ve usted que ya estoy atado aquí? La cátedra es la base de mi vivir... Yo acaricio, como algo supremo, la ilusión de estrenar una ópera en el extranjero; esto es todo mi ideal. Tanto es, que en el momento que termine esa matanza inhumana me iré a París o a Berlín y no he de parar hasta conseguir mi deseo.

—¿Lo ha intentado usted ya?...

—Sí, señor; cuando se declaró la guerra, ya estaba en buen camino. En el teatro Nacional, de Amberes, tenían, y deben tener, para estrenar *El hada*, y en Alemania, *Titagisa*, cuyo

libro es de Guimerá. Con esta maldita guerra todo está en suspenso... Es un paréntesis; ya veremos después. No suponga usted que mi afán de estrenar en el extranjero es por vanidad; no, no, nada de eso.

—Entonces, ¿por qué?

—Pues porque aquí, en España, la música no produce nada, y yo quiero sacarle todo el jugo posible.

EL DEMONIO EN MONTSERRAT

Tal vez mis asiduos lectores no se hayan olvidado todavía de cierto caballero ruso llamado Abraham Z. Ratner, al que yo hice desfilar por estas páginas, por ser un hombre de un gran entendimiento, de una fortuna asombrosa y, sobre todo, de un trato originalísimo... Yo le describí tal como era, tal como «se dejaba sentir»: fantástico, generoso, lleno de misterio y de cordialidad; sin embargo, casi nadie creyó que se trataba de un ser real, sino de una creación de mi fantasía... ¡Ah! Hasta mi entrañable don Benito, en el prólogo con que honró mi libro *Lo que sé por mí*, pone en duda la existencia del fastuoso caballero Ratner de esta manera: «Y ahora pregunto: ¿es también una graciosa fantasía de *El Caballero Audaz* su coloquio con un multimillonario mejicano llamado Ratner?» Nada de eso, mi querido don Beni-

to... El caballero Ratner vive entre nosotros. Después de su primera entrevista conmigo, se perdió por el mundo, como un hombre errante. De vez en cuando tenía noticias de su existencia. Me las traía una pequeña cartulina que invariablemente decía: «Su amigo Ratner le recuerda con gusto a su paso por Nueva York», «a su llegada a Londres», «a su salida de Méjico», «durante su estancia en Rusia.» Y nada más.

Al día siguiente de estar Campúa y yo instalados en el hotel Colón de Barcelona, un camarero me entregó la pequeña tarjeta de mi amigo... Esta vez decía: «Sé que está usted en Barcelona. Nos veremos pronto; mientras tanto, le saludo y le doy mi bienvenida. Al mismo tiempo, desde este momento queda a la puerta del hotel Colón, y a su orden, un automóvil, que le agradeceré utilice todo el tiempo que esté aquí.»

Un poco sorprendidos Campúa y yo, nos asomamos a la puerta del hotel. En efecto: un magnífico coche «Hispano», 60 H. P., de seis cilindros, nos esperaba... Nuestra primera visita fué para Ratner.

Y allí concertamos la excursión a la montaña mística de Montserrat.

.....

De Barcelona salimos a las nueve de una mañana transparente. El coche, como una centella, se lanzó por la sierra del Tibidabo y por los magníficos y laberínticos bosques de la Rabassada. Dentro de él íbamos Ratner, Balaguer, Campúa y yo. La emoción del multiforme paisaje, que ya comenzaba a dorarse por el sol matinal, nos llevaba mudos, sumidos en una contemplación silenciosa... Cuando dejamos de ver el grandioso cuadro urbano de Barcelona, apareció ante nuestros ojos más tangible, maravillándonos con su grandeza portentosa, el prodigio montañoso de Montserrat. Nada hay en la vida que emocione tanto como la Naturaleza, ni ante nada se encuentra el hombre tan mísero y tan insignificante como al pie de una gigantesca montaña que con su penacho parece calar la bóveda celeste.

Como un clamor de civilización, atravesamos por la calle principal de varios pueblos... tan tristes y tan pobres como los de Castilla... A las tiendas miserables se asomaba gente zafia a decirnos «adiós» con el pañuelo... Los ojos bellos de alguna moza garrida nos hacían comentar su belleza estéril y abandonada en aquellos rincones olvidados y anodinos. Al fin, como una enorme serpiente que se enrosca a la montaña, comienza la carretera que ha de de-

jarnos en el Monasterio... Es decir, ha de dejarnos si el que lleva el volante del automóvil no es acometido por un pequeño titubeo, y las ruedas inquietas del coche no se desvían una cuarta de la cinta blanca que se encarama... Porque a nuestra derecha están abiertas las fauces de un abismo hermoso, heroico, cuyos colmillos son riscos imponentes... El *auto* corría, volaba, subiendo por aquel *toboggan* infernal. En cada revuelta el panorama era más grandioso y más distinto, y la voluptuosidad de morir rodando hasta el fondo del valle, más tenaz... Conforme íbamos llegando a la cresta de la montaña mística, una nube gris nos iba envolviendo, dándonos la impresión de que entrábamos en el mismo cielo. Las rocas que rodean a la inmensa roca-diosa, parece que le rinden vallasaje por su grandeza ciclópea... En sus perfiles, como a veces en las nubes del cielo, se adivinan formas humanas, que nos dejan perplejos sobre los misterios de la Naturaleza.

Al fin llegamos a la cúpula de Montserrat... Allí está el Monasterio. En el patio de él echamos pie a tierra... Ninguna belleza artística creada por la mano del hombre nos deslumbró... En la portada del convento se alza la virgen de Montserrat toscamente esculpida en

piedra. Las edificaciones, solamente para la crítica podríamos citarlas. Parece aquello una piña de posadas de mal gusto y un tanto ruinosas.

Yo, delante de todos, ascendí por la amplia y destartalada escalera de ladrillos rojos, que da entrada al Monasterio... Un frailecico, joven y confuso, nos salió al paso.

—Hermano: ¿podríamos visitar el Monasterio?...—le pregunté.

—Se lo diré al padre Merced—me contestó con gesto lleno de humildad y mansedumbre...

En sus manos, curtidas y toscas, depositamos nuestras tarjetas... A poco estábamos en una galería, de cuyas paredes pendían ricos cuadros del *Greco*, Rubéns y Tizziano, y en presencia del abad Merced... Era este religioso, joven—una juventud de unos treinta y cinco años—, alto, de rostro armónico y colorado... Lo más saliente en su trato era su simpatía, una simpatía blanda, acariciadora. No era un religioso rígido e intransigente, sino al contrario, amplio y ameno... Con su sonrisa modosita y su conversación impregnada de humilde dulzura, ganó al momento nuestro apego. Mientras que nos iba enseñando el Monasterio, hablábamos... Su voz dulce y su mirada

franca a través de las gafas de oro, nos inspiraban una confianza casi fraternal.

—Entonces, padre, esta fundación...—inquirimos.

—Esta fundación, como usted sabe, pertenece a los reverendos padres Jerónimos. La fundó el mismo San Jerónimo, cuya ermita de monje está situada en la cresta de la montaña...

—¿Y cuántos religiosos son ustedes en este Monasterio?...

—Cuarenta padres y cuarenta y cinco hermanos. Los padres somos sacerdotes... Además..., tenemos veinticinco estudiantes que siguen la carrera eclesiástica.

—¿Y de qué se sostiene la fundación?

—De la misericordia de Dios, de las limosnas de los fieles, de nuestras familias y del beneficio que nos dejan las dos pequeñas industrias que tenemos aquí instaladas.

—¿Que son?...

—Licores y chocolate. Durante dos años hemos tenido suspendida esta elaboración, pero ahora han vuelto a autorizárnosla.

—Además, los turistas les dejarán a ustedes gran beneficio.

—Algo. En el Monasterio tenemos habitación para más de dos mil personas. Son viviendas

modestas, pero que tienen todo lo necesario. Sobre todo, vienen muchos matrimonios a pasar la luna de miel.

—Efectivamente, el sitio invita al amor.

El monje sonrió tristemente.

—¿Y qué precio llevan ustedes por esas habitaciones?...

—Antes no dábamos precio: lo dejábamos a la misericordia de los huéspedes; pero eran tantos los que después de estar aquí meses y meses no daban nada, que tuvimos que fijar una pequeña cantidad.

—¿Y cuándo hay más visitantes?...

—En verano, por lo regular, está esto lleno; en Semana Santa y en Pascua también acude muchísima gente. Yo calculo que al año nos visitarán unas ciento treinta mil personas como mínimo. También por la venta de reliquias y curiosidades y recuerdos de la montaña tenemos un pequeño ingreso...

—Vamos a ver, padre, ¿y aquí no leen ustedes más que libros religiosos?...

—No, hijo mío; leemos todo lo que la censura eclesiástica nos permite. Vuestro periódico, por ejemplo, tiene aquí muchos admiradores; yo me he complacido mucho leyendo las informaciones de usted, y se va usted a reír si le digo una cosa,

—¿El qué, padre?...

—Que a Dios le he pedido varias veces me deparase la ocasión de conocerle; claro que honrándonos con su visita, pues de otra forma no era posible.

—Pues, padre, ha sido una petición un poco atrevida, porque yo soy el mismísimo demonio...

El religioso hizo un gesto de inefable dulzura...

—Nada puede el demonio donde reina Dios. No; no crea usted, *Caballero Audaz*, que no debe ser usted un modelo, no; pero vamos, tampoco un diablo. Tan mal no le juzgo yo. Desde luego, por la vida que hace usted, grandes serán sus pecados; pero la misericordia de Dios es infinita. Tenga siempre fe en ella.

La voz del benedictino era profunda y consoladora como saturada de un bálsamo purificador.

—¿Qué vida hacen ustedes los religiosos?

—Nos levantamos en todo tiempo a las tres y media de la mañana. Y según las obligaciones de nuestro cargo, así repartimos las horas del día.

—Usted es joven, ¿verdad, padre?

—Tengo treinta y cinco años...

—¿Cuánto tiempo lleva usted en el Monasterio?...

El religioso, como si en recordarlo sintiera un supremo deleite, exclamó con lentitud:

—Llevo aquí veintitrés años; quitando cuatro que estuve en Roma... Yo entré en el Monasterio a los doce años; comencé por estudiar latín, y después... Dios me iluminó para quedarme aquí siempre...

—¿Y está usted satisfecho?...

—Satisfechísimo. Si mil vidas tuviese, mil vidas dedicaría a Dios en la misma forma que lo he hecho.

—¿Y aquí les visitan a ustedes sus familias?...

—Aquí recibimos la visita de todo el mundo... Es decir, señoras no pueden entrar; ¡sólo la Reina!

—Y de alimentación, ¿se cuidan ustedes bien?

—Comemos de vigilia todo el año, y, sin embargo, fíjese usted qué buen color tengo. Usted, en cambio, está pálido... Esa vida que hará...

—Una vida un poco funesta, padre; pero bastante más *vida* que la que hace usted... ¡Veintitrés años metido aquí, en las entrañas de la Naturaleza; enterrado en vida; sin peli-

gros, sin zozobras, sin inquietudes, sin... amores! ¡Por Dios, padre!...

El abad sonrió dulcemente.

—¡Oh!, no diga eso, no diga eso, hijo mío. Desde aquí estamos más cerca de Dios que desde el mundo atropellado en que usted vive, porque, aunque Dios está en todas partes, quien más se consagra a él, más cerca le siente... Además, vivir aquí, para nosotros los religiosos, constituye un deleite... Yo me moriría de pena si me sacaran de mis montañas de Montserrat.

Y como el místico era muy simpático, yo me atreví a decirle mi pensamiento en voz alta.

—No lo comprendo, padre. Vivir envuelto siempre en una nube; pasar por la vida sin vivirla intensamente... ¿Qué hacen ustedes aquí?... Vegetar como plantas silvestres. ¿No le da a usted pena de morirse así?

El abad tuvo un momento de confusión... Campúa y Ratner reían.

—¡Oh! ¡Usted está loco!...—me dijo—. Pero esté seguro de que no le tomo en cuenta lo que me dice.

—Es que la vida mundanal es tan bella y hay tanta mujer hermosa...

—Nosotros olvidamos lo humano para con-

sagrarnos a lo divino; no puedo, pues, hablar con usted en ese terreno. Si usted se compromete a estar a mi lado haciendo la vida que yo hago todo un día, yo respondo de que, a pesar de sus desvíos, *El Caballero Audaz* se quedaría aquí entre nosotros para siempre...

Y el curita reía beatíficamente.

—¿Sabe usted lo que siento, padre?—le repuse yo.

—¿El qué?...

—Que sea sacerdote.

—¿Por qué, hijo mío?...

—Porque es usted muy simpático, muy culto, y de no ser sacerdote, desde este momento sería usted amigo mío y viviríamos la vida juntos...

Habíamos llegado a la fábrica de licores... Allí el prior nos obsequió con unas botellas. Cuando terminamos el coloquio con el religioso era ya casi de noche... Encantados de su amabilidad abandonamos el Monasterio.

—¿Sabes que no me disgustaría a mí quedarme aquí para siempre?—murmuró Campúa.

EDUARDO ZAMACOIS

—Venga usted, amigo *Audaz;* asómese aquí; verá usted qué vistas tan preciosas—me dijo Zamacois, invitándome a salir al balcón de su casa... Acepté...

Es un cuarto piso que cae sobre el *boulevard* de Carranza... Como desde la barquilla de un globo se dominan todas las edificaciones de alrededor, y la vista se pierde allá, en las bellas afueras que rodean a Madrid... El Parque del Oeste, la Casa de Campo..., la pradera de San Isidro...

—En las tardes brumosas—me explicó Zamacois—aquel fondo de la Casa de Campo queda suavemente velado por la niebla, y al fundirse con el cielo, parece el mar... Es muy hermoso esto, ¿verdad?

Asentí y permanecimos un momento más en silencio, saturado por la emoción del espec-

táculo, y después nos internamos en el despacho... Una habitación de trabajo, cuyas paredes están adornadas con millares de fotografías de amigos tropezados en el sendero de la vida. Muchos de ellos ya han desaparecido para siempre. Cada retrato de aquéllos le recordará al dueño un momento de su vida, tal vez una ilusión rota; todos juntos le hablarán de una alegre juventud que se consumió..., que se consumió para siempre. Es aquella una comparsa de recuerdos para en los ratos de melancolía desandar con la imaginación todo el camino andado.

Yo tomé asiento ante la mesa de trabajo.... Eduardo permaneció un momento de pie... Ofreciéndome un cigarrillo, me dijo riendo:

—¿Quiere usted envenenarse con esta cápsula?...

Mientras que lo encendía observaba atentamente al joven maestro de la literatura, y vino a mi memoria una frase muy gráfica de una amiguita nuestra:

—Eduardo Zamacois, pareces un hombre de película..., un *detective*—le dijo una noche, después de una cena.

Con esto quería aquella linda mujercita expresar que Zamacois no es un tipo vulgar. En efecto... Alto, recio, de proporciones gallardas,

muy derecho, anda con cierta airosa y elegante flamenquería de caballero conquistador y galán. Su cabeza es una bella cabeza de artista, que posee la coquetería de estar invadida por las canas, y, sin embargo, aparenta juventud y vigor. Sus cabellos ondulados, que peina a la antigua usanza sevillana, no son negros, ni grises, ni blancos; tienen un tornasolado azul y brillante, como un reflejo...

Lleva la piel completamente rasurada, y por su tersura, sus transparencias rosadas, la pequeñez de la boca y la liviana candidez infantil de los ojos azules, se asemeja su rostro al de esos niños de *biscuit* que venden por los bazares...

¡Siempre ríe!... ¡Siempre! Y cuando habla de supremos instantes de angustia, de pelea y de hambre, en vez de entristecerse, ríe más...

Años de miseria y de risa. Así se titula un próximo libro de Zamacois. ¡Miseria y risa!... ¿No está en este título firmemente trazada la silueta espiritual de este gran novelista?... Estoy seguro que Eduardo Zamacois, cuando se vea cara a cara con la muerte, reirá y no faltará en sus labios una frase irónica y hasta una exquisita galantería; esto último, por tratarse de una dama y ser él caballero rendido que siempre cultivó con éxito el amor...

El celebre escritor es, sobre todas las cosas, un «gran simpático». Su charla templada y amena, irisada de imágenes y ejemplos, llena de gracia e impregnada siempre en una ironía delicadísima, cautiva al momento. Al fin Zamacois, después de hablarme algo de los retratos que nos miraban fijamente, se instaló en una silla frente a la mesa, y antes de comenzar mi interrogatorio, me dijo:

—Se ha metido usted en un laberinto de mil demonios, amigo *Audaz*... Esta interviú que piensa usted hacerme se la criticará la mar de gente...

—¿Por qué?...

—Porque yo soy un escritor que apasiona mucho... Para juzgarme a mí no hay término medio..

Y reía...

—Hombre, eso es bueno...

—No, si a mí me agrada; lo peor es estar siempre bien; Dato, por ejemplo, está siempre bien; eso ¡es horrible!... Estos señores se asemejan a los trajes de entretiempo: no sirven ni para el invierno ni para el verano... Resultado del apasionamiento que levanta mi literatura es el sinnúmero de cartas que recibo continuamente...

—¿De mujeres?...

—De mujeres y de hombres...

Hizo una pausa. Meditó un momento; después, variando el carácter de voz, como un actor francés para hacer un inciso en la charla, me preguntó:

—¿Usted ha leído mi novela *El seductor*?...

—Sí, señor...

—¿La recuerda usted?...

—La recuerdo...

—Pues bien: le voy a referir una anécdota relacionada con esta novela... Me parece que es interesante... Pero si a usted no le interesa, la cortamos inmediatamente. Hacía algún tiempo que había publicado *El seductor*, y vivía yo en un pisito de la calle del Marqués de Santa Ana... Tendría entonces unos veinticinco años. Un día me dijeron: «Ahí hay un señor que quiere verte...» «¡Bah!, un inglés», pensé. En aquellos tiempos estaba yo muy apurado de dinero. En esto he variado muy poco. Resignadamente dije: «Que pase...» A los pocos momentos apareció en mi despacho un caballero de buena estatura y buen aspecto... Representaba tener unos veinte años. Venía pálido, desencajado, preso de una excitación nerviosa que me inquietó; tenía la boca seca y los ojos febriles. «¿Usted es el señor Zamacois?», me preguntó con voz temblorosa. «Servidor de us-

ted», repuse. «¿El que ha escrito *El seductor*?» «Sí, señor; aunque *se me esté* mal en confesarlo.» Mi hombre, entonces, miró a todas partes. «¿Estamos solos?», inquirió. «Ya lo ve usted...» A todo esto su temblor iba en aumento; no podía ni liar el cigarro, que se le rociaba entre los dedos. «¿Ve usted? No puedo ni hablar; estoy loco», se disculpó. «Pero, ¿qué le pasa a usted, señor? Tranquilícese... Tome asiento. ¿Qué es ello?...» El desconocido se dejó caer en una de mis viejas butacas, y después, casi llorando, me dijo: «Yo me llamo Alberto Guimerá, y soy un hombre horriblemente desgraciado, don Eduardo... Me encuentro en el mismo caso que el Vizconde de *El seductor*... Yo tenía relaciones con una mujer; esta mujer ha roto conmigo, sin saber por qué, y yo no puedo vivir sin ella. ¿Qué hacer? ¿Cómo reconquistarla?...» «Eso usted verá, amigo mío», le dije... «No, señor; yo soy un bruto, yo solo no puedo; es necesario que usted me ayude.» «¿Yo?», exclamé asombrado. «Sí, señor; usted, que escribió aquellas cartas con las que *Don Plácido* cautivó a la *Marquesita de Górgoles*, es menester que me escriba a mí otras con las cuales rescataré a Encarna.» Yo rechacé la indicación; pero, amigo, el mozo me lloró tanto, que al fin cedí. «Lo haremos, ¡qué caramba!...

Ahora yo no sé si en la realidad obtendrá el mismo resultado satisfactorio que en la novela. Por lo pronto, va usted a darme todas las señas y referencias de esa mujer... Las cartas que yo le ponga las copiará siempre en una misma clase de papel, y llevarán el mismo perfume.» Y así le hice varias observaciones minuciosas. Y aquel día le escribí la primera epístola. Cuando terminamos, el muchacho se levantó y puso un duro en mi mano... «¡Pero, hombre!», protesté. «Sea como el *Don Plácido* de su novela», insistió él, inocentemente. Y yo, que dudé un momento, después pensé que no tenía una peseta, y me eché al bolsillo el duro... Encontraba yo un pequeño goce en cobrar una carta amorosa como *Don Plácido*. Bueno; pasó mucho tiempo, y yo le escribí muchas cartas, y, por consiguiente, le cobré muchos duros, hasta que un día dejó de ir, y otro, y otro, y ya no volví a verle más... «La habrá conquistado», pensaba yo.

—¿Y así fué?—le pregunté impaciente.

—No; verá usted... Pasaron dos años de esto... Durante uno de mis viajes conocí a una mujer muy guapa, con la cual trabé un pequeño afecto amoroso... Un día, estando de sobremesa, aquella mujer cogió *El Imparcial* y correteó con su vista las columnas. Se detuvo

atentamente en la sección de sucesos, y después exclamó: «¡Pobrecillo!..» «¿Qué es ello?», la pregunté. Ella me repuso frívolamente: «Nada; mira: un pobre novio que yo tuve que se acaba de suicidar en Valencia.» Leí la noticia. ¡¡¡Era mi infeliz discípulo Alberto Guimerá!!! «¿Por ti?», la interrogué a ella. «Creo que sí», repuso impávida y sin darle importancia. «¡Por Dios, Encarna!», murmuré. Y no hubo más... Aquella confesión fué un abismo que nos separó a mi bella amiga y a mí...

—¡Bonita aventura! Pero, ¿las cartas no dieron resultado?

—No; ya ve usted.

—Y diga usted, Eduardo: ¿A qué edad comenzó usted a escribir?

—Qué sé yo... A los quince años ya escribía cuentos...

—¿Es usted cubano?...

—Sí, señor. He nacido en los alrededores de Pinar del Río, pero me sacaron de allí a los tres años... Me crié en Bruselas, París y Sevilla...

—¿Es que su familia tenía necesidad de viajar?...

—No; viajaban por gusto. ¡Qué sé yo! Lo cierto es que sin duda aquella vida de ajetreo inculcó en mi espíritu la afición a los viajes...

Yo soy un hombre errante... Viajar es mi sumo deleite .. Cuando monto en el tren con mi amada compañera, la maleta, parece que me quitan veinte años de encima, y me siento dichoso. En Sevilla me dieron los primeros estudios y también las primeras bofetadas y las primeras pedradas. Mi padre es músico y sus hermanos todos han sido artistas: Eduardo, pintor; Ricardo, actor; Elisa, actriz, etc.; todos artistas...

—¿De qué autor eran los libros preferidos durante su niñez?...

—Me enamoraban los filósofos: Spencer, Letourneau, Delbauf, Molleschott, Büchner...

—Y vino usted a Madrid.

—Vine a Madrid a estudiar Filosofía y Letras. ¡Era un gran estudiante! El único defecto que tenía era que todos los días regresaba a mi casa sin los libros...

—¿Se los quitaban?...

—No; los vendía... Después estudié tres años de Medicina... Pero ya la literatura tiraba de mí más que los libros. Lo primero que yo publiqué fué en *El Globo;* después, en otros periódicos, y a los veinte años ya vivía por mi cuenta de lo que me daba la pluma; mal, pero vivía y vivo desde entonces. Más tarde fundé *Germinal*, periódico revolucionario, producto de mis ideas rebeldes, y a los veinticinco años

fundé *Vida Galante...*, que, en compañía de mis primeras novelas, sirvió para enriquecer a un hombre. En ese período de mi vida comencé la novela *La enferma;* fué la primera que publiqué; después, *Punto negro.*

—¿Cuántas novelas tiene usted publicadas?

—Catorce o quince, y con tomos de teatro y demás, unos treinta volúmenes.

—¿Cuál de sus novelas es la preferida por usted?...

Eduardo quedó un instante perplejo...

—No sé... Tal vez sea *La opinión ajena* la que más me guste. Hay dos épocas en esta literatura mía: primera, período que pudiéramos llamar amoroso, y luego, una transición para preocuparme más de los misterios de la vida. Esta transición parte desde *El otro*, *La opinión ajena*, *El misterio de un hombre pequeñito.*

—¿Escribe usted con facilidad?

—No, señor; con gusto, sí; con facilidad, no. Trabajo mucho. Yo escribo, me arrepiento, vuelvo a escribir y me doy a los diablos...

—¿Ha hecho usted versos alguna vez?...

—No he pasado jamás de los cuatro versos; ya una quintilla es superior a mis fuerzas.

—¿Escribe usted de memoria o sobre la realidad?

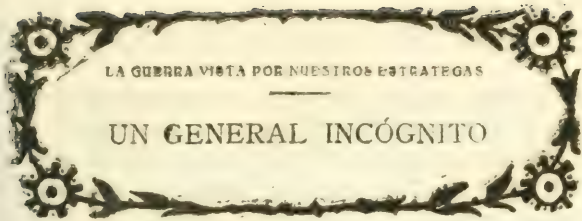
—Hombre, escribo siempre de la realidad;

cosas que me hayan ocurrido a mí o a alguien que me rodee. Escribir, como pintar de memoria, es muy malo... Leer mis obras es ir paso a paso por mi vida... Para estudiar los personajes acostumbro a ir a las fotografías, y allí, ante los retratos, me paso horas enteras estudiando tipos. Esa inmovilidad de la fotografía le refleja a usted el alma de los individuos.

—Vamos a ver, Eduardo: ¿Su opinión de usted es que en la novela se debe de sacrificar el fondo por la forma o la forma por el fondo?...

—Mire usted, es un asunto que yo quería tratar... El secreto del arte está en sentir y en hacer sentir... Poetas más incorrectos que Campoamor, Espronceda y Zorrilla, no los hubo, y, sin embargo, son los que más han entusiasmado y perdurarán siempre. ¿Por qué?... Porque eran humanos, porque tenían nervios, porque hacían arte... A mi juicio, lo esencial en la novela es el fondo, la emoción, no la forma. Si usted tráduce a un estilista, de su obra no queda nada..., ¡absolutamente nada!... En cambio, traduzca usted a un escritor de fondo, como Balzac, y quedará incólume el sentimiento, que es el arte. Autor más incorrecto que Cervantes, ¿lo hay?... No... Y, sin embargo, ¿por qué ha quedado? Porque tiene un enorme fondo. Si a un buen mozo le viste usted de blu-

sa en vez de vestirle de levita, es siempre un buen mozo; a un esqueleto le pone usted un frac, y es siempre un esqueleto... Esto pasa con los estilistas actuales... Sus libros son esqueletos de frac. Cuando el artista es humano, es cuando baja hasta el pueblo; si no, se queda ignorado en sus alturas. Yo, escribiendo, me he emocionado muchas veces y hasta he llorado, y esas cuartillas me han salido maravillosas; en cambio, otras que no las he sentido las he cobrado lo mismo; pero, ¡qué diferencia!...



—¡Mi general!

—¡Amigo mío!

—A molestarle vengo.

—Usted jamás molesta.

Y el noble y venerable general, después de estrechar mi mano, me invitó a tomar asiento en el suntuoso despacho. El también lo hizo a mi lado.

Hubo un corto silencio, durante el cual nuestro bizarro y heroico visitado buscó entre los escondrijos de su guerrera la petaca de cuero. Me ofreció un cigarro.

Después de haber saboreado la primera bocanada de humo, exclamó:

—Usted dirá.

—Pues es el caso, mi general, que tengo el propósito de ir publicando en *La Esfera* las

opiniones de los técnicos militares españoles sobre el desarrollo de la guerra europea...

Me detuve un instante y escudriñé el gesto del general. Frío: sus ojos metálicos no expresaban más que una atención cortés. Su figura es altiva, simpática, y ya en el otoño de sus energías. Sus cabellos, peinados para arriba, son blancos como la plata. Su piel es curtida, tal vez por el fuego del sol en las campañas. ¡Un gran tipo de caudillo!

—Siga, siga usted—me contestó sonriente.

—Poco me falta ya por decir—continué—. Siendo usted uno de los técnicos militares de más brillante historia, uno de los estrategas españoles en quien tiene puestos el Ejército sus ojos, necesariamente me veo en la precisión de que sea usted nuestro primer molestado.

—¡Oh! ¡Gracias, gracias!—evadió el general, al mismo tiempo que con su diestra parecía querer cortar los elogios—. Para mí sería una satisfacción muy grande acceder a su deseo; pero, ¡la verdad!, la exhibición me molesta. Además que, por el alto cargo que ocupo, una opinión mía sobre los diferentes aspectos que presenta el actual conflicto podría pesar en la balanza más de lo debido, y no quiero... Cada cual cómprese un buen mapa, como

el que yo tengo, y sobre él estudie las situaciones, fortificaciones, elementos de guerra y espíritu de los beligerantes, y siga sus avances y retrocesos; a poco de adoptar este método sabrá tanto como yo de la guerra actual, y hasta estaremos de acuerdo.

Y estas palabras del general querían ser las últimas de nuestro diálogo sobre la guerra; pero el cronista, que es confiado, insistió:

—Ese exceso de modestia de usted no me lo explico, mi general. En su punto estaría tal evasiva si yo viniera con la pretensión de que me hablase usted de política, o de literatura, o de diplomacia; pero no: mi propósito es que me hable usted de la guerra europea sin relacionarla con España y desde el punto de vista técnico. Por ejemplo, yo me concretaré a preguntarle a usted: «Tal operación, ¿estuvo bien?» «Esa retirada, ¿se puede considerar un fracaso?» «Aquella resistencia, ¿cree usted que estaba prevista?», etc., etc.

—Todo eso me parece muy bien—me interrumpió el general, ya más condescendiente—, y yo, de seguro, accedería a ello si no me aterrase la exhibición. Es decir, que si en vez de aparecer mi nombre en *La Esfera*, encabeza usted su artículo con *Opiniones del general X*, y guarda usted cuidadosamente mi incógnito,

no tengo inconveniente en que hablemos de lo que usted desee; pero le repito que sin fotografías y sin nombre.

Medité un instante. Salazar me miró defraudado.

—Conformes—resolví.

—¡Ah! Pero ha de darme usted sagrada palabra de honor de cumplir mis deseos.

—Se la doy—repuse solemnemente, dándome una palmada sobre el corazón.

—Supongo que no será una argucia de buen periodista—me advirtió, aun desconfiado, el general.

—El honor, mi general, no se separa en mí jamás del periodista. Le prometo a usted que ni ante el horror de un fusilamiento podrá nadie arrancarme su nombre.

—Bien, conformes—replicó el general, satisfecho—. Pasaremos a mi habitación de trabajo, y allí contestaré a cuanto usted me pregunte.

Pasó él delante; nosotros le seguimos.

—Y yo, ¿qué hago ya?—me preguntó Salazar con sigilo.

—Usted—le dije—se acomodará en un sitio desde el cual nos hará fotografías sin que nos demos cuenta de ello, procurando que el general aparezca siempre de espaldas.

Y penetramos en otro despachito más pequeño. Libros, planos, mapas por todas partes. Sobre las mesas, y pendientes de las paredes, había muchos objetos de Filipinas.

—Para más facilidad—exclamó el general, al mismo tiempo que extendía el mapa militar de Francia y Alemania sobre una pequeña mesita de campaña—, nos iremos documentando con el mapa delante... ¿Ve usted? En este plano se advierte perfectamente que los alemanes han invadido el Luxemburgo y Bélgica por ser la parte más vulnerable de la frontera francesa. Es lo único libre del *doble collar de hierro* de las fortificaciones con que después del 70 se han prevenido los franceses. Aquí, en el Este, tienen también el boquete de Belfort...

Y el general iba siguiendo con el dedo índice el culebreo gráfico del plano correspondiente a su explicación.

—¿Y usted cree, mi general, que al ejército alemán ha sorprendido la resistencia belga?...

—Es muy difícil creer que un Estado Mayor como el alemán, y en una guerra como ésta, que venía preparándose desde el 71, no tuviese descontado este primer paso. Es de suponer lógicamente que, ya por espías, ya por sondeos políticos, ya por mil medios, los

alemanes tenían que saber la actitud y resistencia probables de los belgas. Por lo demás, está comprobado que si el ejército alemán se propuso dar un golpe de mano en Lieja, no tenía el plan de seguir por allí el avance. Esto lo demuestra que para Lieja se destacó un corto número de fuerzas, y éstas no iban lo suficientemente preparadas de víveres y municiones para un largo viaje ni para una gran resistencia. Muchos opinan que los belgas han detenido a los alemanes; a mi juicio, lo que ha detenido al ejército invasor no ha sido la resistencia encontrada en Bélgica, sino que no tenía las fuerzas suficientemente concentradas para avanzar; porque ya se ha visto ahora que sin la toma de Namur han podido los ejércitos alemanes llegar a la frontera francesa; lo mismo pudo ocurrir con Lieja.

—¿Y cómo se explica usted, mi general, que Lieja esté en poder de los alemanes, y, según los telegramas, los fuertes continúan defendidos por los belgas?...

El general se encogió de hombros.

—No me lo explico. Cuando se trató de las fortificaciones del Mosa para la defensa de Bélgica contra una invasión alemana, yo censuré el proyecto en mi libro *Ejército de opera-*

ciones. A mi juicio, el obstáculo que se pretendía oponer a la invasión alemana era bien débil. Así ha resultado. Preferible hubiera sido para los belgas concentrarse desde un principio en Amberes, y allí, sin mermas en el ejército ni desfallecimientos en el espíritu, batir al invasor.

—¿Es una gran plaza fuerte Amberes?

—Magnífica. La mejor de Bélgica.

—¿Cuál cree usted que será el objetivo perseguido por Alemania?

—No sé... No sé. Es muy difícil suponer, porque no contamos con información verídica. Positivamente los objetivos de Alemania pueden ser tres: la conquista de Bélgica, Luxemburgo y Holanda para anexionárselas si es que triunfa, o para que le sirvan de rehenes para después cambiarlas por territorios y colonias que le tomen los enemigos; otro objetivo puede ser invadir Francia por el punto más débil de la frontera, en combinación con otro ejército procedente de la Lorena, y el tercero tal vez sea—y a éste me inclino yo—llamar la atención de los aliados por Bélgica, para cuando allí esté la fuerza concentrada, en una fase defensiva, dar un golpe decisivo por otra parte; es decir, un amago para disimular la invasión por la Alsacia o la Lorena. No hay que

perder de vista tampoco que los alemanes buscan acercarse lo más posible a las costas británicas, y... que a una escuadrilla de *zeppelines* le es muy fácil atravesar el Canal de la Mancha, situarse sobre la flota inglesa, y... ¿quién sabe?...

—¿Ha observado usted, mi general, que las simpatías españolas están muy divididas entre los beligerantes?...

—En efecto; pero nosotros debemos ser neutrales hasta en espíritu.

—Pues yo creo—insistí con malicia—que hay muchos francófilos.

—Eso observo, sobre todo en la Prensa.

Hizo una pausa; después continuó:

—La verdad, no se comprende esa parcialidad por Francia e Inglaterra. No hay más que pasar los ojos por la Historia para ver que estas dos potencias han sido siempre nuestras enemigas. Que repasen los francófilos nuestra guerra de la Independencia, y con serenidad, sin enconos y sin odios, vean los daños que nos hicieron franceses e ingleses. A los que les indigna la violación de la neutralidad de Bélgica, llevada a cabo por los alemanes, hay que decirles que, en efecto, esto es muy censurable, pero no es el primero ni será el último caso que registre la Historia universal; sin ir

más lejos, el ejército de Napoleón entró en España como amigo, y después, con perfidias y traiciones, se apoderó de Pamplona, Montjuich, La Ciudadela, San Sebastián y demás. Respecto a los ingleses, vinieron entonces como amigos y aliados; pero ellos, en realidad, y esto nos lo demuestra la Historia, eran, más que amigos nuestros, enemigos de Napoleón. Tampoco conviene olvidar, aunque sí perdonar, la entrada de los ingleses en San Sebastián el año 1813. Y los que supongan que nuestro engrandecimiento sobrevendrá después de una alianza con Francia, están en un lamentable error. Francia siempre, siempre, ha sido y será nuestro enemigo natural por situación geográfica. Y después de todo, desde el punto de vista francés, han hecho bien; han cumplido su misión patriótica. A ellos no les convenía tener un vecino fuerte y, claro, todos sus esfuerzos se han encaminado siempre a debilitarnos. Después de esto, ¿cómo hay quien crea que estamos obligados a ella?... Que se señale una sola ocasión en que Francia nos haya beneficiado en algo. Los franceses quieren mostrar esta guerra como la lucha de la civilización contra la barbarie; ellos se adjudican el papel de civilizadores y a los alemanes el de bárbaros;

esto no es admisible; Alemania es una nación culta y civilizada como la que más.

—¿Luego usted no cree en los actos salvajes de que se acusa a los alemanes?

El general hizo un gesto de negación:

—Creo que se exageran considerablemente. Un ejército como el alemán, que durante el sitio de París del año 70 respetó escrupulosamente las obras artísticas existentes en Versalles—cosa que no hicieron los franceses en nuestro Museo del Prado ni en nuestros templos—, no puede conducirse a los cuarenta años como un ejército de salvajes.

Este argumento del general era abrumador.

—Y dígame, mi general, el derecho internacional—continué preguntándole—, ¿autoriza a los beligerantes para pedir esa contribución que los alemanes han exigido a Bruselas y a Lieja?...

—Sobre ese punto se ha escrito mucho, pero los tratadistas no están de acuerdo. Kuber, Waltel, Grocio, y en general la mayor parte de los autores, creen legítima la contribución de guerra, como un rescate que dan los habitantes de la población invadida para librarse del saqueo.

—¿Cree usted que España tendrá al fin que salir de su neutralidad?

—Profecías no me pida usted... Yo lo único que puedo decir sobre esto es que mi uniforme de campaña está sirmpre dispuesto.

—¿Cuánto tiempo supone usted que durará esta gran guerra?

—A mi juicio, no puede prolongarse mucho por los grandes gastos a que da lugar; como están en juego todas las naciones, esto representa un derroche y un desequilibrio económico insostenible. La guerra rusojaponesa puede decirse que la terminó la falta de dinero. En ésta ocurrirá lo mismo: influirán más las condiciones económicas de los países que las victorias militares.

—¿Y qué nación cree usted que será la vencedora?...

—¿Quién es capaz de predecir eso?... Por tierra, hasta ahora, Alemania sigue, como por un Atlas, la persecución de su objetivo. Tal vez los rusos, por lo numeroso de su ejército, la distraigan y no pueda continuar su plan... ¡Y quién sabe si, cuando quieran recordar los aliados, ya hayan llegado a París los alemanes!...

—Si vence Alemania, ¿qué compensación cree usted que pedirá?...

—Desde luego pedirá una expansión territorial en Europa y en Africa, y poco más de los

millones necesarios para reponer su escuadra, que tal vez se la destruya la inglesa. Es muy posible que su expansión europea sea por Bélgica, con costas al mar del Norte.

Anochecía; la habitación quedaba en penumbras; los muebles perdieron sus perfiles, y cuando el ilustre general incógnito quiso mostrarme en el mapa las que en el porvenir podrían ser fronteras alemanas si vencía el Káiser, era de noche.

—¿Ve usted?—me orientaba—. Aquí, por el boquete de Belfort...

Yo no veía nada.

POMPEYO GENER

Por mediación del notable artista y excelente amigo Casas Abarca, Pompeyo Gener me envió a decir que prefería, para celebrar nuestra entrevista, el hotel donde yo me hospedaba, un café cualquiera, o el sitio que yo le indicase... El motivo era porque en su casa todo andaba revuelto por causa de una mudanza... Casas Abarca me aclaró piadoso:

—Es que debe de vivir muy mal, ¿sabes?... y de seguro siente el pudor de su pobreza.

Esto acrecentó mis simpatías y mi admiración por Pompeyo Gener. Con dos renglones, le cité para el día siguiente en el estudio de Casas Abarca.

Era domingo: un domingo de esos dorados en que dan ganas de andar mucho y hacer una «comidita» en el campo... Leyendo los periódicos de Madrid y las declaraciones del minis-

tro de la Gobernación, se figuraba uno que Barcelona, en aquellos días, estaba en manos de los huelguistas revolucionarios, y que por sus calles no era posible transitar sin exponerse a morir de una pedrada, de un palo o de un tiro. ¡Todo ficción política!... ¡Todo habilidades de uno y otro cacicato para sacar el mayor partido posible de las elecciones y de los fondos de Gobernación. El paseo de Gracia, aquella mañana, estaba lleno de gente apacible, de gente elegante, que, sin enterarse siquiera de que había elementos obreros en huelga, tomaba el sol y conversaba alegremente sin la más leve perturbación. Nuestro *auto* tenía que caminar lentamente por causa de los numerosos coches que circulaban por el paseo. Al fin, llegamos al estudio de Casas... Un caballero de amplio chambergo marrón, abundosa melena gris y larga luchana un poco aliñada con tintes, por lo cual resultaba castaña mate, debiendo ser blanca brillante, nos esperaba. Era nuestro deseado D. Pompeyo Gener. Después de saludarnos, él quiso tomar asiento en una silla; yo me acomodé en una butaca... Casas, siempre galante, *ilustró* nuestra conversación con unas «cañitas» de manzanilla y unas aceitunas sevillanas.

El insigne maestro Gener es la noble ruina

de un hombre arrogante... Sus manos apergaminadas, que ahora tiemblan como gelatina, fueron besadas, allá en los años mozos, con loca vehemencia por muchas boquitas femeninas, entre ellas la de la gran trágica Sarah Bernhardt; también estos dedos, retorcidos por el artritismo, supieron abrirse camino en el mundo de las audacias con la punta de la espada y fueron muy temidos por su destreza y serenidad.

El maestro Gener se rebela contra la amarga e implacable realidad de su vejez.

—Estoy triste... estoy enfermo. Me paso la vida llorando para dentro y viviendo de los recuerdos de mi juventud; y tan lejana está, que ya me parece un sueño; me parece que el *yo* de ahora no es el *yo* de antes... Esto no es vivir; esto es vegetar y arrastrarse... Yo, que he sido todo actividad, todo movimiento, que me ha gustado saborear todas las emociones de la vida, héme aquí ahora con los grilletes de mi vejez puestos, sin poderme mover, y abrumado por la monotonía de los días y de las horas. Leo... Leo mucho; pero ya, ¿para qué?... Supongo yo que los cursos aprobados en este mundo no servirán para la carrera en el otro...

Yo, oyendo a don Pompeyo, sentía una inmensa tristeza.

—¿Cuántos años tiene usted, don Pompeyo?

—Muchos, hijo, muchos... Cuando se llega a mi edad, por *limpieza* debe uno ocultar la cantidad.

Hablaba lentamente, con marcado acento catalán...

—¿Nació usted en Barcelona? inquirí.

—Sí, señor; pero casi por casualidad... Yo soy descendiente de marinos de guerra desde el tiempo de Berenguer IV, conde de Barcelona... Mi madre era hija de la baronesa de Barbastro. A mí me crió mi abuelo paterno, que era un gran marino; durante nuestros paseos por el mar de Venecia, él se cuidaba, con insustituíble amor, de darme la primera instrucción y de templar mi alma ante los peligros. Recuerdo que me preguntaba con frecuencia: «Oye, niño: si ahora mismo nos sorprendiera un naufragio, tú, ¿qué harías?... Y como yo no supiera contestar, agregaba: «Pensarías en los muchos que, viéndose en igual peligro, supieron morir sin derramar una lágrima, ¿verdad?... El llanto mitiga los pesares del alma; pero jamás ahuyenta los peligros del cuerpo.» Y en este ambiente de ternura y de rudeza se fué formando mi espíritu: entre el cielo y el agua, entre la vida y la muerte. Volví a Barcelona. Aquí estudié el bachillerato y dos

años en la Facultad de Farmacia. Un día, de resultas de un vuelco de la tartana que nos traía de una hacienda nuestra, murió mi madre... Yo, por alejarme del sitio de la catástrofe, me trasladé a París. Escasamente tenía entonces veintitrés años; allí hice mi carrera de Medicina... ¡Oh, París de mi alma!... Allí he vivido los treinta mejores años de mi vida! ¡Oh, París!...

Y don Pompeyo suspiraba, y sus pupilas grises se quedaban un momento extasiadas, como si en la lejanía de su pensamiento viesen tangibles sus años de mozo gallardo y triunfador... Tras una breve pausa, respetada por mí, corté el hilo de sus gratas rememoraciones.

—Y dígame usted, don Pompeyo, ¿dónde comenzó usted a escribir?

—Aquí empecé, con Guimerá, en un periódico que ya he olvidado... Nada. ¡Tonterías de muchacho!, ¿sabe usted?; pero donde a mí me entró el verdadero furor por saberlo todo, fué en París... Allí sí... Yo era rico entonces... Vivía de mis rentas y estudiaba por placer... Seguía todos los cursos que podía... No encontraba a nadie que supiera más que yo. Esto no es inmodestia, porque hoy día soy un párvulo; no sé nada de nada. Sabía que existía usted, porque *La Esfera* es el periódico de mis soledades...

—¿Cuál fué el primer libro que escribió usted?

—*La muerte y el mal*... La idea de escribirle nació en mí por casualidad. Era yo oficial alférez de Sanidad. Estando en campaña, pensaba yo: estas gentes se sacrifican por fantasmas, por cosas ideológicas; y cogí mi *carnet* de campaña y tomé notas; ellas fueron la espina dorsal de mi libro...

—¿Lo escribió usted en castellano o en catalán?...

—En francés. Yo era muy alegre; el pesimismo es patrimonio de la gente enferma, y entre broma y broma busqué un editor en París. Al fin hallé uno, que me dijo: «Si me lo trae usted prologado por una personalidad de la literatura francesa, se lo edito.» Al día siguiente le llevé diez nombres de la cumbre literaria que me ponían el prólogo... El escogió a E. Listré... Al cabo de un año se publicó y fué el *succés literaire*... Un éxito tremendo. Todos los críticos le dedicaban sus mejores alabanzas; sin embargo, para complemento, me faltaba el juicio de Paul Casagnac, que era un crítico admirable y un duelista temible; con la espada tenía siempre que sostener sus tremendos juicios críticos. Yo, que entonces tiraba muy bien a las armas, decidí tener un encuen-

tro con Casagnac. Los amigos, alarmados, me auguraban una estocada de muerte. ¡Bah!, ¿quién piensa en la muerte cuando se tienen veintisiete años?... El caso es que Casagnac y yo tuvimos el encuentro. Del duelo salimos muy amigos... Fué el crítico que más elogió mi libro. Ese libro lo traduje yo al castellano.

—¿Ha hecho usted poesías?

—Sí, señor; he sido poeta; pero solamente para las mujeres que me hicieron soñar y para mis soledades.

—¿Y todos sus libros se han publicado en castellano?

—Sí, señor; se publicaban simultáneamente en Barcelona, París y Buenos Aires.

—¿Le producían a usted mucho?

—Nunca me preocupé de esto. Ya le he dicho que yo era muy rico. Tenía en París un piso estudio que podía competir con el de los príncipes. Unos parientes estrafalarios, durante una temporada que yo estaba en Amsterdam, por medio de unos chanchullos ignominiosos, se adjudicaron mis haciendas por nada... Yo, de buenas a primeras, me encontré con el día y la noche, mejor dicho, con la noche sólo, porque siempre he sido muy poco madrugador. Mi ruina no me espantó. Con algunas obras de arte de mi estudio, llegué a reunir cincuenta

mil francos, y me dediqué a escribir activamente. Sí, amigo *Audaz*, vivo solo, ¡completamente solo! ¡Siempre solo! Y son los porteros los que cuidan de mí... Yo, que en París he sido el rey de la moda, he de resignarme ahora a llevar este pardesú miserable, porque no tengo recursos. Desde hace algún tiempo soy canciller del Municipio; ¡el Municipio de aquí tiene tantas relaciones con el extranjero!...

Al llegar a este punto de la conversación, Campúa se dispuso a hacerle unas fotografías al venerable Gener. Y entonces Casas y yo observamos un detalle que nos dejó maravillados. Pompeyo Gener sacó un peine que llevaba consigo y, mientras Campúa le enfocaba, se alisó con coquetería sus largos cabellos grises...

Mientras tanto, yo le dije:

—Háblenos usted de sus amores célebres, don Pompeyo... Creo que ha sido usted un Tenorio.

—No; he sido poco enamoradizo... ¡Sólo una mujer me supo coger por el corazón!... Una artista prodigiosa...

—¿Cómo se llamaba?...

—Permítame usted que no profane su nombre con mis labios caducos.

Respetamos esta sublime delicadeza. Además, sabíamos qué dama era.

El prosiguió con ese afán que ponen los enamorados en desmenuzar los recuerdos de su amor.

—Me la presentaron una noche en su *camerino* del teatro. Teníamos aproximadamente la misma edad: veinticinco años. Yo puse en su descote la camelia blanca que llevaba en el ojal de mi frac; un majadero de los allí presentes rió esta delicadeza mía; yo, por toda contestación a su ofensa, le dí mi tarjeta; aquella noche nos batíamos; mi adversario quedó prendido en la punta de mi espada. No volví más por el *camerino* de la artista... Pero en la vida todo está escrito. Un día, en un *club* del cual formaba yo parte, se recibió una solicitud de la maravillosa trágica para que la admitiéramos como *socio;* ella proponía figurar en el *club* como *monsieur Tal*, en vez de como *madame*... Accedimos honradísimos, y allí se entabló nuestro conocimiento y, más tarde, nuestro idilio... Muchos años de amor... Ya me da vergüenza recordarlo...

A nosotros nos encantaba todo este relato de la vida sentimental del viejo maestro... Le hicimos una última pregunta:

—¿Cuál ha sido el día más amargo que ha tenido usted en su vida?

—El día en que le cortaron la pierna a Sarah

Bernhardt—dijo un poco conmovido, y se quedó pensativo.

—¿A qué horas escribe usted?

De noche; no puedo trabajar de día... Soy un noctámbulo incorregible... Amo la noche, porque durante ella me pasaron las cosas más felices de mi vida...

PETIT-SOU

¿No la habéis visto por el Prado, por las Rondas, por las Delicias?... Es una mujercita en embrión, de catorce a quince años, sucia, renegrida, astrosa. En el desconcierto de sus facciones gitanas, roídas por el sol, curtidas por el aire, surcadas ya por el tormento de un vivir errante que la dejó una huella trágica, brillan intensamente sus ojos negros y melancólicos, de mirar pícaro y acariciador. Extendiendo su mano indolente, os dirá si la halláis al paso.

—*Monsieur: par votre santé!*

Y sonará su voz en vuestro oído como una música bárbara. Se despega la prosodia melosa de los franceses de ese tipo gitano, abigarrado, de todos los países, porque no es de ninguno.

—*Par votre santé, monsieur; donnez moi un*

petit sou—me dijo, hace pocas noches, la gitanilla.

En su carita pequeña se retrataba un dolor muy grande. Se echaba de menos la granujería de nuestras gitanas callejeras, que os piden pan brindándoos un guiño picaresco. La voz de la gitana francesa, tan apagada, tan tremolante, no os recuerda la voz bizarra de las *cañís* del barrio de Moratines; de esas chavalillas también sucias y greñosas, que os hablan del hambre como de una noticia feliz.

—¡Está bien!—le contesté a la muchacha—. Te socorreré; pero dime:

Me escuchaba sin perder un movimiento de mis labios. Yo proseguí:

—¿No sabes hablar español?...

—*Non*—deploró.

—Pues, ¿cómo me has entendido?...

—*¡Oh! Je comprends bien, monsieur; mais je ne parle pas... ¿Parlez vous chipicalli?...*

¡Chipicalli!... ¿Quién habla *eso?* La lengua universal de los gitanos es algo cabalístico y arbitrario, superior a toda curiosidad filológica. ¿Quién habla *chipicalli?* ¿Hay gramáticas y diccionarios dignos de crédito? ¿Hay intérpretes?... Yo no lo sé... Tal vez mi amigo el poeta López de Saa, que es hombre enterado de estas cosas, lo sepa.

—Hablaremos en francés, si te place—propuse a la gitanilla.

—*C'est charmant...*

Adivinaba yo en los ojos de la *cañí* un deseo de confesar sus tribulaciones, sus andanzas dolorosas en un éxodo cruel. Danzó en mi peregrina fantasía la tentadora gitanilla de *Nuestra Señora de París*. Para aliviar sus desconfianzas, puse en sus manos unas monedas; y desde aquel instante fuimos amigos.

-Vamos a ver, dime: ¿De dónde eres, dónde vas, qué haces?...

—¡Ay, señor! -respondióme con triste acento—. ¿De dónde soy?... De mi tribu. Mi tribu es de todas partes. Yo nací en un camino de la Alsacia y me abrieron los ojos en la frontera. Lloré en Francia por primera vez. Seguimos caminando. Luego he vuelto a llorar muchas veces en París, en Orleans, en Tolosa, en Marsella, en Burdeos... Para llorar, cualquier país es bueno, ¿verdad?...

—Y para reír...

—Lo mismo, señor. Pero yo no quiero acordarme de dónde se reiría mejor, porque al verme tan lejos, lloraría más.

—España, entonces, no es el país de la risa.

—¿Qué importa el país?... Son las circuns-

tancias. La risa y el lloro salen de nosotros mismos, ¿verdad?...

Esta pregunta, opuesta al final de sus razonamientos, me ha descubierto el alma de la pequeñuela, su alma gitana. El gitano confía en sí tanto como en Dios. Ni reconoce razón superior a la suya, ni admite rivales en valor, ni cabe en su sospecha el menor fracaso de la raza.

«¿Verdad?...», dice siempre, como podía decir: «Esto es el Evangelio, no hagas la tontería de desmentirlo.»

—¡Verdad!—tengo que responderle con los ojos.

Y ella sigue, plañidera:

—España es hermosa para el que no tiene hambre, como yo la tengo. En Francia no tenía hambre; me parecía el país magnífico sobre todos. Mire, señor: en Alsacia, donde yo nací y he vivido otras veces, los pobres son franceses, y los ricos, alemanes.

—¿Y vosotros?—inquirí.

—Allí, y en todas partes, gitanos.

¡Admirable el tesón de estos patriotas sin patria!...

—¿Cómo te llamas, chiquilla?

—Asunción; en Francia me llaman *Petit-sou*.

—¿Por qué has venido a España?...

—¿Y dónde íbamos a ir?...—me respondió, algo mohina y enojada, porque mi pregunta le pareció un reproche.

—Tiene razón el señor. ¿Por qué he venido a España? ¡Apenas podemos tenernos en pie!... No nos entiende casi nadie.

—Y ¿te socorren poco?...

—Algunos señores; muy pocos. Y es que nosotros no sabemos pedir: cambiamos. En Francia decíamos la buenaventura, adivinanzas y cuentos... Yo lo adivino todo. ¿Quiere usted?...

—No, hija mía—la interrumpí, riendo—. Yo adivino como tú y sé mi destino.

—Aquí no podemos. No nos entienden. Mi madre y yo sacábamos en Francia cinco o seis francos. Aquí, cinco o seis *sous*. Mi hermano y su mujer nos ayudaban.

—¿Dónde está tu hermano?...

Calló la chicuela.

—Dime, ¿dónde está?—insistí.

Petit-sou volvió la cabeza, mirando a derecha e izquierda con temor, y dijo así, balbuciendo:

—Se ha ido a las minas, ¡a trabajar! Ya ve usted qué ¡vergüenza!... ¿Verdad?...

Ingenuamente se sonrojaba, desalentada, *Petit-sou*.

—¿Hace mucho tiempo que vinisteis?

—Seis días, señor. Nos ha echado la guerra.

—¿Por qué?... ¿No hay dinero ya en la noble Francia?...

—¡Oh, ya lo creo!... Mucho dinero. Ahora, para nosotros, más. El día que salimos de Perpignan, ganamos doce francos. Yo le dije la suerte a muchos soldados. Me pagaron bien.

—Y ¿cuál fué su suerte?...

—Todos volverán...

—¿Porque les diste la bendición?...

—Porque si les anuncio la muerte, no me pagan. ¡Pobres!... ¡Cuántos, alentados por las predicaciones de *Petit-sou*, habrán entrado en combate con el fanatismo que da la seguridad de salir ilesos en la fiera lucha! Muchos, al caer atravesados por el plomo enemigo, se habrán acordado de mi engaño. ¡Qué horror!...

Petit-sou se llevó las manos a los ojos, como torturada por una trágica visión. Yo la consolé.

—Y qué le has de hacer, si esa es tu vida, *Petit-sou*: engañar. Y no te creas, vivir engañado es placentero.

Sonrió la gitanilla por primera vez, con un mohín gallofero.

—Pero, vamos, explícame: ¿Por qué os echa la guerra?...

—Por ser gitanos, señor. Los franceses son amigos de todo el mundo; pero cuando no están en paz, no se fían de nadie. A nosotros nos dieron billetes para Port-Bou y nos metieron en el tren a la fuerza. Yo pregunté a un gendarme por qué no nos dejaban allí. Quería quedarme en Francia. El gendarme nos registró la ropa y no contestó. Decían las gentes que estaríamos comprados. Ya ve, señor, ¡qué mala voluntad!...

—¿Tú no te hubieras vendido a Alemania?

—¿Yo?... Yo soy de mi tribu.

—Pero podías vivir con tu familia de noticiero de los germanos.

—¡Ah! Eso no es venderme. A mi hermano quiso un señor pagarle mucho para que se metiera en un cuartel y copiara en el patio unos papeles. Mi hermano dijo que sí; pero no pudo hacerlo, porque no sabe escribir, y aquel señor no quería que le ayudara nadie.

—Es natural. Pero, ¿a vosotros os daban paso a los cuarteles?...

—A mi hermano, sí; porque sabe curar los males y lo llamaban los soldados.

—¿Has dejado familia en Francia?

—No, señor. Pero...

Se entristeció *Petit-sou* con una añoranza. En sus ojos apasionados estuvo a punto de saltar el llanto.

—Allí se ha quedado mi canario. No me dejaron tomar nada. ¡Pobrecillo! ¡Con lo que cantaba al verme!

Y suspiró la gitanilla con la pesadumbre que se recuerda un amor perdido.

—¿Quieres contarme tu viaje?...

—¡Bah! Un viaje muy duro. En Port Bou compramos los billetes hasta Barcelona. Allí anduvimos tres días, rodando por las calles y el puerto. No nos socorrían. Dos veces nos encerraron en un barracón. Queríamos ir a Granada, pero nos faltaba dinero. Tomamos billete para... para... No sé. En ese pueblo nos apeamos, y en dos días hemos llegado aquí, por la carretera. Mi hermano y su mujer se marcharon. Habían vendido un burro y pudieron llegar a las minas.

—Pero, ¿traíais un burro?...

—Sí, desde ese pueblo que no sé cómo se llama... Se lo encontró mi hermano en el camino.

A los labios exangües de *Petit-sou* volvió a asomar una pícara sonrisa.

—Y ahora, ¿cuál es tu aspiración?...

—Que me devuelvan mi canario, mi *Pirulín*. Después, ir a Granada. Allí tengo familia. ¿Cuesta mucho ir a Granada?...

La respuesta hubiera sido un trallazo para

la esperanza de *Petit-sou*. Todo cuesta mucho cuando no se tiene dinero.

—Yo te traeré mañana los billetes. ¿Estarás por aquí?...

—Sí, sí—gritó más que repuso la alegría de la rapaza—. Señor, ¡qué gran país es España! ¿Cómo diría yo para que comprendan cuando pido? Si me comprenden, me darán dinero, ¿verdad?...

A mi memoria acudieron en tropel las frases típicas de nuestros hampones: «Deme usted un centimito para ayuda de un panecillo.» «Caballero: una limosnita, que Dios se lo pagará.» «Almas piadosas, almas caritativas: ¡acordaos de este pobre ciego!» Al fin encontré la más clásica, breve, expresiva, con un poquito de poesía y de fe.

Petit-sou la repitió conmigo, sin vencer por completo los escollos de la pronunciación.

Y continué mi camino. La gitanilla grácil me siguió con sus ojos febriles, acaso enviándome con el espíritu un beso de gratitud, quizá repasando en su mente los gorjeos de *Pirulín*. Por su lado pasó un nuevo paseante, y el aire me trajo un eco de la vocecilla plañidera:

«¡Una limosna, *pog el amog* de *Dió!*...»

EL CONDE DE GÜELL

Aquella tarde, Manén, Casas y yo fuimos al *Turó Park*. Era domingo. Un domingo ardiente y luminoso. En el gran recreo, superior, desde luego, al *Luna Park*, de París, había unas doce mil personas, dispersadas en grandes grupos por los distintos y variados entretenimientos. Allí se mezclaba, sin gazmoñería, el gran público de las carreras de caballos con el del Paralelo. Era pintoresco el espectáculo. Vimos bailar, con una unción casi sagrada, la sardana. Después nos acercamos al globo, que se revolvía y se agitaba ya bajo las melenas de humo. Agrupada en derredor esperaba la gente el momento emocionante de la partida. De súbito sonó una corneta, y el globo, como si en sus entrañas de humo hubiese sentido la orden, comenzó a elevarse lenta y majestuosamente, con contoneo de prócer... Colgaban del aeros-

tato unas anillas, y de las anillas un hombre, prisionero el cuerpo en unas viejas mallas color rosa. Este pobre suicida, empujado seguramente por el hambre hasta tan bárbaro e infructuoso alarde de valor, al estar a cien metros sobre nosotros principió a hacer planchas, flexiones y piruetas, como si debajo esperase su caída el más mullido colchón. Parecía un pelele o un guiñapo movido por el aire. La gente aplaudía la serenidad del, seguramente, desesperado. Y, mientras, seguía elevándose, elevándose, hasta que se perdió en el blanco laberinto de una nube...

—¿Cuánto ganará este bárbaro por hacer esto?...—preguntamos allí.

—Pchs...—nos informaron—. Seguramente, unos cinco duros.

Sentimos una angustia suprema. Por cinco duros exponer un hombre robusto, musculoso, lleno de salud, su vida. ¡Es horrible!... Daban ganas de llorar. Después de visitar todos los recreos, abandonamos el parque. Era temprano. Me reuní con Campúa y nos dirigimos a casa del Conde de Güell... Venir a Barcelona y no visitar a este ilustre hidalgo lleno de oro, de entendimiento y de corazón, es algo absurdo. De público dominguero, que paseaba reposadamente, estaban llenas las amplias y pin-

torescas Ramblas... Llegamos a la calle del Conde del Asalto, a un magnífico palacio cuyo aspecto monumental tiene la suntuosa y serena apariencia de un convento. Un portero galoneado salió a nuestro encuentro.

—¿El señor Conde de Güell?—le preguntamos.

—No sé si está—repuso.

Le entregamos nuestras tarjetas. A poco volvió, más risueño y afectuoso, franqueándonos las puertas de la amplísima y alfombrada escalera. Nosotros nos encontramos un poco amilanados en medio de la grandeza espléndida de aquella riquísima mansión. Pasamos a una sala-despacho castellano del piso principal... El Conde, vestido de negro, con la altivez de un príncipe, nos esperaba...

—Señores—exclamó, tendiéndonos su mano cariñosamente.

—Perdone, señor Conde, esta inesperada visita; pero no queríamos marcharnos de Barcelona sin visitar a usted—le expusimos.

—Agradezco mucho esta gentil atención; y lo que quisiera es ser joven para poder corresponder a ella acompañando a ustedes a visitar todo lo interesante que aquí tenemos...

En seguida el Conde tuvo unas lisonjas llenas de amabilidad para nuestra labor... *La Esfera*

era uno de sus periódicos predilectos, y, claro, había convivido espiritualmente muchos ratos con nosotros.

El Conde de Güell es un anciano lleno de augusta majestad. Alto, arrogante. Por sus largas barbas blancas, su nívea corona rizada de franciscano y la placidez de su rostro, parece un profeta o un apóstol... Tal vez nos haya recordado a San Pablo, tal y como le hallamos en los Evangelios; cuando se cala su ancho chambergo negro, entonces es un poeta napolitano.

—Estoy muy viejo—nos ha dicho—, muy incapaz; el reuma ha matado todas mis actividades, y resulta una insoportable camisa de fuerza que no me deja vivir... Desde que me dió el último ataque, me paso la vida en el parque. ¿Conocen ustedes el parque de Güell?...

—Sí, señor, magnífico. ¿Todo él ha sido obra de usted?...

—En efecto... En mi deseo de adecentar y urbanizar aquella parte de Barcelona, compré una extensa cantidad de tierra hace diez años, y he hecho ese parque, que creo beneficia a la ciudad.

—Ya lo creo. ¡Se habrá usted gastado en esa obra un dineral!...

—¡Oh, sí!... Todo lo que ha hecho falta... Muchos millones de pesetas. Pero, ¿en qué mejor?...

—¿Qué me dice usted de la guerra?...

—Amigo mío, ruégole que me releve de contestar esa pregunta; soy muy viejo y temo no acertar en la respuesta... En lo que tal vez estemos todos de acuerdo es en considerarla una perdición y en desear que se termine lo antes posible, porque no sé adónde vamos a parar...

—¿Usted no tiene afición a la política?...

—¡Oh, no! Me gusta más la vida de negocios. Claro que por eso no dejo de prestar mi apoyo a todo lo que yo entienda que beneficia a Barcelona. Mis hijos tampoco tienen gran afición a la política... Uno lo tengo allá, en la colonia, dirigiendo todo aquello, que, como usted sabe, es un pueblo que de mis trabajadores y sus familias he formado yo... Por cierto que le voy a contar a usted un caso interesante que ha ocurrido allí. Hace algún tiempo un obrero se cayó a una caldera llena de tinte hirviendo. Lo sacamos con vida, pero las piernas se le habían achicharrado... Un solo remedio encontraba el médico para arrancarlo de las garras de la muerte: injertarle piel humana; pero esto era muy difícil, porque se necesitaba para cubrirle

las llagas una cantidad enorme... ¿Cómo llevar a cabo esto?... Al saber mis hijos la solución, ofrecieron los tres su piel para salvar al moribundo; el sacerdote de la casa también siguió el ejemplo; pero, sin embargo, no había bastante. Enterados de esto los obreros de la fábrica, se sumaron casi todos al ofrecimiento de mis hijos, y con la piel de diez, entre los que estaban mis hijos, salvamos a ese pobre obrero, que ya, gracias a sus compañeros, está tan bueno y tan sano. ¿Eh?... ¡Bonito caso de amor al prójimo!

Y al viejo prócer, lleno de hombría y de noble altivez, le brillaban los ojos, velados por lágrimas, al contar con orgullo esta noble hazaña de los suyos. Después nos fué enseñando bondadosamente las maravillas de su palacio. Un poco triste. Parece un monasterio...

* * *

Adiós, Barcelona... Volveré pronto a aumentar la colección de mis visitas con tus hijos gloriosos que no he podido ver ahora; pero, mientras tanto, quiero ahogar una leyenda...

Quiero decir, para que todo el mundo se en-

tere, que los castellanos somos tratados en Barcelona como hermanos...

Y que el encanto de los días que he pasado entre catalanes no se desvanecerá jamás de mi espíritu.

¡Viva Barcelona!...

LA ARTISTA DE LA MACARENA

—Ande usted, Amalia; cante unas coplitas.

—Con mucho gusto, hombre; no fartaba ma...

Y volviéndose al joven maestro Font, que con su aspecto de estudiante de ciencias conversaba con Luis Gabaldón, le dijo graciosamente, poniéndose las manos en la cintura:

—Vamo, maestro. ¿Quiere usté tocá una cosilla?

—Una saeta, Amalia—pidió Gabaldón.

—Vengan saetas, maestro—replicó amable la artista—. Si cantando saetas me echo a llorá, no hagan ustés caso. Pero yo no puedo cantarle al Cristo del Gran Podé sin que se me salten las lágrimas...

El maestro Font ya se había sentado junto al piano y con sus manos ágiles nos recordaba

magistralmente la procesión sevillana. El redoble lento de los tambores; las notas plañideras de los clarines; el paso de las cofradías. Era todo un eco de la fiesta religiosa.

—Esta que voy a cantá—nos explicó Amalia—es la copla que toitos los años, sin fartá uno, le canto al Zeñó del Gran Podé en cuantito que sale... Ya hase muchos años que esta saeta mía es la primera que oye el probetico Jezú...

Hubo una pausa breve; todos los ojos estaban pendientes de la artista menuda, gentil y esbelta. Al fin, su voz dulce, llena de sentimiento y de armonía, cantó esta saeta:

¿Dónde va, hermoso clavé?
¿Dónde va tú, buen Jezu,
que tan cargado te ve
con esa pesada Cru
siendo tú el Gran Podé?

¿Qué secreto tenía la voz de la artista que a todos nos había conmovido?... Aplaudimos. Ella volvió a explicarnos con su lengua andalucísima.

—Ahora, la que siempre le canto a la Virgen de la Esperansa de mi barrio... Escuchen ustés:

Mirarla por donde viene,
tan hermosa y tan serena,
la Virgen de la Esperansa,
honra de la Macarena.

Volvemos a aplaudir con entusiasmo. Ella exclamó:

—Es tan bonita y tan gitana la Virgen de la Esperansa, que yo, cuando estoy delante de ella y le canto saetas, me dan ganas de salirle por bulerías. En cambio, viendo el Gran Podé, casi no puedo cantarle porque rompo a llorá. También a la Esperansa de Triana le canto. A esa le digo yo.

Y Amalia volvió a entonarse:

Madre mía de la Esperansa,
no llores ni tengas penas,
que tu cara es más bonita
que la de la Macarena.

—Y si cuando canto esta saeta me toca algún macareno al lao, en seguida me grita: «¿Verdá, Amalia, que tú no sientes eso? ¿Verdá, chiquilla?» Y yo le contesto: «Pero, hombre, ¿no ve qué cara tan presiosa y tan triste trae la probe?... Hay que consolarla.»

—Entonces, ¿usted es macarena?—le pregunté.

—¡Vaya! Zí, zeñó. Allí mismito he nasío.

Y Amalia, para que habláramos con más comodidad, vino a mi lado... Los dos tomamos asiento en un sofá.

—¿Alguno de sus padres era artista?...

—No, zeñó; Mi madre era cigarrera y mi padre lampistero. Na ma que mi madre era mu populá en el barrio porque en toas las fiestas corraleras cantaba y bailaba... De ella aprendí los primeros aires flamencos.

—¿Tenía usted mucha afición?

Hizo un gesto con el cual hubiese querido abarcar todo el mundo...

—Calle usté. Una afisión loca. Como que no había una juerga en la Macarena en donde yo no me hallase bailando ma que un peón.

—¿La llevaba a usted su madre?

Los ojos, muy negros y muy grandes, ojos árabes, de la artista, se entristecieron, y murmuró amargamente:

—Quiá; si yo me quedé huérfana mu pequeñita y sin recursos ningunos... Me quedé con mi chacha Matilde, que es con quien vivo en la actualidad...

—¿Y qué edad tenía usted entonces?

—Unos siete años mal cumplíos.

—¿Y qué hizo usted?...

—Pue en vista de lo apañá que yo era pa too

lo flamenco, me fuí a la academia de Joselito Castillo, el bailarín famoso, y a él me encomendé y él me enseñó a bailá. Después se encargó de mi enseñansa Pericé.

—¿Y era usted muy traviesa?

—¡Digo!—exclamó riendo.

—¿Dónde trabajó usted ya como artista por primera vez?

—Allí, en Sevilla, dan unos bailes los Sábados de Gloria que las gentes les llaman «bailes de ingleses»... Estos bailes los da el maestro Otero en la calle Trajano. Este maestro Otero era un amigo de casa, y pa favoreserme me sacó en un baile de ingleses. Por lo que se ve, gusté mucho, y al poquito tiempo me contrataron en el Salón de Novedades de Sevilla, que es... ¡canela pura!..., el más clásico de España...

—¿Como estrella?...

—¡Vamos!... ¡Qué cosas tie usté!—murmuró asombrada—. Me contrataron pa formar parte de un cuadro de baile y con tre pesetas de sueldo... En esto llegó una cupletista de los madriles que ganaba veinte pesetas de sueldo por hasé cuatro pamemas, y entonces po me dije: «Po si por hasé eso en Madrí se gana veinte pesetas, yo me voy a Madrí.» Y dicho y hecho. Al viejesito Reyes, que era el maestro de

piano, le encargué que me instrumentase los tientos de *El género ínfimo* y unas soleares, y con lo poquillo que yo sabía bailá cogí el petate y ¡a Madrí!...

—¿Qué ropa traía usted?...

Rió mi ingenuidad...

—Venía casi desnuda. Por too lujo traía una falda rosa mu probesita, pero mu grasiosa.

—Pues ¿qué tenía?...

—Qué sé yo... Muchos volantes mu airosos... Además, traía un mantón blanco de Manila que, a seis reales diarios, había mercao en Sevilla. Primero, lo compré; luego, lo empeñé, y luego lo fuí sacando poco a poco. ¡Una combinasionsilla!

Amalia hace una pausa, y tras ella, con sentimiento, exclama:

—¡Mi probe mantón de mi arma!... ¡Cuánto lo quiero!... Pa mí es el rey de toos los mantones, porque con él sobre los hombros resibí los primeros aplausos... Porque él fué testigo en todos mis quebrantos.

—¿Le recordará a usted muchos buenos ratos?...

—Y la artista exclamó con lágrimas en los ojos:

—¡La ma de hambre me recuerda!... Pero yo

lo quiero con toa mi arma. Ya lo tengo jubilado sobre la chimenea de mi dormitorio y le paso su pensión...

—¿Cómo su pensión?...

—Una alcansía que tiene él suya y en la cual yo todos los días echo algún dinerillo... Cuando se llena la rompo y compro otro mantón, que le llamo «el mantón-hijo»...

—¿Cuántos hijos tiene ya?...

—Cinco... Pero ninguno es tan zeñó como el padre. En las grandes solemnidades y en mis beneficios lo saco pa que no se enfade.

Todo esto, dicho en un andaluz muy cerrado y muy pastoso, tenía una gracia enorme.

—Bueno—continuamos—; ¿y llegó usted a Madrid?...

—Zí, zeñó. Con una sola recomendasión...

—¿De quién y para quién?...

—Del Zeñó del Gran Podé—dijo Amalia muy seria—para el Cristo de San Ginés... ¡Una tontería!...

Reímos. Ella prosiguió:

—Llegué a Madrí el mismito día de San Isidro y fuí a pará al número quinse de la calle de la Aduana. ¿Qué casualidá, verdá?...

—En efecto.

—A la mañana siguiente de llegá salí de casa en busca del Salón de Actualidades, del cual me habían hablado... Sin sabé por dónde andaba, llegué a la Puerta del Sol y allí tomé un coche, con profundo dolor de mi corazón, pues no tenía más que siete pesetas pa toa mi vida... «A Actualidades», le dije... Dió el coche la vuelta y a los dos segundos paraba en la puerta del Salón de *variétés*... ¡Como que estaba allí mismito! «So malange, le dije al cochero, bien podía usté haberme dicho que estaba tan serca.» Yo iba con mi trensita colgando y Montesinos me dijo: «Oye, chequetilla, pa trabajá aquí lo primero que tienes que hasé es subirte eso...» Después me ofresió dié pesetas y me anunciaron con unas letras mu grandes. Y me salí al escenario con mis cosas flamencas, y en lugá de caerle malamente al público le caí mu bien. Y es que en España gusta mucho el cante grande.

—De todas las canciones de su repertorio, ¿cuáles son sus preferidas?

—A mí lo que má me gusta es la canción andalusa, cantá finamente.

—Dígame usted algunas de las letras de sus coplas predilectas.

—Tengo muchas. En soleares, las que má me gustan son estas:

Dijo a la lengua el suspiro:
Vete inventando palabras
que digan lo que yo digo.

—

No me llames por María,
llámame por Soleá,
porque de mare no nase
María tan desgrasiá.

Y Amalia, sin darse cuenta, sugestionada por las coplas, me las iba cantando en voz bajita.

—En petenera tengo una mu bonita. Escuche usté:

Es tanto lo que te quiero,
que a golpes el corasón
en la paré de mi pecho
el nombre tuyo grabó.

—

Dices que no la quieres
ni vas a verla.
Pero la veredita no cría hierba.

Era una delicia oír a esta chiquilla cantar flamenco. Nada más gitano, ni más artístico, ni

más sentido. Era Andalucía, Sevilla con sus claveles dobles y su aroma de jazmines.

—¿Cuál ha sido su maestro de canto flamenco?...

—¡Chacón!... Es el que más me gusta. Yo lloro oyendo cantá a Chacón. Juan Breva también se traía lo suyo. A mí el flamenco me gusta cantarlo al piano... ¡Qué sé yo!... A la guitarra me huele a aguardiente, y en orquesta, a *champagne*.

—¿Cuál es el recuerdo más agradable que guarda usted de su vida artística?

—Mi *début* en la Habana; no se me olvidará nunca. Al cantá esas granaínas de *Adió Granada, ¡Granada mía!*, el público se puso de pie loco de entusiasmo y creí que me comían. Josú qué locura... Toos aplaudiendo, la música tocando la Marcha Rea, gritos ensordecedores de ¡Viva España!... ¡Viva la madre patria!... ¡Viva Cuba española!... Y yo allí, en medio del escenario, llorando como una pasmá... ¡Qué día, Dios mío!

—¿Entonces ese es el día más feliz de su vida?

—No, zeñó. El má feliz fué la primera vez que me vi en la portada de *Nuevo Mundo*. ¡Creí que me daba argo! Le hice una fiesta al retrato y too. Zí, de verdá; empecé a tocarle las pal-

mas y a decirle ¡olé tu mare!... «¿Pero esta zoy yo?», gritaba loca de alegría. «Oye, chacha, fíiate, ¿zoy yo?...»

—¿Tiene usted ya mucho dinero?...

—Un poquillo... Lo suficiente pa haser un sanatorio en San Sebastián, adonde vayan a veranear los asilaos de Pastora Imperio... El otro día, cuando leí lo que desía a usté Pastora sobre hasé un asilo, se me ocurrió esta idea... Ahora, que el presupuesto mío es mayó, porque a mí no me regalan el solá, lo compro yo también. Los pobres van a está la mar de bien con nosotras...

Y Amalia decía esto entre risas burlonas.

—Qué malitas son ustedes—murmuré yo.

—Ca, no lo crea usté. Yo soy una artista que jamás he regañao con mis compañeras... La probe de *Fornarina* y yo nos llevábamos como hermanas... ¡Probesilla!

Y la artista tuvo que callar, porque la congoja del llanto no la dejaba seguir hablando... Y lloró un rato. Después exclamó:

—Nada, que no puedo hablar de Consuelo... En seguía me ahogo en llanto... Y a propósito, ¿qué podría yo hacer por su memoria?...

Se me ocurrió una idea un poco romántica.

—Podrían ustedes, todas las que fueron sus compañeras, dar una función de teatro en re-

cuerdo a ella y a beneficio del Asilo de las Lavanderas, y en los entreactos salir al público a pedir, y el producto del *guante* invertirlo en flores para rociar la sepultura de Consuelo... Los claveles rojos creo que eran su flor predilecta...

—Muy bien, muy bien...—exclamó Amalia llena de júbilo—. Pero ¿y teatro?

—¡Oh, eso es fácil!... Cadenas mismo cedería muy gustoso para esta fiesta su Reina Victoria. ¿No, Luisito Gabaldón?

EL MAESTRO SERRANO

Cuando llegamos a casa del maestro llueve furiosamente, y el viento zumba como en los mejores días del invierno. Los viandantes se guarecen en los portales, acógense al refugio de los tranvías, o, más valientes algunos, desafían las iras del agua corriendo calle arriba. Serrano vive frente al Hospicio. Pero ni en la vecina arboleda trinan los pájaros ni sobre los muros del viejo asilo provincial saltan las voces infantiles que otras veces han puesto un rayo de luz en esta calle de la Beneficencia. Sin embargo, es tarde de abril. El almanaque nos lo dice; pero el almanaque es un viejo burlón que desgrana sus enredos en una tertulia de bobalicones.

No conocemos a Serrano. *El Caballero Audaz* no ha sentido nunca la debilidad de escri-

bir zarzuelas. Es de los pocos españoles que no se han creído con derecho a hilvanar unas cuantas escenas, confiando a la música, al pintor y al sastre la esperanza de una recaudación fabulosa. Quiere hablar al maestro como un amigo desinteresado, y espera recoger sus palabras para ofrecérselas al numeroso público de *La Esfera*.

Nos recibe un chiquillo gentil y desenvuelto. Es Lohengrin, el mayor de los hijos de Serrano.

—Papá sale en seguida—nos dice.

Y quedamos esperando en el salón de música.

Esta artística habitación es un tributo del maestro a su noble profesión. Cubren las paredes unos portieres airosos, bordados con pentagramas y trozos de *La reina mora*, de *La mazorca roja*. Los estores del balcón destacan las notas del brioso pasodoble de *El motete*. La mesa es un piano vertical, sobre cuyos tableros todos los *bibelots* recuerdan algún instrumento musical. Las butacas parecen auténticos timbales; los taburetes son tamboriles; el reloj, un pandero húngaro; las librerías, dos enormes panderetas con grandes sonajas; en los respaldos de todas las sillas un artífice hábil talló una pauta y una clave de sol. Pende del techo

una gran lámpara, cuyos brazos son trompas, cuyos globos son redoblantes, con un timbal en el centro. Las escupideras, las papeleras, los ceniceros, simulan tambores de cuerdas, violines... Junto a uno de los balcones, un piano de cola soberbio y un autopianista. Y, temiendo el engaño, hemos alzado la tapa en busca de sorpresas... Pero, no. El piano y la pianola son verdaderos.

Pepe Serrano acoge nuestra visita con amables saludos. Es nervioso, fino, casi alto. Su rostro, pálido y anguloso, es simpático. Los cabellos, largos, sin afectación, sin melenas; el bigote, erguido, y los ojos, pequeños, vivos, enérgicos, le dan un gesto de capitán de Flandes. Habla sencillamente, con abundancia de palabras, pero sin tonos de presunción.

—Usted es de Valencia, ¿verdad, maestro? —empezamos preguntándole, entre sorbo y sorbo de café.

—De la provincia. Nací en Sueca el 14 de octubre del 73, día de San Calixto. ¡Mire usted que llamarme José Calixto!...

Reímos. Él prosiguió:

—Mi padre dirigía la banda municipal de Sueca, y con él estudié mis primeros años de solfeo. Mi aspiración era eclipsar la fama de Sarasate como concertista de violín. A los sie-

te años tocaba este instrumento muy bien, según decían. Poco después mi padre, no estando seguro de mi entusiasmo musical, me puso de mancebo en una botica. Según he sabido después, quería contrastar mi vocación, y todo su empeño estaba en alejarme de la música... ¡Empeño inútil!... Yo, en la rebotica, entre limonadas y píldoras, intercalaba unas notas de violín. ¡Qué horror le tomé a la farmacia!... Aun me duran mis rencores para las medicinas... No he tomado jamás ninguna, pues de aquella botica saqué el convencimiento de que todas las drogas no sirven más que para una cosa: ¡para enfermar al más sano! Bueno; pues convencido mi padre de que yo no quería ser más que músico, me matriculó en el Conservatorio de Valencia, y allí estudié el solfeo, la armonía y la composición con don Salvador Giner.

—¿Y el piano?...

—Mi padre quiso que lo aprendiera. Cuando fué a Valencia para oírme en el examen, tuve que confesarle que había vendido los libros al conserje del Conservatorio. Algunas veces me ha pesado; pero mi instrumento favorito era y es todavía el violín.

—¿Qué hizo usted en Madrid antes de ser conocido?—preguntamos con interés.

Serrano hace un gesto de horror; después exclama:

—¡No me lo recuerde usted, *Caballero Audaz!* Si hoy me volvieran a Sueca, y, a condición de pasar lo pasado, me ofrecieran la gloria de Wagner, yo le aseguro a usted que renunciaba a ella y me quedaba en mi pueblo. Verá usted qué prólogo. En el verano mi padre me dejaba encargado de la banda. Un año, en esta época, fué de visita al pueblo don Simón Vila Vendrell, amigo y paisano nuestro y persona de algún relieve entonces en la vida política. A la sazón era nuestro visitante director general de Hacienda en el Ministerio de Ultramar, y, claro, tanto por su prestigio político como por la amistad que tenía con mi padre, yo acudí con mis huestes a obsequiarle con una serenata. Satisfecho nuestro huésped de mi atención, después de interesarse por mis aficiones, me encareció la necesidad de presentarme en Madrid para conseguirme una pensión de gracia en el Conservatorio. ¿Para qué quise yo más?... Con más alegría que unas castañuelas, tomé el tren y ¡a Madrid!... Al llegar aquí, lo primero que hice fué visitar al que iba a ser mi protector... Sí, sí... Cuando, después de mil paseos, conseguí verlo, me dijo con indiferencia que él no conocía a los señores del Tribunal... ¡Excu-

so decirle a usted!... ¿Qué hacía yo en Madrid, donde no conocía a nadie?... Lloré de dolor por mi fracaso. Alguien que conocía mi situación consiguió que don Emilio Serrano, presidente del Tribunal, conociera mis trabajos, y Serrano me ofreció apoyo. Efectivamente: logré una pensión de las mejores: tres mil reales. Pero ahora verá usted. A los dos meses, don Alberto Bosch pidió en el Congreso que estas ridículas pensiones fueran sustituídas por otras de cinco, seis y ocho mil reales... Lo autorizaron..., y empezó por suprimir las de dos y tres mil reales, y... ¡hasta hoy! Las otras no se han creado todavía.

—¡Estupendo!—comentamos.

—Yo, decidido a trabajar en Madrid, contestando a los consejos que me daba mi padre de tornar al pueblo, le escribí mi promesa de no verle mientras no tuviera en mi bolsillo cinco billetes de mil pesetas... Y así fué... A los cinco años de estar aquí conseguí mi empeño.

—¿Cómo se valió usted para que los Quintero le confiaran la música de *El motete?*...

—No puedo contárselo, amigo *Audaz*. Sí debo decirle que los Quintero, aun mejores que como autores, son como caballeros. A mí se me había hecho una infamia en el teatro de la Zarzuela, y Serafín y Joaquín, indigna-

dos, se propusieron reparar agravios de los demás...

Callamos un instante. Yo rompí el silencio.

—¿Cuáles han sido las obras de más dinero entre las de su repertorio?...

—Es cuestión de edad. *La mazorca roja* me lleva dados, hasta ahora, unos doce mil duros. Cuando *Alma de Dios* y *La mala sombra*, por ejemplo, tengan los mismos años que hoy cuenta *La mazorca* es probable que lleguen a más.

—¿Y cuáles son las predilectas de usted?...

Serrano sonríe, un poco escéptico.

—Probablemente, las que menos me han aplaudido.

Y luego añade vivamente:

—Menos en Valencia.

—¿Cuántas tiene usted estrenadas?

—Treinta y ocho.

—¿Ha terminado usted ya *La venta de los gatos?*

—Sólo me falta instrumentarla. Es una ópera andaluza desde la primera nota hasta la última. Consta de dos actos largos. El libro, ya lo sabe usted, está inspirado en Bécquer.

—¿Dónde se estrenará?...

—No lo sé. Es seguro que un teatro exclusivamente español, como la Zarzuela. Pero su estructura es tal, que lo mismo puede ejecutar

se en el Real que en un teatro de provincias, por modesto que sea.

—Hemos oído decir que va usted a la Argentina—insinuamos.

—En efecto: con los hermanos Velasco. Son dos amigos de toda la vida; solamente con ellos me hubiera aventurado a pasar el Atlántico. Me han dicho algunas personas que en Buenos Aires sólo gustan los tangos y las matchichas. Yo no puedo creerlo, y voy a ver si es verdad. Me propongo dar unos conciertos de música española.

—Nuestros compositores no han cultivado mucho las piezas de concierto—observamos.

—No importa. Con la *Fantasía morisca* y *Los gnomos de la Alhambra,* de Chapí; con las *Escenas andaluzas*, de Bretón; con los *Cantos asturianos*, de Villa; con los *Leoneses*, de Villar; con algo de Granados, Giner y Larregla... se puede dar una idea de música española sin tangos y sin matchichas. ¿No cree usted?...

Asentimos. Y...

—¿Estrenará usted algo suyo?...

—Llevo cuatro zarzuelas terminadas y dos o tres medio escritas. Estrenaré, en primer término, *El rey del corral*, de López Marín, y una zarzuela de Guillermo Fernández Shaw y Fe-

derico Romero, dos noveles autores, y después, otras de Sinesio, Moyrón y varios más. Antes de embarcar daré en la Zarzuela *El rey de la banca* y en Apolo *El amigo Melquiades*, de Arniches.

No queríamos salir de la casa de Serrano sin hacerle una grave pregunta, grave porque apelamos a su sinceridad. Nos decidimos.

—¿Qué opina usted, maestro, de la música y de los músicos españoles?...

—De la música, que es la más hermosa del mundo. Los cantos populares encierran tesoros de poesía que aun no se han explotado. Saint-Saens se admiraba de que en un recinto pequeño, como es el de España, pudiera haber tan diversos matices y tan varias fuentes de inspiración musical. Desde el zort-zico vasco a la alborada gallega, de la sardana a la jota, hay pocos kilómetros; vea usted, sin embargo, cómo se diferencian. Andalucía tiene, a mi juicio, la mayor riqueza de cantos más diversos: *soleares*, seguidillas y malagueñas son andaluzas. ¿Puede darse nada más distinto?... Nuestros compositores, en general, están mal orientados. Los hay de mucho talento, como Conrado del Campo, Rogelio Villar y Vicente Arregui; pero se han afiliado a la escuela de Debussy, Dukas y Vicent d'Indy, en vez de re-

coger en nuestros cantos la base de sus composiciones, en vez de estudiar a Chapí, nuestro gran músico. La escuela francesa no se preocupa más que de la técnica... Es decir, no alardea más que de técnica, haciendo gala de su desprecio por la melodía. En realidad, esto no es más que una postura de conveniencia; cuando se les ocurre una melodía, la toman con tal cariño que la agotan en fuerza de repetirla en todos los tonos y con todas las distribuciones. Tal ocurre con *El aprendiz de brujo*, de Dukas. ¿Qué duda cabe de que sin técnica no puede haber música en los tiempos actuales?... Pero la técnica debe ser, a mi juicio, el arte de armonizar la melodía, no el artificio con que se disimula la ausencia de línea melódica. De Massenet, de Saint-Saens acá, ¿qué ópera ni qué opereta ha salido de Francia? ¿Cuál se representa en Francia siquiera?... Ninguna; porque ningún músico francés de la moderna escuela tiene personalidad: todos son iguales. ¿No es una pena que nuestros músicos se orienten hacia esa escuela fría, incolora, inexpresiva, y desprecien la verdadera música española?

Hemos oído a Serrano con verdadero gusto, con entusiasmo. Nos interrumpe un tropel de chicos que, produciendo gran alboroto, entra en la habitación... Con inocente curiosidad nos

fiscalizan, y un poco amilanados por nuestra presencia, se acogen alrededor del maestro. Uno se le sube por las piernas, otro se le agarra al cuello, otro le coge las orejas; el más pequeño llora en brazos de la niñera, envidioso del correteo de los demás.

—Ha llegado del colegio mi *gente menuda* —nos dice el maestro.

—¿Y cuántos son? Porque como se mueven tanto, no puedo contarlos.

—Ocho...

—¡Ocho! —comentamos nosotros, compasivos.

—Sí, señor; y a mí me parecen pocos. ¡Quisiera tener tantos hijos como obras teatrales!... ¡Qué caramba!...

Nos dice Serrano esto con tal convencimiento, con tal sinceridad, que empezamos a envidiar la dicha del que tiene doce retoñitos. Aun le buscamos el lado malo en la noble profesión del maestro, preguntándole:

—¿Y le dejan a usted trabajar?...

—Sí, señor. Yo hago música de madrugada; desde la media noche en adelante. Ellos, como están acostumbrados desde que nacen a oír el piano de noche, no se despiertan jamás...

—Y los vecinos, ¿no se quejan?

—No, señor; al contrario; en uno de los pisos

vive un médico que cuando estoy algún día sin tocar me lo reprocha.

—Lo acusan a usted de trabajar poco.

—Trabajo bastante; lo que hago es no aprovechar más que lo que me satisface plenamente, y no escribir música más que cuando estoy inspirado.

Y no hablamos más.

Nosotros habíamos sentido, oyendo algunas de las partituras de este joven maestro, el orgullo de ser españoles, de haber nacido en un país donde el alma fuerte de la raza vibra en canciones de pujanza varonil o de queja honda, sentida, del corazón.

Y en esta tarde, abrileña por su nombre, inverniza por su cariz, hablando de España con el autor de *La reina mora*, hemos sentido llegar a nuestro espíritu un rayo de sol.

La música también hace patria, tanto como la pintura y las letras.

EL CABALLERO DEL SOMBRERO DE PAJA

Abriéndose paso entre la numerosa multitud que le rodeaba, el inquietante hombre del sombrero de paja llegó resueltamente hasta la mesa que nosotros ocupábamos en la terraza de Fornos.

Mi bella amiga, rubia como un ramo de espigas y blanca como un nardo, se estremeció de miedo ante la expresión del desconocido. Yo la tranquilicé... Era un artista algo extravagante, pero un artista...

—Entérense ustedes de las últimas atrocidades que hacen mis enemigos para hundirme —nos dijo el caballero del sombrero de paja, al mismo tiempo que, con gesto digno y solemne, ponía en nuestras manos un impreso.

Y permanecía en pie delante de nosotros... En la noche verbenera, plácida y cuajada de estrellas, el artista parecía un sonámbulo...

Todos le conocerís.

No es un tipo vulgar. Su figura seca y casi trágica pasea constantemente por los sitios más céntricos de Madrid. Su rostro color ocre, sus cabellos erizados, su boca flácida, contraída siempre por una mueca de desdén, despierta interés. Sus ojos, pequeños y oscuros, imponen un poco, no se sabe si por la demasiada quietud o por la excesiva expresión... Viste un traje gris, menos terroso que su macilenta piel... Camina siempre con altivez de príncipe y lentitud de errante... En la mano derecha esgrimía, con el mismo orgullo que esgrime un rey su cetro, un viejísimo sombrero de paja que el tiempo había cubierto con una pátina bronceada....

—¿No me conoce usted?—me preguntó secamente, con su voz nasal y metálica.

—Sí, señor—afirmé.

—¿Quién soy?—inquirió.

—Riego, el popular pintor del sombrero de paja.

Al oír esto, su rostro se llenó de satisfacción. Yo proseguí.

—Pero vamos a ver; siéntese usted al lado de esta señorita y charlemos un rato...

Acogió mi invitación con algo de extrañeza; pero obedeció...

Un guardia tuvo que resguardarnos de los curiosos que nos rodeaban.

—Díganos usted, Riego, ¿cuántos años hace que lleva usted ese sombrero de paja?...

—Sin separarme de él, ni de día ni de noche, ni en invierno ni en verano... ¡doce años! Doce años que en mi compañía lleva arrostrando la horrible persecución de que vengo siendo víctima.

—¿Persecución?—repuse extrañado—. ¿Quién le persigue a usted?...

—Mis inquisidores. ¿Quiénes han de ser?... Los envidiosos de mi arte y mis adversarios políticos, cuyos dos bandos han formado un bloque que no tiene otra misión que hundirme... ¡Ah!... Pero se equivocan... Yo me defiendo, y al cabo del tiempo romperé ese bloque ¡o pereceremos todos!...

Los ojos del extraño personaje se animaron con fosforescencias felinas...

—¿Conque doce años justos hace que lleva usted ese sombrero?... ¿Y cómo lo ha podido usted conservar tanto tiempo?...

—Porque, mire usted—repuso enseñándomelo—, siempre lo estoy componiendo con taruguitos de madera y parches de chapa.

En efecto: el sombrero era una obra de arte. Sujeto con lañas.

—Y... ¿por qué motivo adoptó usted la resolución de ir siempre con ese sombrero?

—Mire usted: mis enemigos me perseguían, como me persiguen desde que tengo uso de razón. Yo estaba solo en el mundo y aterrado de que me hicieran desaparecer... «Es necesario darme a conocer al público, para que la gente sepa lo que como pintor valgo y me defienda», pensaba. Entonces, un verano que no pude comprarme otro sombrero, retuve el de paja hasta bien entrado el frío; y noté que llamaba la atención; y entonces vi en el sombrero de paja un medio de popularizarme y exteriorizar las injusticias que se hacen conmigo. ¡Me quieren aniquilar!

—¿La gente se meterá con usted?

—¡Oh, no! Al contrario. Todo el mundo me respeta como a un rey... Muchos dicen que estoy chiflado; pero esa infamia la han corrido mis enemigos para quitarle fuerza y eficacia a mi protesta... Sin embargo, los inquisidores no descansan, siguen su campaña contra mí. Ahora, ¿se ha enterado usted de lo que se ha hecho con mi cuadro en esta última Exposición?...

—No; diga usted...

—Se va usted a asombrar... Yo, de los veinte o treinta lienzos que tengo, presenté en esta

Exposición tres... No me los quisieron admitir; pero, al fin, temiendo una protesta del público, admitieron uno titulado «Haciendo y consumiendo», que no es de los mejores que tengo, pero es una maravilla... El cuadro fué un éxito enorme. Usted lo sabe.

—Sí—afirmé.

—Exclusivamente por ver mi cuadro desfiló por la Exposición cuatro veces más público que otros años... De esto no cabe la menor duda, porque los números nos lo dicen... ¿Cuánto ha entrado en taquilla este año en la Exposición? Cincuenta mil pesetas... ¿Y en los anteriores?... En la que más, doce mil pesetas... A la primera Exposición que yo concurro es a la de este año...; luego, con un poco de lógica, se ve claro como la luz meridional que esas cincuenta mil pesetas han ingresado por mí... ¡por mi cuadro, que era lo mejor que había en el palacio del Retiro! ¿Verdad?

—En efecto.

—Bueno: pues mis enemigos han conseguido comprar al Jurado, el cual se comprometió a no darme la primera medalla, que era a lo que yo aspiraba... A mí juzgarme las obras Garnelo... y otros por el estilo... ¿Hay derecho?... A su juicio de usted, ¿no pinto yo mejor que Garnelo?

—¡Qué duda cabe!—le contesté con absoluta sinceridad...

—Bueno, pues me dejaron sin primera medalla, y entonces yo me fuí al ministro y le dije que, en vista del ingreso que yo le había proporcionado al Estado, se creara un premio especial para favorecerme.

—¿De cuánto?

—De la mitad del ingreso: de veinticinco mil pesetas...

—Y el ministro, ¿qué le dijo?...

—Que volviese..., y cuando volví ya estaba comprometido con mis perseguidores para postergarme... No perdonan medio... Hace unos meses trataron de envenenarme.

—¿Cómo?...

—Muy sencillamente: comprando al camarero y al cocinero del restaurante donde yo iba a comer... ¡Oh, verá usted! Un día llegué a comer, y al fijarme atentamente en el camarero que me servía, adiviné sus intenciones aviesas. Me sirvió la sopa; yo noté en ella un sabor metálico que me aterró; pero seguí comiendo. Cuando salí a la calle advertí los síntomas de la intoxicación. Me miré en un escaparate: tenía la lengua blanca. Usted sabe que los tóxicos atacan a las membranas nasales... Me fuí a la Casa de Socorro primero, y

después a denunciar el hecho ante Méndez Alanís. Y todo esto fué precisamente en el período de llevarse los cuadros a la Exposición, ¿eh? ¡Me temían, me temían!

—¿Supongo que ya no volverá usted por ese restaurante?

—¡Ah! Sí, señor. Continúo yendo, porque tenía el pago de dos meses anticipados, y eso era muy serio.

—¿Vive usted de la pintura?...

—Sí, señor; de los encargos que consigo burlar del conocimiento de mis enemigos. Son pocos, porque ellos me los arrebatan todos; si no, sería yo uno de los pintores de más dinero de España. Precisamente, no sé si se acordará usted de un retrato que le hizo Sorolla a una bella dama chilena que estuvo en Madrid.

—Sí, señor; hace unos diez años.

—¡Eso es!... Bueno, pues ese retrato me lo quitaron a mí... La dama me vió trabajar en el Museo y trató conmigo el retrato. Como siempre tengo puestos espías, éstos fueron con el soplo a Sorolla, y Sorolla la catequizó y la cobró por el cuadro seis mil pesetas... Yo no pensaba llevarle por él más que cinco mil. Salió perjudicada.

Riego habla con una seriedad que descon-

cierta... Jamás ríe, y no pierde la expresión del que le escucha.

—¿Tiene usted novia, Riego?...

—Novia..., lo que se dice novia, no. Tengo muchas chicas que me han pedido relaciones... Claro, simpatías... y cosas que nos ocurren a los artistas jóvenes...; pero yo no me decido por ninguna...

—¿Vive usted solo?

—En una casa de huéspedes, en la calle de San Lorenzo, 6.

—¿Tiene usted allí su estudio?...

Rió amarguísimamente...

—¡Oh! No, señor. Aquel es mi albergue. Mi estudio es la calle y el campo... Yo soy naturalista...

—¿Ha vendido usted el cuadro de la Exposición?

—No, señor. Quiero por él veinte mil pesetas, por lo menos.

—Muy bien... ¿Qué pintores son los maestros de usted?

—Ninguno. Yo ya pasé de la categoría de discípulo.

—Pero ¿cuáles, a su juicio, son mejores?...

—Hombre, Sorolla me gusta y creo que está a mi altura...

—Y los críticos, ¿qué tal le han tratado a usted?

—La crítica está comprada por mis adversarios... Hasta *Silvio Lago*, que me parecía el más sincero, ha sido dominado por ellos...

—¿Cuándo piensa usted abandonar el sombrero de paja?...

—Cuando todo el mundo me conozca y me compadezca y consigamos arrollar la muralla que se pone ante mí; cuando yo, en el arte de Velázquez, ocupe el lugar preferentísimo a que tengo derecho; cuando pueda comer la comida que corresponde a un artista trabajador y de mérito... Ahora estoy esperando una carta del Rey contestando a dos que yo le he dirigido pidiéndole justicia en esta ignominia de la Exposición.

—¿No han tratado nunca de quitarle a usted el sombrero?

—Sí, señor; una vez: un carnaval; pero conseguí rescatarlo... Este sombrero en mí es la bandera de libertad... ¡Que digan que estoy loco!... ¿Qué me importa?... Pero yo conseguiré llamar la atención de la gente y sabrá todo el mundo que a Riego, al insigne pintor, gloria de este siglo, no le han dejado vivir sus perseguidores.

Y poniéndose de pie, continuó lúgubremente:

—¡Cuántos días he pasado sin comer porque me sitiaron por hambre! ¡Infames!...

Y Riego, con su rígida altivez de príncipe y con su sombrero en la diestra, se alejó de nosotros...

Mi pobre amiga rubia se había entristecido. Sus divinos ojos azules, esmaltados por las lágrimas, brillaban como dos luceros.

—¿Qué te pasa?—la pregunté.

—Me da mucha pena de ese hombre.—Y, tras de secarse las lágrimas, continuó dulcemente—: Oye... ¿y pinta bien?...

—Pinta mejor que muchos y es más desgraciado que todos... Pero ya ves: en doce años que ese artista lleva arrastrando entre ricos y pobres la tragedia de su vida, no hubo todavía ningún poderoso que, impulsado por esta sincera piedad que tú sientes, le redima de la miseria... Más tristeza que ese infeliz bohemio me causa el público imbécil que le sigue en plan de mofa... y más todavía los pintores españoles, que no hacen nada para que vuelva a la normalidad social este compañero... Y es que no somos buenos... Parándose bien a meditarlo, *El caballero del sombrero de paja* pasea por las calles de la corte hace doce años la crueldad española.

LA ESCUELA DEL HOGAR

Es un hotelito que está enclavado allá, al final del paseo de la Castellana, casi frente a la estatua de Doña Isabel la Católica. Tiene su cacho de jardín, donde delicadas y pulidas manos de uñas esmaltadas de rosa plantan helechos, palmeras, y cuidan las violetas y los pensamientos.

Cuando entré, el sol, un sol mañanero y radiante, desde el centro de su bóveda de añil transparentísimo se desbordaba a torrentes, invadiéndolo todo con raudales de luz y alegría. La mañana olía a verano y el jardín estaba saturado por el perfume de las violetas. Unas chicuelas con los cabellos cortados por los hombros, como los pajes medievales, correteaban entre risas, gritos y algazara.

—Oiga usted, señorita—le dije a una de las menos pequeñas, que tenía mirada diabólica,

nariz respingona y boca fresquísima: ¿está doña Melchora Herrero?

—Sí, señor —me respondió vivaracha, al mismo tiempo que con coquetería se arreglaba la melenita rubia—. Es nuestra profesora de Economía doméstica... Estará en su despacho... Pase usted.

Mientras, las demás compañeritas habían interrumpido el juego y, dirigiendo la vista hacia nosotros, cuchicheaban sonrientes. Seguí a mi angelical guía. Subimos la escalinata y penetramos en una amplia habitación. En el centro de ésta había una mesa de despacho; en uno de los ángulos, un gran aparato cinematográfico, y de las paredes pendían tres retratos a tamaño natural: D. Alfonso XIII, D. Julio Burell y D. Amalio Gimeno.

—Voy a avisar a doña Melchora —me dijo la niña.

—Muy bien, chiquita.

Y fué a salir como un rayo. Yo la detuve un instante.

—¿Quién va usted a decir que está aquí?...

Dudó la angelical criatura y, después de haber pensado durante unos segundos, me contestó resuelta:

—Le diré que un caballero muy alto.

Reí la infantil ingenuidad.

—Está bien; con eso basta.

Marchó rápida, y a los pocos momentos volvió acompañada de mi buena amiga doña Melchora Herrero.

Doña Melchora, como mujer, es una rosa de té algo marchita. ¿Marchita por los años? ¿Marchita por los sufrimientos?... Aun le queda algo de fragancia, y todavía en sus ojos, color de acero, centellea el deseo; pero es ¡una rosa de té!... Habla mucho, su charla está llena de incisos que os desconciertan, y es sumamente expresiva .. Adolece del mismo defecto que todas las mujeres que invaden—para honor nuestro—el campo literario. Se desposeen del delicioso perfume femenino y se nos muestran como *un amigo*. A *Colombine*, a *Vicente*, a *Violeta*, a *Gloria de la Prada* y a nuestra compañera *Rosalinda*, les ocurre otro tanto.

—Sólo por usted he venido hoy a dar clase, porque, como le decía en mi carta, llevo unos días enferma—me dijo amablemente.

—Mil gracias. Dígame usted: ¿qué enseñanzas se cursan en esta escuela?...

Tres grupos principales, divididos en Enseñanzas generales, Enseñanzas del hogar y Enseñanzas profesionales.

—¿Cuál es el que está a cargo de usted?

—Enseñanza del hogar, que abarca todos los

conocimientos prácticos de la vida doméstica. Esta comprende dos grupos: uno de Higiene, Puericultura, Remedios caseros y Asistencia de enfermos, y otro de Economía, Contabilidad doméstica, Confección y entretenimiento de ropas de uso diario, Arte culinario, etc. etc...

—Caramba, tiene usted un grupo que nos interesa mucho a los hombres, y, sobre todo, a los que tenemos poco dinero. ¡No es nada! ¡Economía del hogar!...

—¡Ah! Pues le advierto a usted que casi todas mis discípulas le hacen a usted un *menú*, condimentación y todo, por dos reales...

—¿Por dos reales?... Vamos a verlas... Quiero hablar con ellas y tal vez cometa alguna *audacia*.

—En este momento están en la cocina, dando la lección práctica. Si quiere usted, iremos allá...

—Encantado...

Me precedió doña Melchora; atravesamos un pasillo y entramos en la cocina. Allí quedé agradablemente sorprendido por el cuadro laborioso y encantador que se ofrecía a nuestra vista. Al lado de la mesa, tosca, una muchachita de diez y seis a diez y ocho años, rubia de pelo, de ojos garzos y transparentísima piel, sazonada con algunas pecas color oro, batía

unas yemas de huevo en un tazón. Las manos, largas, señoriles, aristocráticas, eran blancas, y sus uñas parecían hechas con pétalos de rosa. A su alrededor, cinco o seis compañeras más, también muy lindas, la ayudaban en la faena culinaria: una, midiendo azúcar; otra, exprimiendo una naranja; otra, machacando canela. Aquellas eran las esposas de mañana, estudiando, como ángeles del hogar, la manera de saber condimentar, bien y económicamente, un pollo, un cocido, un bizcocho. Mi presencia las alarmó un poco, y quedó paralizada la faena durante unos minutos. Todas contestaron a mi saludo y todas bajaron la cabeza ruborosamente, o tal vez indignadas de que aquel claustro culinario lo hubiese traspasado un caballero.

—¿Qué estaban ustedes haciendo?—les preguntó dulcemente doña Melchora.

—El flan de naranja—contestó con timidez la de los ojos garzos.

—Debe ser un flan muy rico—comenté yo; y después, dirigiéndome a la que había contestado, le pregunté—: ¿Cómo se llama usted, señorita?...

Primero se puso roja como una amapola, después miró a la bondadosa maestra, y, al fin, contestó con una vocecita casi ahogada por el rubor:

—Gloria Estany.

—¿Lleva usted mucho tiempo en Economía doméstica?...

—Un año.

—¿Y sabe usted hacer mucho de cocina?...

—Sí, señor; sé bastante.

—¿Sabrá usted cómo se hacen unos riñones al jerez?

—Sí, señor; y a la *broche*, y fritos, y rellenos.

—¿Y unas croquetas?...

—Sí, señor; de gallina, de jamón y de bacalao.

—¿No hay que decir que sabrá usted preparar un pollo?...

—Ya lo creo: de mil maneras—contestó, inocentona.

Las compañeras, más maliciosas, soltaron una carcajada. Gloria se puso más roja y no sabía qué hacer con el batidor.

—¿Qué se está guisando ahí?—pregunté, señalando un puchero que hervía en el fogón.

—Suflés de gallina.

—Echa buen olorcillo. ¿Y aquello otro que hay en el horno?...

—Aquello es bizcocho de roca.

—Explique usted al señor cómo se hace—invitó doña Melchora a otra alumna.

—Se remonta la clara de cuatro huevos, por

ejemplo, hasta que está a «punto de nieve». Se le agrega una copa de azúcar, otra de harina, pasada por un tamiz, para que no se hagan tolondrones; después se le echan las yemas; y, todo junto, se menea un poco y en un molde de lata se mete en el horno, que debe tener un calor moderado.

—Te olvidas de la manteca—observó la señorita de Estany.

—¡Ah, sí! Que el molde debe estar impregnado con manteca de cerdo.

—Usted, señorita Gloria, será una alhaja casera... Vamos a ver, ¿tiene usted novio?...

—No, señor—musitó avergonzada.

—Y si lo tuviera usted—lo cual no es un pecado—y siendo un buen muchacho, no reuniera más sueldo que treinta duros mensuales, ¿se atrevería usted a casarse con él en la seguridad de poder vivir decorosamente?... Veamos, veamos si es verdad eso de la *economía doméstica*.

—Haz un presupuesto de cinco pesetas diarias—le advirtió doña Melchora.

La muchacha sacó un lápiz y cortando una hoja de su cuaderno, se puso a hacer números. Al instante me entregó el papel. Decía: «Presupuesto.—Casa, una peseta; criada, cincuenta céntimos; luz, veinte; carbón, treinta; desayu-

no de café, leche y pan, tres personas, cuarenta; una comida: patatas con almejas, sesenta; carne, cincuenta; postre, diez; pan, veinticinco; otra comida: judías lentejas o patatas, treinta; huevos, treinta y cinco; postre, diez; pan, veinticinco; gastos generales: quince.» Sumé: eran las cinco pesetas.

—Muy bien, Gloria; ya está usted en disposición de casarse.

Rieron todas.

—¿Vamos a otra sección?...—me preguntó doña Melchora.

—Vamos allá.

Subimos por una amplia escalera. Entramos un instante en el taller de flores, en el de sombreros, en el de corte, en el de ropa blanca. En todos había más de una veintena de alumnas laboriosas. Bonitas, muy bonitas.

En el piso final estaba instalado el estudio de pintura y modelado. Más de treinta muchachas, todas muy bonitas, trabajaban sobre sus lienzos, tapices, porcelanas, cartulinas, etc... A nuestro lado, una muy bonita, de rostro entrelargo, de piel rosada, ojos grandes, soñadores y casi negros, boca pequeña, sangrienta como una herida endentada, nariz aguileña de finísimas aletas, cabellos castaños y cuerpo flexible y gentil, modelaba un busto griego.

Nada tenía que envidiar su cabeza a la griega. Yo me dirigí a ella.

—Está bien este busto, señorita.

—¡Quiá!—replicó, sonriendo dulcemente y entornando sus ojos seductores—. Es lo primero que he hecho.

—Pues entonces es usted una gran artista.

—Siento una irresistible vocación por la pintura y por la escultura. Pero en mi casa, mis papás no quieren que la cultive.

—¿Cómo se llama usted?

—Rosa Chacel.

—Muy bonito nombre y muy en armonía con su fragancia. ¿Qué edad tiene usted?

—Quince años.

—Nadie lo diría; representa usted dos más, por lo menos. Y en su casa, Rosita, ¿por qué motivo no quieren que sea usted artista?...

—No sé; ¡una manía! Pero esto me tiene desesperada...

—Pues yo le aconsejo a usted que intente convencer a su familia, y si no la convence, rebélese usted.

—Ya lo creo que pienso rebelarme y hasta emanciparme si es necesario... Yo no puedo vivir sin mi pintura y mi escultura; al fin se convencerán mis papás.

—¿Tiene usted novio?

Se le puso el rostro seductor encendido como la grana; bajó los ojos y sonrió:

—No, señor...; soy muy joven.

—De acuerdo; pero la juventud no es obstáculo para el amor. No así la vejez. ¿Pinta usted también?

—Sí, señor.

—Pues le voy a pedir un favor. Le agradecería mucho me enviara algo pintado por usted, en recuerdo de esta visita. ¿Tiene gusto en ello?

—¡Muchísimo! Se lo prometo.

Le entregué mi tarjeta y salimos.

—Hay muchas y muy lindas muchachas en esta escuela—le dije a doña Melchora.

—Sí—me contestó—. Ahora tenemos más de trescientas alumnas y abundan las guapas.

—¿Qué cuesta matricularse aquí?

—Dos pesetas por grupo o asignatura... Baratísimo.

Llegamos al jardín. Me despedí de mi admirada amiga doña Melchora. Un grupo numeroso de niñas cantaba dulcemente, con voces angelicales y plañideras:

«Pues siendo tan bella
no encuentras con quién,
escoge a quien quieras
que aquí tienes quién.»

Los ángeles en el Cielo no serían más felices que aquellas muchachas radiantes de salud y de alegría sana.

Y me alejé pensando que no es tan mala la vida como muchos dicen...

Lector: Hénos otra vez en Barcelona, bajo su sol primaveral y en sus amplias vías de ciudad cosmopolita. Hace algunos meses, al final de una crónica, decía yo que no tardaríamos mucho tiempo en volver a la bella capital orgullo de España... Así ha sido... El recuerdo, el gratísimo recuerdo que dejó en nuestro espíritu la anterior visita, nos arrastra al fin a Barcelona. Llegamos en una mañana de luz maravillosa. En Madrid habíamos dejado a los bomberos y a las máscaras liados a brazo partido con la nieve, y aquí, en Barcelona, nos estorbaba el abrigo y tomábamos los aperitivos en la *terraza* de la *Maison Dorée*. Este contraste os hablará con más elocuencia que mi pluma de la transparencia de su cielo, de las caricias de su sol y de la dulce temperatura de estos días...

A Campúa y a mí los barceloneses nos acogieron como a unos antiguos camaradas... ¿Y quién dijo que los catalanes son huraños, adustos e incomunicativos?... Nada de eso. Lo que ocurre es que el catalán, que por regla general es un gran psicólogo, sabe seleccionar los espíritus en quienes confiarse... Por esto mismo sus afectos tienen más valor.

Nuestro «corro» de la *Maison Doréc* antes de las comidas era numerosísimo... Escritores, artistas, comerciantes y políticos que fraternizaban con nosotros. Allí nos encontrábamos tan a gusto como entre nuestros amigos de Madrid o de Sevilla o de Málaga. Ser catalán en Cataluña, aragonés en Aragón y andaluz en Andalucía, no es una virtud: es casi una obligación de todo buen español. Aquí y allá todo es patria. ¿Qué más da?...

.....

Contemplaba yo la cabeza de Ignacio Iglesias, y al fin, sin poder callar mi impresión, le dije:

—Estas cabezas tan artísticas, tan bellas, sólo existen en Barcelona...

Iglesias, sentado frente a mí en su modesto pisito del paseo de San Juan, al oír esto sonrió satisfecho y replicó:

—Mire, es posible que lleve usted razón. Ro-

dín, el gran escultor francés, cuando estuvo aquí hizo la misma observación.

La cabeza de Ignacio Iglesias, como la de Rusiñol, como la de Pompeyo Gener, parece la de un profeta... Sus largos cabellos negros ya comienzan a ser invadidos por hilos plateados... La expresión de su rostro largo y de tez cetrina, poblado de barba negra, es dulce y noble. Como es muy alto, cuando habla se encorva un poco, como si fuese a tender la mano a un niño o a un desvalido. Se expresa con vehemencia, con apasionamiento. Pronuncia con firmeza y su voz es un poco nasal... La primera impresión que me produjo Ignacio Iglesias fué desagradable... Su altivez y su indiferencia me ofendían. A los dos minutos habíamos rectificado él y yo y nos unía un nexo de profunda simpatía...

—Desde sus primeras palabras—le dije—estoy observando que usted es un hombre raro...

—¿En qué sentido?...

—No lo sé todavía... Hasta ahora sólo veo que no es usted un espíritu corriente. Al final de mi conversación le diré si es usted mejor o peor que los demás. ¿Usted qué cree?...

Iglesias meditó un momento mientras se atusaba su barba puntiaguda. Al fin, con un aire de franqueza casi infantil, repuso:

—Hombre, yo no sé lo que soy; no se clasificarme; yo *me siento* un hombre de bien y procuro ir a todas partes con mi bandera, que es defender al débil. Yo no he podido jamás vivir en el marco estrecho de un partido; me ahogo. Por ejemplo: yo soy catalanista; pero no acepto esa teoría absurda y estúpida de que los castellanos son unos haraganes, ¿eh? Yo, en todo español, veo a mi patria, y en Cataluña veo a mi madre. Lo más característico en mi espíritu es el amor humanitario; lo más saliente, el sentimiento de la fraternidad; yo siento la ternura del hombre fuerte ante la contemplación de la vida y quiero resolver todas las cosas en amor. El dolor y yo nos hemos encontrado ¡muchas!, muchas veces, y jamás he vuelto el rostro ante él; al contrario: donde he presentido que estaba, allí he acudido presuroso con mis consuelos y, aunque no sienta quejarse a nadie, siempre voy adonde él me emplaza.

—He observado que en Barcelona y, sobre todo entre los obreros, es usted muy popular; lo consideran casi un patriarca.

—¡Oh, amigo mío!; no hay nada más popular que el dolor, y yo vivo entre el pueblo que sufre; por eso mi popularidad.

—¿Nació usted en Barcelona?

—Sí, señor.

—¿A qué edad comenzó usted a escribir?

—Casi era un niño. Mi padre estaba en Lérida de jefe de depósitos de máquinas del Norte; yo estudiaba el bachillerato. Entre los estudiantes dábamos funciones en las cuales yo hacía de director, actor y pintor. Y como tenía ocasión de estrenar y tenía público, hice un drama en tres actos, que se titulaba *La fuerza del orgullo.*

—¿Gustó?

—Claro que sí.

—¿Cuántas obras ha escrito usted?

—Escribir, muchas; no sé; estrenadas, más de cincuenta.

—¿Cuál es la que le ha dado a usted más gloria y más dinero?

—*Los viejos*... Además, me parece a mí que es la que más quiero, porque es muy sentida y la hice en plena vida, rodeado de todos los personajes y viviéndola mientras la escribía.

Hizo una pausa; después me preguntó:

—¿Le viven o le han vivido a usted sus padres hasta verlos viejos?

—Mi padre murió a los setenta y cinco años.

—¡Ah! Entonces usted lloraría viendo esa obra. A mí lo que más me interesa de la vida son los viejos y los niños; por su debilidad, por su ternura, sobre todo por su ingenuidad. Yo,

cuando voy por la calle y me tropiezo con un ancianito pobre que tiembla mucho y que no puede casi arrastrar los pies, siento deseos de abrazarle, cogerle en brazos y llevarle adonde vaya... Aquí, en Barcelona, en los viejos padres de esta generación mía, se ven cosas divinas. ¡Qué placidez patriarcal, qué inmensa poesía tienen esos rostros rugosos y curtidos; qué soberana honradez respiran!... A mí me han ocurrido cosas interesantes con los viejos del pueblo... Ellos acuden a mi casa en todas sus tribulaciones y dudas.

—¿Siempre escribió usted en catalán?...

—Siempre en catalán. En castellano no me atrevo, porque no sabría hacerlo.

—¿Y ha estudiado usted alguna carrera?

—No, señor. Mi padre quería que estudiase para médico o para ingeniero; pero mi afición principal era la pintura, y después, el teatro.

—Luego entonces, ¿pintaba usted también?...

—Mucho; pero como los éxitos del teatro son más ruidosos y repercuten más que los de la pintura, se apoderaron poco a poco de mi vanidad y de mi espíritu.

—¿Cuál fué la primera obra seria que estrenó?...

—*El ángel de barro*, que fué un alboroto, y a los pocos años, *El escuerzo*.

—Yo encuentro algo de semejanza entre el teatro de Dicenta y el de usted.

—No; yo no veo esto. Aquí, en mayo, cuando para celebrar la Fiesta del Trabajo se pone *Juan José*, a mí me revienta. *Juan José* es un drama pasional y romántico; pero jamás socialista. Yo no hago mitin en el teatro. Las cuestiones sociales que toco, procuro resolverlas con el amor, jamás con los tiros. A mí me gusta hacer un teatro heroico, pero en el sentido de fortalecer las almas de los hombres para luchar y para cantar la vida. Ahora bien: hay que tener en cuenta que el escenario no es el libro; en el libro se puede decir lo que se quiera; cuando se escribe para el teatro hay que pensar en que aquello lo han de ver los niños. El arte teatral es como una mesa bien servida, que todos comen según su apetito; quiero decir, según su cultura. La misión del dramaturgo yo entiendo que es: recoger elementos de la vida, pasarlos por el crisol de su espíritu y devolverlos al pueblo, haciendo resaltar el bien y el mal. Hay algo de misticismo en eso, ¿verdad?...

—Verdad—asentí—. ¿Le produce a usted mucho el teatro?...

—Muy poco... ¡No ve usted que no tenemos artistas para el teatro catalán! Esto ha venido

hasta ahora siendo una especie de conservatorio del teatro castellano. Nuestras obras hacen artistas, y estos artistas después nos abandonan.

—¿Cuántas obras tiene usted traducidas al castellano?

—Seis o siete que me aplaudieron mucho; pero no me han pedido ninguna más: se conoce que no intereso.

—Del teatro castellano, ¿cuáles son sus obras preferidas?

—*El abuelo*, *Voluntad* y *Los condenados*... Me parecen la cúspide teatral... *Los condenados* la he traducido yo al catalán con un entusiasmo, con un cariño, con un amor, como si fuera una cosa mía.

—¿Cuáles son los autores castellanos más aplaudidos en Cataluña?

—Entre los profesionales, entre la gente culta, que escribe y que piensa, Benavente, y entre el público en general, el público de *cine*, los Quintero. Yo un día vi un solo acto de *Las de Caín*, y le digo a usted que me retiré indignado; yo no comprendo cómo un artista con aquellos elementos ha podido hacer un sainete. Vamos, ¡no lo comprendo!... Si aquello es una tragedia espantosa. Aquel padre que se gana la vida traduciendo, aquel hogar, aque-

llos niños... ¡Qué impiedad! El teatro castellano es un poco cruel. Es muy triste ver a un público regocijarse durante tres horas con las miserias de un hogar y las vicisitudes de un semejante, como ocurre con *Las de Caín*. El comediógrafo debe ser escultor de almas, jamás caricaturista de miserias.

—¿De qué vive usted, Iglesias?...

—De lo poco que gano en el teatro y de mi propia modestia; yo vivo muy modestamente; pero no necesito más dinero para mis necesidades, y jamás escribo con los ojos puestos en la taquilla. Yo prefiero que me protesten una obra que yo crea buena, a que me aplaudan una que sea mala porque la gente crea que es buena.

La sinceridad de Iglesias, su ingenuidad casi infantil, su transparencia espiritual, se habían ya adueñado de nuestra alma... Caía la tarde y salimos a dar un paseo en *auto*. Por donde pasaba el maestro catalán, dejaba un murmullo de simpatía y de admiración.

PASTOR

—No, no es herida precisamente—nos explicaba Pastor—: es un bulto enorme que me tiene frito; la carne se ha roto hasta el mismo hueso, por debajo de la piel, que está intacta. Es lo que vulgarmente se llama una herida sobre sano; pero que me ha fastidiado bastante.

—¿Cuántas corridas le ha hecho perder?

—De Valencia, dos..., y cuatro o cinco más.

—¿Usted ha sido poco castigado por los toros?

—Regular..., regular...

—¿Cuántos percances ha tenido usted?

—Volteretas, achuchones y palizas me han dado infinidad... Cogidas de importancia, sólo he tenido cuatro, y sobre todo una me ha hecho sufrir por quinientas... ¡Qué barbaridad!

Y el rostro absurdo y anguloso del simpático matador de toros se contraía nerviosamente

al rememorar los sufrimientos de aquel percance.

Estábamos en el despacho de su casa de la calle de Embajadores... Presididos por la cabeza imponente de un toro, como ocurre en todos los despachos de los astros taurinos.

Vicente, en mangas de camisa, nos hablaba con una fluidez que antes de tratarlo no creímos que poseyese... Su conversación es agradable y correcta. Durante ella no comete ningún barbarismo de esos que se les atribuyen a los toreros...

Continuamos:

—Es que ahora esta gente joven hace que se exponga más y que se toree más cerca. ¿No es cierto, Vicente?

—Sí, señor. No son éstos de ahora. Ya cuando *Bombita* y *Machaco* se principió el toreo de exposición. Y en los terrenos que se torea hoy no se ha toreado nunca. Dígalo usted conmigo. ¡Nunca! Yo no sé los que vengan detrás de nosotros dónde van a torear para oscurecer a los lidiadores de hoy... No lo sé.

—De sus compañeros de ahora, ¿cuál es el que le gusta a usted más?...

—Hombre, cada uno tiene su cosa. Belmonte, la tarde que dice «¡A acercarse!», parece que está fabricando el toro; *Gallito* sabe más y

tiene más facultades que ha tenido nadie. Ni Guerra ni ninguno supo lo que sabe y hace *Gallito*. Y el *Gallo* mayor... Bueno, cuando Rafael sale con el vértigo de lo superior, no hay quien le iguale. Entonces a mí me gusta más que ninguno. Yo es con el torero que he toreado más. Tomamos la alternativa con ocho días de diferencia, y, ¡claro!, los dos nos hemos *colocado* al mismo tiempo.

—Y de los pasados, ¿cuál era su preferido?

—De los antiguos, *Frascuelo* era mi hombre, y de mis tiempos, Reverte. Yo era revertista. No se me ocultaba que *Guerrita* era más largo y sabía *un rato* más de toros; ¡pero Reverte!... Para mí era una sugestión; yo no sé si mi admiración la producía el torero o el hombre; el caso es que yo era capaz de matarme por Reverte. La tarde que él toreaba yo me colaba en la plaza, fuese como fuese. Eso, seguro. Y una de mis mayores satisfacciones la recibí el día que me presentaron a él. Después estuvimos juntos dos temporadas en el abono.

—Y *Bombita*, ¿qué le parecía a usted?

—¡Ah! *Bombita* era valiente como un perro.

Hubo una pausa, durante la cual encendimos un cigarro. Hasta allí llegaba el ruido del fonógrafo del café de Cascorro. Proseguí preguntándole:

—¿Usted nació en estos barrios?

—Aquí al lado, en la calle de Santiago el Verde.

—Y esta casa, ¿es de su propiedad?

—¡Ojalá! Si le oye a usted el casero, le mata... Esos son cuentos...

—Desde pequeñín, ¿sentía usted afición por el toreo?

—Quiá, no, señor. Yo me crié sin saber lo que era eso. Mi oficio era guarnecedor de coches. Yo ya me vestía un coche a todo lujo...

Le interrumpí:

—¿Y le gustaba a usted el oficio?...

—Me gustaba..., hasta que encontré *esto*, que fué mi locura...

—¿Y cómo fué encontrarlo?

—Verá: por casualidad. Yo tenía los quince años cumplidos, y no había visto ninguna corrida. Un domingo, en vez de ir al colegio de las Peñuelas, *hice novillos*, y me fuí a la barandilla del Prado, que entonces era un sitio de juerga para los chicos. Estando yo allí pasó el coche de los toreros, y se me ocurrió subirme en el estribo. Así llegué a la plaza. Ya allí, sentí muchos deseos de entrar y ver lo que pasaba dentro y por qué gritaba la gente; pero ¿cómo?... Yo no tenía una *gorda*. Resolví el conflicto subiéndome a una ventana, y ¡a la

plaza!... Quedé maravillado del espectáculo, y en aquel momento me entró la fiebre del toreo. Cuando echaron los embolados, yo era el primer *voluntario* que había en el anillo. Allí, con mi blusa de trabajo, hice locuras ante los embolados. Todo lo que se me ocurría. Y el público aplaudiéndome. Recuerdo que aquella semana la pasé loco, deseando que llegara el domingo para volver. Y así fué. Ese día llevaba mi capote debajo de la blusa de trabajar... La gente ya me conocía, y pedía que me dejasen solo con los toros. Quitaron este número de los embolados y lo sustituyeron con un becerro que mataría el popular *Chico de la Blusa*. Ese era yo. A todo esto, en mi casa no sabían nada de mis aventuras taurinas..., y, claro, no sabían que aquel *Chico de la Blusa* que estaba anunciado en los carteles era el chaval de la familia... ¡Cuando se enteraron hubo las consiguientes palizas! Mi padre, que no era manco, me puso negro.

—¿Y cómo quedó usted en aquel becerro?

—No llegué a matarlo; salió ya de noche.

—Pero ¿vistió usted el traje de luces?

—Eso sí; desde por la mañana. El empresario me había dicho a mí: «¿Tú eres capaz de entendértelas este domingo con un becerro?» «¿Con un becerro?—le contesté yo—. ¡Y con

un toro!» Conformes en esto, me llevaron a una casa de empeño, y allí alquilamos un traje de luces que me hacía más pliegues que un globo sin aire.

—¿Cuánto le dieron a usted por *esa corrida?*

—Como de propina, quince pesetas. Después, el 15 de mayo del 95, o sea a los pocos días de esto, tomé parte en una corrida para librar a *Llaverito* de quintas.

—¿Y quedó usted bien?

—Para mí, bastante bien. Al año siguiente toreé ya en Madrid con las niñas toreras.

—¿Y dejó usted el oficio?

—No, no. El oficio no lo dejé hasta que pude torear aquí formalmente. Yo fuí torerillo y guarnecedor al mismo tiempo. Toreaba los domingos, y el lunes, a las ocho, estaba en mi taller. Claro que allí era la risión de todos. El *maleta* arriba, el *maleta* abajo. Todo lo que iba ganando en las becerradas y novilladas lo apartaba para librarme de quintas.

Callamos y encendimos otro cigarro.

Pastor no había reído en todo el tiempo.

Contaba las cosas más pintorescas sin apenas darle importancia; con la misma indiferencia que da su soberbio pase con la izquierda.

—¿Cuál es el día de más satisfacción que ha tenido usted en el toreo?

—El día de la oreja aquí, en Madrid; y que fué con un toro de Concha y Sierra. Sin embargo, le diré a usted que yo ya había tenido un día *más grande* y de mayor satisfacción en Barcelona, en una corrida donde me dieron la oreja de un toro y las dos del otro. De ahí vino esa modita de las dos orejas... Y ya no sé qué nos van a dar.

—Y el día más amargo, ¿cuál ha sido?

—¡Uf! He tenido muchos.

—¿Le han echado a usted algún toro al corral?

—No; pero han estado próximos.

—¿Dónde le gusta a usted más torear?

—Hombre, aquí, en Madrid... Aquí resulta que estoy como en mi casa.

—¿Y menos?

—¡Zaragoza!...—hizo un guiño de terror—. A mí no se me olvida que allí le dieron una ovación a un toro que me *echó mano*, y cuando vieron que no me había *calado*, me armaron la bronca *padre;* como si yo hubiera tenido la culpa de que la cosa no hubiese sido grave. Sintieron que no me hubiese deshecho.

—¿Con qué compañeros le agrada a usted más torear?...

—Con los que veo más seguros.

—Durante la lidia, ¿cuál es para usted el momento de más emoción, de más miedo?

—Miedo se tiene todo el tiempo. Para mí, el de matar, «llegando bien», es el de más cuidado. Yo, desde que sale mi toro, no me preocupo más que del momento de matar. Toda la lidia me la paso preparándolo y corrigiéndole defectos para que llegue suave a la muerte, y, sobre todo, no achuche por el lado derecho.

—¿Cuántos toros lleva usted matados?

—Mire usted: llevo una apuntación de todos los toros y de todas las corridas, y todavía no he hecho la suma, y hasta que termine no pienso hacerla. El día que diga: «Vaya, esto se acabó», entonces me enteraré de cuántas fueron mis víctimas.

—¿Y cuándo piensa usted retirarse?

—¡Uf! Todavía no se me ha ocurrido esa idea. Yo creo que eso no lo sabemos ninguno. Eso surge cuando menos se piensa; un mal día, un disgusto, cualquier cosa, le decide a uno.

—¿Cuánto dinero lleva usted ganado?

—Más de un millón de pesetas.

Hizo una pausa; después se lamentó:

—Ahora que ese maldito Tejada, el del Crédito, me ha puesto en el aire más de noventa y cinco mil duros. Veremos si el Crédito se con-

vence de que a mí el que me ha robado en su despacho es el que era apoderado general de la casa, y me los paga.

—¿Y de casarse, Vicente?

—De eso no hay nada. El casarse depende de «la mar» de cosas. Lo primero es que uno se enamore, y yo no lo estoy. De torero, desde luego, no me casaré, y si me sintiera enamorado, me cortaría la coleta en seguida.

—¿En qué va usted a ocupar el tiempo cuando se retire?

—Eso es lo que estoy pensando... ¡Que me voy a aburrir «un rato»!...

—Después de los toros, ¿cuál es su afición favorita?

—El billar me entretiene.

—Los toros, ¿de qué ganadería le gustan a usted más?

—Ese es un problema difícil. Los hay que tienen fama de rosquillas, y son chacales. No sé..., no sé.

—¿Es usted supersticioso?

—¡Oh! No. A mí me importan poco todas esas cosas...

Nos pusimos de pie. Y...

—Una última pregunta, Vicente. Se dice por ahí que en la próxima temporada le veremos en Madrid torear. ¿Es cierto?

—Yo no sé nada. A mí no me han dicho palabra. Yo estoy donde estaba, y por muy grandes que sean mis deseos de torear en Madrid, no me moveré de mi sitio. Si a mí se dirige directamente la Empresa, ya sabe que me encuentra... Y nada más.

INDICE

INDICE

	Páginas
Pastora, la apasionada	7
Manuel Linares Rivas	19
María Gámez	29
José Francés	39
Los curas pobres	51
Eduardo Marquina	65
Los remeros vascos	75
Ernesto Vilches	89
El maestro Morera	99
El demonio en Montserrat	107
Eduardo Zamacois	119
La guerra vista por nuestros estrategas. Un general incógnito	131
Pompeyo Gener	143
Petit-sou	153
El Conde de Güell	163
La artista de la Macarena	171
El maestro Serrano	183
El caballero del sombrero de paja	195
La Escuela del Hogar	205
Ignacio Iglesias	217
Vicente Pastor	227

LO QUE SÉ POR MÍ
(CONFESIONES DEL SIGLO)
ÍNDICE DE LOS TOMOS PUBLICADOS

Indice de la primera serie.

Pérez Galdós.
La infanta Isabel.
Maura.
Cávia.
Pepito Arriola.
Don Jaime de Borbón.
María Guerrero y Fernando Díaz de Mendoza.
Dicenta.
Palacio Valdés.
Borrás.
Unamuno.
Condesa de Pardo Bazán.
Manolo Bueno.
«Azorín».
Vives.
Pío Baroja.
Duquesa de Canalejas.
En el barrio *Cañí*.
Bombita.

Indice de la segunda serie.

Benavente.
La Xirgu.
Valle-Inclán.
Tallaví.
Los príncipes de Kapurtala.
Guimerá.
Luca de Tena.
El sultán Muley Haffid.
La Pérez de Vargas.
Blasco Ibáñez.

Ratner, el multimillonario.
Ricardo León.
Onofroff, el fascinador.
García Alvarez
Anselmi.
En el hogar de la locura
Belmonte.

Indice de la tercera serie.

Echegaray.
Hermanos Quintero.
Tórtola Valencia.
El ex sultán Abd-el-Azís.
Felipe Trigo.
Francisco Morano.
La reina de los gitanos rusos.
El maestro Bretón.
Su majestad «El rey de los ladrones».
Nieves Suárez.
La Biblioteca Nacional.
Enrique Gómez Carrillo.
Carlos Arniches.
Ramón Peña.
Consuelito, la fascinadora.
Don José Francos Rodríguez.
El Rdo. P. Zacarías Martínez.
Los liliputienses.
Gaona.

Indice de la cuarta serie.

María Palou.
Emilio Thuillier.
Eugenio Sellés.
Ochoa, el luchador.
Santiago Rusiñol.
«La Argentinita».
Emilio Carrere.
Raquel Meller.
Méndez Alanís.
Loreto Prado y Enrique Chicote.
Antonio de Hoyos y Vinent.
Rafaela Abadía.
Gregorio Martínez Sierra.
Huertas, el ex presidente.
Juan Manén.
Entre héroes inválidos.
Un ladrón de guante blanco.
Jacinto Octavio Picón.
«El Caballero Audaz» y José María Carretero.
Joselito.

Indice de la quinta serie.

Pastora, la apasionada.
Linares Rivas.
María Gámez.
José Francés.
Los curas pobres.
Eduardo Marquina.
Los remeros vascos.
Ernesto Vilches.
El maestro Morera.
El demonio en Montserrat.
Eduardo Zamacois.
La guerra vista por nuestros estrategas. (Un general incógnito.)
Pompeyo Gener.
Petit-sou.
El Conde de Güell.
La artista de la Macarena.
El maestro Serrano.
El caballero del sombrero de paja.
La Escuela del Hogar.
Ignacio Iglesias.
Vicente Pastor.

Indice de la sexta serie.

Julita Fons.
La remonta militar de Jabalquinto.
Ortega Munilla.
La Goya.
La caridad madrileña.
Torres-Quevedo.
Rosario Pino.
Pérez Zúñiga.
El gigante Vendéen y el enano «Don Paquito».
El maestro Villa.
«Gioconda».
Antonio Zozaya.
Natalio Rivas.
Emérita Esparza.
El dolor de la Infancia.
Los pasos de un bailarín o la danza de la muerte.
El joven «Silvela».
Gallo.

Indice de la séptima serie.

María Barrientos.
El maestro Arbós.
José Santiago.
Consuelo Hidalgo.
El barón de San Malato.
El doctor Slocker.

María Esparza.
Alejandro Lerroux.
Rosa Rodrigo.
Don Tomás Luceño.
Matilde Moreno.
Jaime Pahissa.
Guyta Real.
Eugenio d'Ors.
Ramón Pérez de Ayala.
El presidente caído.
Pepe Moncayo.
Cambó.
Carpio.

Indice de la octava serie.

Pablo Iglesias
María Fernanda Ladrón de Guevara.
El Marqués de Cabriñana.
Adela Carboné.
Antonio Casero.
Titta Ruffo.
Sofía Casanova.
Salvador Rueda.
Titto Schipa.
Irene López Heredia.
Felipe Sassone.
Alfonso Costa.
Carmencita Jiménez.
El Marqués de Villaviciosa de Asturias.
Pedro Muñoz Seca.
Amalia Isaura.
José R. Carracido.
«La Argentinita».

Indice de la novena serie.

Genoveva Vix.
Indalecio Prieto.
Anita Martos.
Arturo Rubinstein
Concha Espina.
Casimiro Ortas.
Martínez Anido.
Angel Lancho.
Rafaelita Haro.
El actor Bonafé.
Julián Besteiro.
Un rey negro muy civilizado
Carmencita Moragas.
Una visita al Hospital Provincial.
El doctor Recasens.
El formidable Jak Johnson.
El maestro Pérez Casas.
Apeles Mestres.
Dionisio Pérez.
El doctor Navarro Cánovas.
Don Manuel Saralegui.
Miguel Otamendi.
¡¡Los pobres vergonzantes!.

Indice de la décima y última serie.

Prólogo: Las cosas que un español audaz ha oído.
Sara Bernhardt.
Antonio Fernández Bordas.
Esperanza Iris.
Luis de Tapia.
Luisa Puchol.
El maestro Luna.
Pedro Mata.
Angelita Vilar.
El pianista Saüer.
«La Goya».
El anarquista Matheu.
El coronel Castro Girona, heroico soldado de España
Don Eduardo Maristany.
Los dos mosqueteros.—Primera parte: Gómez Carrillo
Los dos mosqueteros.—Segunda parte: Benigno Varela.
Don Santiago Ramón y Cajal.

OBRAS

DE

"EL CABALLERO AUDAZ"

EDITADAS POR «MUNDO LATINO»

Desamor (novela).
La virgen desnuda (novela).
La bien pagada (novela).
La sin ventura (novela).
Hombre de amor (novela).
Un hombre extraño (novela).
En carne viva (novela).
El divino pecado (novela).
Con el pie en el corazón (novela).
De pecado en pecado (novelas).
Lo que sé por mí (diez series de interviús, en diez volúmenes).
El libro de los toreros.
El pozo de las pasiones (cuentos).
Emocionario.—Almas y paisajes.

PRÓXIMAS A PUBLICARSE

El jefe político (novela).
La Dolorosa de todos los pecados (novela).
Horas de la Corte. (Ambientes. Con ilustraciones de Ribas, Penagos, Ochoa y Riquer.
Vírgenes y cortesanas (novelas).

179368

LS
C315q

Author Carretero, José María

Title Lo que sé por mí. Vol.5

University of Toronto
Library

DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET

Acme Library Card Pocket
Under Pat. "Ref. Index File"
Made by LIBRARY BUREAU

UTL AT DOWNSVIEW
D RANGE BAY SHLF POS ITEM C
39 14 16 01 03 005 6